



Debra Webb

Una boda
peligrosa

eLit

elit

UNA BODA PELIGROSA

DEBRA WEBB

 HARLEQUIN™

Índice

[Una boda peligrosa](#)

[Sinopsis](#)

[Agencia Colby](#)

[Acerca de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Debían enfrentarse al peligro... y al deseo, y sólo podían confiar el uno en el otro...

Jennifer Ballard jamás habría pensado que su boda sería un intrincado montaje. Su prometido quería matarla y después apoderarse del negocio farmacéutico de su familia...

El primer instinto de Jennifer fue recurrir a la prestigiosa Agencia Colby en busca de ayuda. Y de repente se encontró bajo la protección de Ethan Delaney, el guapísimo investigador al que le habían asignado el caso. Pero lo más sorprendente fue que, en medio de aquella complicada misión para descubrir la conspiración que podría arruinarle la vida, Jennifer comenzó a sentirse inconscientemente atraída por el duro guardaespaldas...

Agencia Colby

Fundada más de veinte años atrás por James Colby, la Agencia Colby es regida y administrada actualmente por su viuda, Victoria. Aunque relativamente pequeña, se ha ganado una inmejorable reputación en el mundo de la investigación privada y la seguridad personal. Victoria Colby es altamente respetada por las fuerzas de la ley y muy bien relacionada con los departamentos de espionaje del gobierno.

La Agencia Colby contrata a los mejores en los campos de la investigación y la protección privadas. Cada uno de los hombres y mujeres que la representan deben poseer las cualidades que James Colby personificó durante su vida: el honor, la lealtad y la valentía.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2002 Debra Webb
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una boda peligrosa, n.º 190 — junio 2018
Título original: Contract Bride
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978—84—9188—235—0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Acerca de la autora

Debra Webb nació en Alabama. Empezó a escribir a los nueve años. Con el tiempo se casó con el hombre de sus sueños y se dedicó a diversos trabajos, como vender aspiradoras, trabajar en una fábrica, en una guardería, un hospital y unos grandes almacenes. Su marido entró en el ejército y se trasladaron a Berlín, donde Debra trabajó como secretaria en el despacho de un general. En 1985 volvieron a Estados Unidos y se instalaron en Tennessee, en un pueblo donde todo el mundo se conoce. Con el apoyo de su esposo y de sus dos hijas, Debra volvió a escribir e hizo realidad su sueño de publicar sus libros.

Prólogo

Jennifer Ballard se quedó mirando una vez más su reflejo en el espejo y sintió una oleada de emoción. Un velo de encaje francés le caía por los hombros y su cabello rubio, recogido en un moño alto, estaba coronado por un exquisito tocado. El cuerpo ajustado del vestido tenía perlas que lo adornaban y la falda de seda con vuelo era digna de los sueños de Cenicienta.

Aspiró profundamente el aire para tranquilizarse. Era el día de su boda. El día que llevaba esperando toda su vida.

Siempre había soñado con una boda así. Una ermita de cuento de hadas situada en lo alto de una colina... Y un novio guapo que la amara y la protegiera para siempre. Aunque era mucho mayor que ella, David Crane era al mismo tiempo amable y compasivo. Jennifer lo respetaba tanto personal como profesionalmente. Cierto que no se le aceleraba el corazón al verlo, pero la vida era mucho más que eso. David la entendía, respetaba su trabajo y lo que era todavía más importante: su padre confiaba en él.

Su padre. Los ojos de Jennifer se llenaron de lágrimas. Si al menos se encontrara lo suficientemente bien como para estar allí... Pero no era así. Había insistido en que no retrasara la boda por él. A cambio le había pedido a su viejo amigo Russell Gardner que fuera su padrino y la llevara hasta el altar. Jenn sonrió al recordarlo. Ella también quería a Russell. Lo llamaba tío Russ desde que le alcanzaba la memoria. Si su padre no podía llevarla al altar, no se le ocurría nadie mejor que pudiera hacerlo.

El sonido de la puerta del vestidor al abrirse la sacó de sus pensamientos. Se dio la vuelta para ver quién había violado la estricta

ley que impedía que nadie viera a la novia antes de que sonara la marcha nupcial.

—Tío Russ —dijo sonriendo a su pesar—. ¿Qué...?

El hombre entró en la estrecha habitación medio tambaleándose y la agarró de los hombros.

—Debes huir, Jenn. Corre lo más rápido que puedas y vete lejos.

—No entiendo —respondió ella asustada—. ¿Le ha ocurrido algo a mi padre?

Russ negó con la cabeza.

—Escúchame bien —dijo con voz grave—. ¡Corre!

Sólo entonces Jenn se dio cuenta de lo pálido que estaba. Unas gotas de sudor le perlaban la frente.

—¿Qué ocurre? ¡Dime qué está pasando!

—Se trata de Crane —dijo apretando los dientes, como si le costara trabajo hablar—. No debes creer nada de lo que te diga.

Russ emitió un extraño gemido que hizo que el resto de sus palabras resultaran ininteligibles.

—¿Qué estás diciendo?

No podía haber dicho lo que le había parecido entender. Ella conocía a David. Nunca mentía, y a ella menos que nadie. Russ trató de seguir hablando, pero se tambaleó como si estuviera demasiado débil para mantenerse en pie. Jenn lo sujetó.

—Por favor, dime qué ocurre.

—El proyecto Kessler. Algo... No va bien —murmuró—. Crane ha mentado. Tu vida corre grave peligro. Hay... Cosas que no sabes.

Entonces le fallaron las rodillas y cayó en brazos de Jenn.

—¡Oh, Dios mío!

La joven se tambaleó bajo su peso pero consiguió tenderlo en el suelo. Estaba inconsciente. Jenn comenzó a agitarlo, pero entonces le llamó la atención la mancha carmesí que tenía en el vestido.

Sangre.

Ahora, con las solapas del esmoquin abierto, pudo ver que Russ estaba sangrando. Se quedó mirando su figura inmóvil completamente desconcertada. Tenía en el pecho un pequeño agujero por el que se le estaba derramando el fluido vital.

Le habían disparado.

Obligándose a sí misma a reaccionar, Jenn comprobó si tenía pulso. A ella le latía el corazón a toda prisa. Los dedos le temblaban de miedo. No había pulso.

Tenía que conseguir ayuda.

—Está aquí.

Jenn alzó la cabeza al distinguir el sonido de la voz de David. Ni siquiera se había dado cuenta de que había entrado. Iba seguido por tres de sus amigos. ¿Habría ocurrido algo fuera y ella no se había enterado? Gracias a Dios que David estaba allí. Él ayudaría.

—¡Russ necesita una ambulancia! —gritó con las lágrimas resbalándole por las mejillas—. Por favor, que se den prisa —rogó.

—Sacadlo de aquí —ordenó David.

Dos de sus amigos agarraron el cuerpo inerte de Russ y se dirigieron hacia la puerta.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Jenn sintiendo cómo un nuevo terror se abría paso en su pecho—. ¿Adónde se lo llevan? Alguien debería intentar reanimarlo. No está...

David se limitó a mirarla. Sus ojos no reflejaban ninguna emoción.

Jenn se puso de pie. Le temblaban las rodillas. Aquella situación parecía surrealista. Como una pesadilla. Aquello no podía estar ocurriendo.

—¿No me has oído? —le espetó a su prometido—. Necesita ayuda. ¡Se está muriendo!

David se ajustó la chaqueta de su elegante esmoquin y luego se giró hacia el hombre que tenía al lado.

—Mátala.

Capítulo 1

—No —respondió Ethan Delaney con firmeza—. Yo no trabajo por libre. Tendrás que buscarte a otro hombre.

El hombre que estaba al otro lado de la línea hizo un último intento para convencerlo de que lo reconsiderara. La oferta subió hasta un millón.

Ethan se limitó a negar con la cabeza. Cuando alguien ofrecía tanto dinero era porque se trataba de un asunto turbio. Especialmente si además quería mantener la misión en secreto y se negaba a acudir a la policía. Salvar a un pariente supuestamente secuestrado en un país del tercer mundo en el que las drogas eran la principal exportación era buscarse un problema.

—Buenos días, señor Santiago dijo Ethan. Y después colgó.

Había gente que no aceptaba un “no” por respuesta. Ethan era detective de la Agencia Colby. Sólo aceptaba las misiones que le encargaba una persona, y sólo ella. Victoria Colby. Por supuesto, la mayoría de las veces las órdenes le llegaban a través de Ian Michaels, su brazo derecho. Pero a Ethan eso no le importaba. Le caía bien Ian.

Una llamada a su puerta llamó la atención de Ethan. Amy Wells le sonrió antes de entrar.

—Hola, Ethan —dijo dejándole un par de informes sobre la mesa.

Era una chica muy joven. No tendría más de veintitrés años y era bastante ingenua.

—Mildred me ha pedido que te pase los informes que ha firmado

Victoria.

Ethan se echó hacia atrás en la silla y le regaló a la recepcionista de la Agencia Colby una sonrisa deslumbrante.

—Buenos días, Amy. Te agradezco que me los hayas traído personalmente.

No hizo falta más. La joven se sonrojó y salió rápidamente de su despacho.

Ethan sonrió con picardía antes de contestar al intercomunicador del escritorio, que sonó en aquel momento.

—Delaney al habla.

—Ethan, ¿puedes venir a mi despacho, por favor?

Victoria.

—Claro —respondió él poniéndose inmediatamente de pie—. Voy para allá.

Ethan salió de su despacho y se dirigió al pasillo enmoquetado hacia el vestíbulo. El elegante mobiliario y la exquisita decoración formaban parte del ambiente de la prestigiosa agencia. Desde el momento en que un cliente potencial atravesaba aquellas puertas de caoba pulida no le quedaban dudas de que había entrado en el mejor sitio. Ahora, como casi todos los lunes, el ambiente estaba muy tranquilo.

La Agencia Colby era la mejor en el negocio de la investigación privada y la protección personal. Nadie se acercaba ni de lejos a la reputación estelar de Victoria Colby. Tenía clientes a lo largo y ancho del planeta. Y contaba con un selecto personal muy cualificado.

Aquello era lo que había servido para convencer definitivamente a Ethan cuando ella lo llamó para trabajar allí. Con treinta y un años y a sólo ocho de conseguir el retiro, había abandonado la carrera

militar sin mirar atrás. Ethan apretó la mandíbula para dejar de lado aquellos pensamientos. Un año después, Victoria lo quiso en su equipo. En la entrevista que mantuvieron le contó que estaba muy recomendado por un amigo de ella que tenía contactos en el ejército. Lucas Camp. Ethan no lo conocía, pero sabía por Victoria que era uno de aquellos agentes secretos que se suponía que no existían. Seguramente sólo un puñado de gente sabría que estaba vivo, y Victoria era claramente una de los elegidos.

Veinticuatro horas después de su primer encuentro con ella Ethan aceptó su oferta. El sueldo era impresionante, pero no era la razón por la que se había unido a la Agencia Colby. La sinceridad y la lealtad eran las dos virtudes que más admiraba. A Victoria no le gustaban los juegos y nunca, nunca permitía que manipularan a su gente. Era una mujer absolutamente de fiar. Directa y legal.

Investigaba en profundidad a cada cliente que entraba por la puerta. Ethan no tenía que preocuparse de que lo manipularan o trataran de utilizarlo. Él mismo se aseguraría de que aquello no volviera a ocurrirle nunca. Aquellos recuerdos dolorosos del pasado intentaron una vez más salir a la superficie. Ethan los desechó al instante.

Aquello había terminado. No podía cambiar el pasado. Pero bien podía evitar que la historia se repitiera.

Ethan se detuvo en la puerta del despacho de Victoria. Estaba sola. Esperaba encontrarse allí también a Ian.

—Buenos días, Victoria.

—Buenos días, Ethan. Por favor, pasa y siéntate —le pidió ella señalando con un gesto uno de los dos sillones de orejas que había frente al escritorio—. Tengo un posible cliente del que me gustaría hablarte.

—Estupendo —dijo él tomando asiento—. Terminé mi último caso hace una semana y estoy listo para ir donde quieras y cuando quieras.

—Ésa es una de las cosas que más me gustan de ti, Ethan —reconoció Victoria sonriendo—. El entusiasmo con el que te tomas el trabajo.

Ethan asintió con la cabeza, aceptando el cumplido. Había estado muy cerca de tomar la dirección opuesta cuando Victoria lo encontró. Tres años atrás, su última misión militar estuvo a punto de costarle la vida y también la capacidad de que ello le importara. Pero la Agencia Colby le había devuelto ambas cosas.

Victoria se recostó en su silla de cuero y lo observó fijamente durante un instante. Era lo que solía hacer. Ethan se había acostumbrado a aquellos momentos de reflexión en los que solía perderse. Se limitó a quedarse sentado y disfrutar de la visión. Era una mujer muy atractiva a pesar de haber superado los cincuenta años. Seguía teniendo el pelo azabache, decorado con unos pocos mechones grises, y poseía los ojos más oscuros del mundo. De esos capaces de mirar directamente al corazón de las cosas. Ojos sinceros. Su hermoso rostro, sin embargo, no se libraba de su cuota de marcas de expresión. Líneas que hablaban de experiencias y de pérdidas.

Ethan no conocía la historia entera, pero había escuchado los rumores. Al marido de Victoria lo habían asesinado. Aquel suceso tan terrible había tenido lugar sólo cinco años después de la muerte de su hijo de siete años. Ella nunca hablaba de ninguna de las dos cosas.

—Seguro que has oído hablar de los laboratorios farmacéuticos Ballard, más conocidos como Balphar.

Ethan reconoció el nombre. Era una empresa muy conocida en el campo de la investigación. Balphar era líder en lo que a medicinas

innovadoras se refería.

—Austin Ballard es cliente nuestro desde hace más de diez años —continuó explicando Victoria—. Hemos investigado el pasado de todos sus trabajadores y también a alguna que otra empresa con la que tenían pensado hacer negocios. Siento un gran respeto por Austin. Ésa es la razón principal por la que estoy considerando la posibilidad de encargarme de este caso a pesar de las circunstancias sospechosas.

—Creía que Simon se encargaba del caso Balphar —comentó Ethan.

Simon Ruhl era un ex agente del FBI. Nadie era tan bueno como él sacando a relucir la basura de la gente y de las empresas. Ethan no quería meterse en su territorio por nada del mundo.

—Es cierto, pero ahora mismo está en una misión que no puede abandonar por el momento. Y en este caso el tiempo es esencial.

Ethan frunció el ceño. Aquello no sonaba nada bien.

—¿De qué se trata?

—Austin tiene una hija de veintidós años llamada Jennifer. Es una especie de genio. Terminó el instituto a los trece años y se doctoró con dieciocho. Ha trabajado codo a codo con su padre desde que era niña. Cuando no estaba en el colegio estaba en el laboratorio.

Ethan se imaginó de inmediato unas gafas de culo de vaso y el pelo recogido en una coleta tirante. Y claro, la proverbial bata blanca de laboratorio.

—Parece una dama interesante.

“Para los microscopios”, añadió para sus adentros.

—Estoy seguro de que te lo parecerá más todavía dadas sus circunstancias —aseguró Victoria con una leve sonrisa poco habitual

en ella—. Cree que alguien está intentando matarla.

Aquella afirmación inesperada atrajo la atención de Ethan.

—¿Alguien?

—Cree que la amenaza contra su vida proviene del interior de la empresa de su padre.

—¿Y qué dice su padre al respecto? —preguntó él frunciendo el ceño.

—Está gravemente enfermo —explicó Victoria—. Su problema médico comenzó hace más de un año. Pero hará seis meses que guarda cama. Por lo que tengo entendido, entra y sale de un estado catatónico. Tal vez ni siquiera esté el tanto de los temores de su hija.

—¿Dónde está ahora la señorita Ballard?

—Escondida. Me ha dado una dirección en la que podemos encontrarla. Le gustaría encontrarse con alguno de nosotros lo antes posible.

Era imposible pasar por alto el escepticismo de las palabras de Victoria.

—¿No confías en ella? —le preguntó Ethan.

—No la conozco —respondió ella suspirando—. Antes de esto yo sólo había tenido contacto con su padre. Pero en el expediente tenemos una foto de ella tomada hace cinco años. Austin la ha mantenido alejada de la prensa. Es hija única y la ha protegido mucho. Algo bastante lógico en un negocio tan despiadado como ése.

—Hay algo que no te encaja —sugirió Ethan al percibir su vacilación.

Victoria consideró aquella frase durante unos instantes.

—Esta agencia ha investigado a todos y cada uno de los trabajadores de Balphar. Todos están limpios. Por supuesto eso no

quiere decir que ninguno haya hecho después algo malo.

Victoria se detuvo un momento para escoger cuidadosamente las siguientes palabras.

—Creo que mis dudas están más relacionadas con el pasado de la hija y con su resistencia a dar detalles que con cualquier otra cosa.

—Ahora sí que me pica la curiosidad — confesó Ethan alzando una ceja.

—Como te he dicho antes, es una joven brillante —se explicó ella—. Pero semejante nivel de inteligencia viene acompañado de otros problemas. Sociales, emocionales incluso. Ha llevado una vida muy escondida. Recuerdo que tuvo un problema cuando se iba a graduar en el instituto. Algún tipo de ataque. No duró mucho y seguramente tendría más que ver con lo joven que era que con cualquier otra cosa. Pero sin embargo, con el declive de la salud de su padre, me parece que este punto cobra importancia.

Ethan vio a lo que se refería. Si la dama tenía un historial de inestabilidad emocional, entonces el peso de la enfermedad de su padre podría ser superior a sus fuerzas.

—¿Dirige ella la empresa en su ausencia?

—Sí —respondió Victoria exhalando un suspiro—. Es la vicepresidenta primera. Si sufriera alguna crisis sería un desastre para Balphar en este momento tan crítico. Los accionistas y los mecenas que Austin ha tardado una vida en conseguir la estarán vigilando muy de cerca. ¿Comprendes mi preocupación?

—Totalmente. Es mucha responsabilidad para alguien tan joven, aunque sea un genio.

—Exacto —corroboró Victoria afirmando con la cabeza—. Y si no me equivoco, social y sentimentalmente deber tener todavía menos de veintidós años. Estoy convencida de que no ha llevado una vida

normal.

Algo de lo que había dicho Victoria le había llamado la atención.

—Dijiste que era vicepresidenta primera—. ¿Es que hay más de uno?

—Sí —respondió ella—. Esta mañana le he echado una ojeada al actual organigrama de la empresa. El doctor David Crane es el vicepresidente segundo. Por supuesto, como hija de Austin, Jennifer está por encima de él.

David Crane. Ethan escuchó aquel nombre con incredulidad. La misma incredulidad que experimentaría alguien que creyera ver un fantasma. Y eso era exactamente Crane. Un fantasma del pasado.

—¿Y qué dice Crane al respecto? —preguntó casi balbuceando.

En su memoria se sucedieron fragmentos de recuerdos. Pistolas disparando, gente corriendo, muerte. Ethan apartó de sí aquellas imágenes.

Victoria lo observó con curiosidad al notar su breve distracción. No se le pasaba ni una.

—No he hablado con el doctor Crane. Le prometí a Jennifer que no me pondría en contacto con nadie de la empresa ni con las autoridades hasta que hubiéramos comprobado sus acusaciones. Algo que por supuesto no podemos hacer hasta que nos de más detalles, y Jennifer no nos los dará si no se encuentra contigo cara a cara.

Victoria inclinó la cabeza y observó atentamente a Ethan unos instantes más.

—¿Conoces al doctor Crane?

El consideró la posibilidad de decir que no, pero no quería mentirle a su jefa.

—Lo conocí. En otra vida.

—¿Deberíamos sospechar de él?

—No lo creo —aseguró Ethan negando con la cabeza—. Me salvó la vida en Iraq. Parecía recto como una flecha.

—Ya. ¿Estaba en el ejército contigo?

—No —respondió Ethan, todavía distraído debido a la coincidencia—. Era un científico al que habían capturado como rehén. Yo fui a liberarlo. Al salir me cubrió las espaldas e impidió que me dispararan.

—Entonces tal vez debería pedirle a otra persona que se ocupara de este caso —reflexionó Victoria—. No quiero que nada se interponga en el camino de la objetividad. Si hay alguna posibilidad de que Jennifer esté en lo cierto, Crane podría ser sospechoso.

—No hay de qué preocuparse —aseguró Ethan levantando las manos en gesto tranquilizador—. Hace casi diez años que no veo a Crane. Además, no sabemos si la señorita Ballard cree que es sospechoso. Pero aunque así fuera una vieja historia no empañará mi juicio. Te lo aseguro.

Transcurrieron unos segundos de tensión mientras Victoria sopesaba sus palabras. La precaución era una de sus principales armas.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Pero si tu pasado común con Crane interfiere espero que sepas retirarte graciosamente.

—Me parece razonable —reconoció él—. ¿Qué quieres que haga?

Parecía que la joven necesitaba ayuda y las cosas podían ponerse feas. Ethan tendría que examinar cuidadosamente la situación antes de llegar a alguna conclusión. La reputación de las industrias farmacéuticas era muy frágil. Un movimiento en falso y todos los

años de investigación, por no mencionar los millones de dólares invertidos, podrían irse al garete.

—Me ha dado el nombre de un motel en Kankakee, un pueblo pequeño situado a unos sesenta kilómetros al sur de Chicago. Quiero que hables con ella. Que determines si hay alguna posibilidad de que sus sospechas sean ciertas.

—¿Y si no lo son?

—Comprueba su historia y si tienes claro que es una joven inestable entonces conseguiremos de alguna manera que el doctor Melbourne le eche un vistazo antes de hacer nada más. No quiero arriesgarme innecesariamente a la mala prensa. La enfermedad de Austin ya es del dominio público. Una cosa así podría arruinar el trabajo de toda su vida.

—¿Y si no quiere ver a Melbourne?

Ethan recordaba perfectamente al médico de sus pruebas de admisión. Aquel tipo era un genio. Si había algo que no estuviera en su sitio, él lo encontraría. Melbourne era bueno. El mejor.

—Bueno, entonces tendríamos que encontrar la manera de convencerla —aseguró Victoria mirándolo directamente a los ojos—. Dejando aparte lo que me has contado de Crane, te escogí a ti para esta misión por dos razones, Ethan.

Él le aguantó la mirada y esperó a que continuara hablando.

—Si hay algo de cierto en sus acusaciones quiero que esté protegida a toda costa. En segundo lugar, tu capacidad de persuasión en lo que a las damas se refiere no me ha pasado desapercibida. Estoy segura de que podrás convencer a la señorita Ballard para que vea las cosas bajo tu punto de vista.

—Haré lo que pueda —dijo Ethan sonriendo.

—Estoy segura de ello —respondió Victoria inclinándose hacia

delante para entregarle un papel doblado—. Ésta es la localización. La llamaré al número que nos dejó para decirle quién va a ir. A ella le gustaría encontrarse contigo hoy a la una de la tarde. ¿Tendrás tiempo para prepararte?

—Me las arreglaré.

Eran las nueve de la mañana. Tenía tiempo de sobra para ir a su apartamento y guardar algunas cosas por si la misión le llevaba más de veinticuatro horas.

—Te llamaré en cuanto sepa algo —dijo guardándose el papel en el bolsillo.

Ethan se dirigió hacia la puerta haciendo una lista mentalmente de lo que iba a necesitar.

—Una cosa más —dijo la voz de Victoria a su espalda—. Dado que no conozco personalmente a Jennifer, siempre existe la posibilidad de que se trate de una impostora que pretenda crearle problemas a Balphar. Podría tratarse de una antigua empleada con sed de venganza.

—Es posible —reconoció Ethan.

—No la pierdas de vista ni un segundo. Si es Jennifer Ballard, quiero que la protejas. Y si no lo es, quiero asegurarme de que no representa ninguna amenaza para la auténtica Jennifer.

—Así lo haré.

Ethan salió del despacho de Victoria sintiendo un nudo incómodo en la garganta.

Había algo en todo aquel asunto que no le encajaba. Victoria también lo veía así, y por eso quería tomar tantas precauciones. Un temor desconocido y a la vez familiar le atravesó el cuerpo. Ya había pasado una vez por una situación en la que había demasiadas variables. En aquella ocasión la cosa terminó mal y estuvo a punto de

costarle la vida.

Esta vez no bajaría la guardia. Por muy dulce e inocente que pareciera Jennifer Ballard no confiaría en ella hasta que estuviera absolutamente seguro de poder hacerlo.

Tendría que demostrarle más allá de cualquier sombra de duda que le estaba diciendo la verdad.

Ethan aparcó en la recepción del motel Luna Azul, situado a las afueras de Kankakee, a las doce y media. Era un antro, como mínimo, pintoresco. El tipo de sitio al que las prostitutas se llevaban a los clientes. Si la doctora Ballard buscaba un sitio de perfil bajo, desde luego lo había encontrado.

Ethan salió cautelosamente del coche. Se ajustó la pistola que tenía en la parte baja de la espalda y observó el aparcamiento vacío y las filas de habitaciones también desocupadas que había a ambos lados de la recepción.

Sin dejar de mirar, subió las escaleras que llevaban a la puerta. El calor y la humedad de julio resultaban insoportables. Y la recepción no parecía disfrutar de una mejor temperatura. Un pequeño ventilador mantenía el aire fétido en movimiento, pero no conseguía enfriar el ambiente.

Un hombre bajo y calvo con un cigarrillo colgado de la comisura de la boca dejó de mirar un instante el pequeño televisor que tenía delante.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó con absoluto desinterés.

Ni siquiera hizo amago de levantarse de su desvencijada silla.

Ethan entornó los ojos y apretó los labios. Era un movimiento estudiado que dejaba entrever la impaciencia que se escondía tras el gesto y que debería servir para motivar al dependiente más perezoso.

—Eso espero.

El hombre pareció entonces sorprendido. Se puso de pie a toda prisa. Parecía como si nada más ver a Ethan hubiera presentado que allí podría haber problemas. El detective era consciente de que daba una imagen peligrosa y eso le parecía muy bien, especialmente en ocasiones como aquélla. Ethan tenía el cabello largo, a la altura de los hombros, y lo llevaba atado en una coleta. Un pequeño aro de plata brillaba en el lóbulo de su oreja. Pero lo que más imponía era su envergadura. Medía dos metros y pesaba noventa kilos de puro músculo. No todo el mundo estaba dispuesto a meterse con él, y eso le gustaba.

—Necesito una habitación. Me llamo Ethan Delaney. Espero que no haya problemas por no haber reservado —dijo con cierta sorna.

El hombre apretó los labios para sujetar mejor el cigarro y primero negó enérgicamente con la cabeza para después asentir.

—Ya... ya tiene habitación —balbuceó agarrando una llave—. La ciento catorce. Está al final del pasillo.

Ethan no se sorprendió. Se suponía que la doctora Ballard, si realmente era ella, lo estaba esperando. No podía arriesgarse a utilizar su verdadero nombre si lo que pretendía era esconderse. Ethan supuso que aquélla era la razón por la que había utilizado el de él.

—Una cosa más —dijo el detective dejando un par de billetes sobre la recepción—. Yo nunca he estado aquí. ¿Queda claro?

—Yo nunca lo he visto —respondió el recepcionista guardándose el dinero.

Tal y como el hombre le había dicho, la ciento catorce estaba al fondo. Las seis habitaciones que había antes parecían vacías, tal y como había sospechado al llegar. Ethan no tenía ninguna duda de

que los otros siete dormitorios que había al otro lado de la recepción también lo estaban. Tras mirar una vez más a izquierda y derecha, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Para su sorpresa, dentro estaba oscuro pero por suerte fresco. Las cortinas estaban completamente echadas. Buscó a tientas el interruptor de la luz, pero una voz inequívocamente femenina lo detuvo.

—Cierre la puerta primero.

Haciendo un movimiento de defensa, Ethan cerró tras de sí y sacó la pistola.

—Ya puede encender la luz.

Él obedeció, parpadeó una vez por la claridad y apuntó con el arma en dirección a la voz.

Una mujer con aspecto de no tener más de diecisiete o dieciocho años, vestida con pantalones vaqueros de talle bajo y camiseta estaba al fondo de la habitación. No era muy alta, tal vez mediría un metro sesenta, y era delgada. Cabello rubio y largo, ojos azul claro, facciones de hada. Ethan no podía asegurar que se tratara de la doctora Ballard, pero desde luego se parecía a la niña de la fotografía tomada cinco años atrás que él había visto. Con una notable excepción. Esta mujer sujetaba entre las manos una pistola de pequeño calibre que le apuntaba directamente al corazón.

—Necesito que se identifique, señor Delaney —dijo mojándose los labios antes de exhalar un suspiro tembloroso—. Pero primero necesito que baje el arma.

Capítulo 2

“Por favor, Dios”, rezó Jenn Ballard en silencio. “No dejes que se dé cuenta de que la pistola no está cargada”.

—Le he dicho que baje el arma —le repitió a aquel hombre alto de aspecto peligroso que estaba al otro lado de la habitación.

—¿Por qué no tira usted la suya? —sugirió él con voz calmada—. Después yo haré lo mismo.

Jenn tembló al escuchar el sonido de su voz. Era suave pero letal. ¿Qué debía hacer? Había esperado que él obedeciera su orden. Eso era lo que ocurría siempre en las películas.

No tenía elección. Apretando los dientes para reunir valor, echó hacia atrás el seguro y ladeó la pistola, como le había visto hacer a Clint Eastwood. El clic resonó por toda la habitación.

—Baje el arma ahora —repitió con toda la autoridad que fue capaz de demostrar.

El hombre, que debía ser efectivamente Ethan Delaney, se la quedó mirando durante dos interminables segundos antes de obedecer. Ella respiró por fin cuando lo vio dejar la pistola encima de la cama. Gracias a Dios.

—Y ahora, identifíquese —le recordó.

—Tranquila, señorita.

Ethan abrió la solapa izquierda de su chaqueta de cuero para mostrarle que no tenía nada que ocultar y metió dos dedos en el bolsillo interior. Su mirada inquisidora no la abandonó ni un

momento mientras sacaba la cartera de cuero negro que contenía sus credenciales. La arrojó sobre la cama sin apartar la vista de ella. Jenn era consciente del aspecto que tenía pero no podía evitarlo. Los vaqueros y la camiseta que le dejaba el ombligo al descubierto eran lo más adecuado dadas las circunstancias. El hecho de que la ropa estuviera limpia fue lo único que le preocupó cuando la canjeó. Con el pelo suelto en lugar de recogido con su moño habitual y con aquella ropa dudaba mucho que alguien pudiera reconocerla. Ni siquiera su amado prometido.

Y precisamente de eso se trataba.

Sin apartar la vista del hombre del que sólo la separaba el colchón de la cama, Jenn agarró la cartera. La abrió y miró de reojo la identificación con fotografía de la Agencia Colby. Ethan Delaney. Treinta y cuatro años. Cabello y ojos oscuros. Jenn miraba alternativamente a la fotografía y al hombre que tenía delante. Tenía el cabello muy largo recogido en una coleta y los ojos de un marrón cobrizo realmente poco común. Se le formó un nudo en la garganta. Un hombre de aquel tamaño podía hacer mucho daño si quisiera.

—¿Contenta? —preguntó él.

Jenn asintió con la cabeza y bajó el arma.

—Lo lamento, pero no puede imaginarse el miedo que he pasado.

Sintiéndose de pronto muy débil, la joven dejó caer la pistola y la cartera encima de la cama.

—Me alegro de que esté aquí.

Ethan agarró su arma, la guardó en la cinturilla de sus pantalones y luego examinó la de ella tras guardarse de nuevo la cartera con las tarjetas.

—¿Sabía usted que esta pistola no está cargada? —le preguntó mirándola con penetrante fiereza.

Jenn se sentó en una esquina de la cama. Estaba demasiado cansada para explicarle todo.

—Sí —admitió—. No tenía nada más para cambiar por las balas.

—¿Cambiar? ¿De qué demonios está hablando? —preguntó Ethan taladrándola con los ojos.

—Tuve que salir huyendo sin dinero ni tarjetas —respondió ella encogiéndose de hombros con gesto agotado—. Conocí a un hombre en un callejón cerca de la estación de autobuses que me dio una pistola a cambio de mi Rolex. Ya había canjeado el anillo de compromiso por un billete de autobús que me sacara de Chicago y los zapatos por esta ropa y las zapatillas de deporte, así que no me quedaba nada más.

—Me está tomando el pelo, ¿verdad?

—No tuve elección —respondió Jenn sacudiendo la cabeza con indignación.

¿A qué venía tanta historia? Aunque no podía precisar el valor de su anillo de compromiso bien pudiera ser tan falso como su prometido.

La chica que se llevó los zapatos fue sin duda la que salió ganando. Después de todo, eran de Gucci. El vestido también era de marca pero estaba inservible, así que tuvo que arrojarlo en un contenedor de basura. Aquellos recuerdos tan horribles que había mantenido aparcados durante setenta y dos horas comenzaban a sucederse en su cabeza.

Le dolía el estómago. Había habido mucha sangre.

El tío Russ estaba muerto.

Jenn luchó contra las lágrimas que amenazaban con salir. Tenía que ser fuerte, tenía que volver con su padre. Su vida, ya de por sí

frágil, podía correr también peligro. Todo lo demás daba igual: Tenía que conseguir ayuda para recuperar su vida y asegurarse de que él no le hiciera daño a su padre.

Aquel hombre, Ethan Delaney, la miró con algo nuevo reflejado en los ojos. ¿Sería tal vez compasión? Jenn sintió una oleada de indignación en la boca del estómago. No necesitaba su compasión, sino su experiencia como investigador.

—¿Cuándo comió por última vez? —le preguntó preocupado.

Jenn pensó en ello durante un instante y luego se acordó. Los últimos tres días habían supuesto un torbellino de imágenes y de situaciones.

—El hombre de la recepción me dio una bolsa de cacahuetes y un refresco esta mañana cuando me registré —admitió—. Se lo agradecí mucho, teniendo en cuenta que no tenía dinero.

—¿De veras? —preguntó Ethan alzando una ceja con gesto desconfiado—. ¿Y cómo pagó al hacer la reserva?

—Le dije que el hombre al que estaba esperando le pagaría. Al parecer es lo habitual en este sitio.

Ethan dejó escapar un suspiro de impaciencia y comenzó a rascarse la barbilla mientras decidía qué hacer con ella. Finalmente, como si hubiera perdido la batalla contra su propio sentido común, sacudió la cabeza.

—Vayamos a comer algo. Luego hablaremos.

—No creo que sea muy inteligente salir de la habitación hasta que lleguemos a un acuerdo —respondió Jenn negando rotundamente con la cabeza—. ¿No puede llamar para que nos suban algo?

Ethan endureció la expresión de su rostro, se acercó a la mesilla de noche y abrió el cajón. Tras sacar la guía telefónica y consultar las páginas amarillas, le preguntó:

—¿Pizza?

—Sí —respondió ella de inmediato sintiendo cómo le rugía el estómago.

No era su comida favorita, pero sin duda le vendría bien. Estaba hambrienta.

—Llegará en veinte minutos —dijo Ethan tras pedirla, colgar el teléfono y tomar asiento en la única silla que había en la habitación.

Sin dejar de mirarla con sus ojos escrutadores, decidió comenzar a tutearla.

—Sé quién es tu padre y conozco casi todo lo que tengo que saber respecto a la empresa Balphar. Pero necesito que empieces por el principio y me cuentes por qué crees que quieren matarte.

—No es que lo crea —respondió Jenn furiosa por su apatía—. Lo sé.

La joven dejó escapar un profundo suspiro y decidió contarle la versión abreviada de la historia.

—Cinco años atrás mi padre comenzó un nuevo proyecto de investigación con otro científico, el doctor Kessler. A medida que avanzaba la investigación, el doctor Kessler consiguió avances extraordinarios. Y entonces, hace dos años, otro científico se unió al proyecto. Con su ayuda se alcanzaron resultados espectaculares.

Jenn estaba muy cansada. No podía demostrarse nada de lo que estaba a punto de decir. ¿Cómo iba a pretender que un desconocido lo aceptara? ¿Y cómo era posible que hubiera ocurrido? Su padre había sido siempre muy cuidadoso. ¿Cómo podría convencer al hombre que tenía delante de que la historia que iba a contarle era rigurosamente cierta? Pero tenía que conseguir que la ayudara. Su padre confiaba en Victoria Colby. Y si ella había enviado a aquel hombre, tendría que fiarse. Pero no podía contarle absolutamente

todo. Todavía no. Si se lo soltaba de golpe no la creería. Había cosas que la gente necesitaba ver con sus propios ojos.

Jenn se acarició las sienes y estiró el cuello antes de continuar.

—Hace aproximadamente un año hubo un enfrentamiento entre los dos investigadores principales y el doctor Kessler se fue. Ahora, el proyecto que lleva su nombre está a punto de subir el siguiente peldaño: Probarlo en sujetos humanos.

—¿Kessler está completamente retirado del proyecto? —quiso saber Ethan.

—No quiere saber absolutamente nada de Balphar —aseguró Jenn asintiendo con la cabeza—. Incluso renunció a su parte de las acciones.

Aquella revelación no pareció impresionar a su impasible invitado.

—El fármaco que han creado es un agente quimioterapéutico que neutraliza literalmente las células cancerígenas —continuó al ver que Ethan no le preguntaba nada más—. Se llama Cellneu.

Jenn percibió un ligerísimo cambio en sus ojos oscuros. Incluso ella estaba impresionada con aquel fármaco.

—Impresionante, ¿verdad?

—Y muy valioso —sugirió él.

—Mucho.

Aquella única medicina multiplicaría por mil la fortuna de los laboratorios Balphar y tenía el potencial de salvar innumerables vidas humanas.

—Aunque hay un problema —añadió Jenn.

Pero se detuvo antes de continuar. No tenía absolutamente ninguna prueba de lo que estaba a punto de decir.

Ethan la observó durante unos instantes sopesando lo que le había contado hasta el momento.

—¿Por eso crees que alguien intenta matarte? ¿Para robar el nuevo fármaco?

Ella negó con la cabeza.

—Alguien está intentando matarme porque yo sé algo que él no quiere que sepa —se explicó.

—No me tengas en vilo —le pidió Ethan haciéndole un gesto para que continuara.

Jenn se humedeció los labios. Era consciente de cómo iba a sonar aquello. Lo único que esperaba era que la creyera.

—El fármaco tiene un fallo. A la larga puede ser peligroso para los humanos. Creo que ésa fue la razón por la que Kessler se apartó del proyecto.

—¿Puedes demostrarlo?

Ella suspiró. Aquél era el punto crucial. Entonces se puso de pie y se llevó enérgicamente las manos a la cintura. No tenía ninguna prueba. Sólo la palabra de un hombre moribundo.

—No puedo demostrarlo pero sé que es verdad —aseguró nerviosa—. Lo sé porque mi tío, que trabajaba en el proyecto y en el que yo confiaba plenamente, me lo dijo en su último aliento.

—¿En su último aliento? —preguntó el detective alzando una de aquellas cejas espesas.

—Mi prometido lo asesinó. Y también me habría matado a mí, pero yo me escapé.

—¿Dónde ocurrió todo esto? —preguntó Ethan apoyando los codos en las rodillas—. ¿Hubo algún testigo?

—En la ermita en la que yo estaba a punto de casarme —respondió ella tratando de apartar de la mente la imagen de Russ muerto en el suelo—. No hubo testigos. Queríamos celebrar la boda casi en secreto. Las demás personas presentes trabajaban para mi prometido. Incluso el oficiante de la ceremonia.

Jenn recordaba perfectamente cómo se había quedado impasible mientras aquel hombre se la llevaba a rastras.

Ethan se inclinó hacia ella. Era un gesto intimidatorio. Pero Jenn se mantuvo firme.

—Así que estabas en aquella ermita, vestida de novia y preparada para caminar hacia el altar cuando tu prometido intentó matarte —recopiló como si estuviera hablando del tiempo—. Pero te escapaste. ¿Es eso lo que estás diciendo?

No la creía. Jenn sintió una oleada de furia. No tenía ninguna razón para mentir, ¿es que no se daba cuenta?

—Básicamente sí —respondió con tirantez—. Me falta decirte que ordenó a uno de sus hombres que me matara. Me sacó de la ermita y me llevó al bosque. Me obligó a mirar mientras él cavaba una fosa. Y cuando decidió divertirse un rato antes de matarme, me las arreglé para agarrar la pala. Lo golpeé con todas mis fuerzas y salí corriendo lo más deprisa que pude. Sin mirar atrás —concluyó sintiendo un escalofrío.

—De acuerdo —dijo Ethan con expresión neutra—. ¿Por qué no me das el nombre de tu prometido? Llamaré a un policía amigo mío de la ciudad y le diré que detenga a ese tipo. No nos llevará mucho tiempo descubrir la verdad.

—¡No podemos llamar a la policía! —exclamó Jenn sintiendo un escalofrío de terror.

—¿Por qué no? —preguntó el detective inclinándose ligeramente la

cabeza para observarla desde otro ángulo—. Ha dicho que mató a tu tío y que intentó que te asesinaran también a ti.

Ella se mordió el labio inferior. No podía dejarle que llamara a la policía.

—Él... tiene a mi padre. Si lo investigan pero no lo detienen sé que lo matará. Por favor —dijo acercándose al detective y agarrándolo de la chaqueta—. Por favor, no quiero arriesgarme a ponerle las cosas más difíciles a mi padre. Tienes que ayudarme.

Durante una décima de segundo aquellos ojos oscuros parecieron suavizarse.

—Dime el nombre de ese prometido tuyo que tanto te asusta y veré lo que puedo hacer.

Jenn asintió con la cabeza y contuvo las lágrimas que amenazaban con caerle.

—Se llama David Crane. El doctor David Crane.

Dos horas y media más tarde, Ethan estaba sentado en la zona de recepción del despacho de David Crane, situado en la planta décima de los laboratorios Ballard.

Ethan había necesitado una hora entera para convencer a su cliente de que accediera a llevar a cabo su plan. Ella había hecho todo lo posible por intentar disuadirlo, y lo cierto era que había estado a punto de conseguirlo. Cuando Ethan le explicó al detalle lo que pensaba hacer, la joven accedió a regañadientes. El detective le hizo unas cuantas preguntas más respecto al proyecto Kessler mientras ella devoraba media pizza. Aunque todavía albergaba sus dudas respecto a quién era verdaderamente ella, tenía que reconocer que era extraordinariamente inteligente y parecía saberlo todo de la empresa.

Sus recursos lo habían sorprendido. Ethan esperaba encontrarse

con una niña mimada incapaz de manejarse más allá de su ambiente. Si todo lo que le había contado era verdad, la joven había escapado de un asesino y había conseguido ocultarse sin la ayuda de nadie.

Tenía que admitir que era impresionante. Pero qué demonios, parecía tan joven... Sobre todo así vestida. Ethan apretó los dientes para obligarse a no pensar en cosas en las que no debería pensar. Por ejemplo, en aquella boca tan dulce. Sus labios tenían una forma sexy que invitaba a besarlos. Era menuda pero de ella emanaba un aire de fortaleza. Lo había sorprendido en muchos sentidos.

En el plano profesional, si no se trataba de la verdadera Jennifer Ballard, ocuparía un puesto alto en Balphar o sería una espía bien entrenada por la competencia.

Ethan no había estado nunca en la sede de los laboratorios Ballard. El sitio era impresionante. El edificio, que constaba de diez plantas y estaba hecho en cristal y acero, estaba situado en medio de un terreno de al menos veinte acres a más de veinticinco kilómetros del mundo civilizado.

—Señor Delaney —dijo una secretaria con aspecto pulcro y eficiente—. El doctor Crane lo recibirá ahora mismo.

Ethan se puso de pie y la siguió por el pasillo que llevaba a un inmenso despacho. Se preguntó si Crane lo recordaría pero aquella idea lo hizo reírse por dentro. Era difícil olvidarse del hombre que te había salvado la vida. Y Ethan lo sabía bien. Crane había salvado también la suya. Los tres días con sus noches que habían pasado juntos avanzando por el desierto estaban grabados a fuego en su cerebro. Nunca podría olvidarlo. La muerte les había pasado rozando a ambos y finalmente se habían salvado el uno al otro.

Crane se levantó cuando lo vio entrar en su despacho.

—¡Ethan! ¿A qué debo el honor de tu visita? —le preguntó Crane

estrechándole la mano con efusividad—. ¡Cuánto tiempo ha pasado!

—Demasiado —respondió Ethan con una sonrisa.

A Crane le había ido también bastante bien. Todavía parecía estar en forma y tenía buen aspecto.

—Me alegro de volver a verlo, doctor Crane —le dijo.

—Por favor, llámame David —respondió el otro hombre haciendo un gesto con la mano—. Después de todo lo que hemos pasado juntos sobran las formalidades. Siéntate, por favor.

—Parece que has subido en la vida —comentó Ethan tomando asiento en uno de los sillones de cuero que había frente al escritorio y echando un vistazo rápido al lujoso despacho.

—Tengo que decir que me gusta mucho más esto que el desierto iraquí —bromeó Crane sentándose también.

—Apuesto a que sí —respondió Ethan riéndose.

En la pared de detrás del escritorio colgaba un óleo abstracto con aspecto de caro. Los colores eran tan vívidos que parecía casi tridimensional. Aquel cuadro le inquietaba, pero Ethan no podía precisar con exactitud la razón.

—Mi secretaria me ha dicho que ahora trabajas para la prestigiosa Agencia Colby —dijo Crane colocando los brazos en los de su silla—. Ya veo que a ti tampoco te ha ido mal. Escucha: Dentro de unos minutos tengo una reunión que desgraciadamente no puedo anular —aseguró frunciendo el ceño—. Creo que deberíamos cenar esta noche y hablar de los viejos tiempos. Pero dime, ¿qué puedo hacer por ti? Cualquier cosa. Lo que sea.

Crane parecía un hombre honrado a ojos de Ethan. Tenía la mirada limpia y sincera. El hombre que Ethan había conocido años atrás no era capaz de mentir tan bien. Seguramente no habría podido convertirse en un maestro del engaño en aquel intervalo. Jennifer

Ballard tenía que estar equivocada. O tal vez se tratara de algún tipo de montaje. Pero no había forma de saber quién era el organizador.

—Estoy investigando un laboratorio de investigación para uno de vuestros competidores —mintió Ethan soltando la coartada que le había asegurado a su cliente que contaría para explicar su presencia en Balphar—. Alexon quiere comprar Camden, pero no están convencidos de que se trate de una inversión segura. Creo que tú conoces bien Camden.

Ethan se detuvo un instante para que sus palabras surtieran efecto.

—¿Sabes algo que pueda cambiar los planes de Alexon? Sé que corro un riesgo al contarte sus intenciones, pero pensé que podía confiar en ti.

Crane apoyó la barbilla en los nudillos de una mano y consideró la pregunta.

—Hemos trabajado con Camden de vez en cuando y nunca hemos tenido ningún problema. Su reputación es sólida pero financieramente están muy mal —aseguró Crane frunciendo el ceño—. Aunque problemas económicos aparte, no sabía que estuviera en venta. Estoy sorprendido. Howard Camden siempre me ha jurado que no vendería a nadie más.

—Camden todavía no lo sabe —respondió Ethan con una sonrisa.

—Ya veo —comentó Crane asintiendo con la cabeza—. Una Opa hostil. Interesante.

—Alexon, quiere conocer los progresos que está realizando Camden con un nuevo fármaco contra el cáncer —comentó Ethan encogiéndose de hombros para fingir desinterés—. Tú sabrás más de esas cosas que yo. Es una especie de agente neutralizador de células relacionado con el tratamiento contra el cáncer. Me han dicho que la

primera empresa que lo consiga se forrará.

Crane se quedó muy quieto pero no mostró ninguna otra señal de incomodidad o de sospecha.

—¿De veras? No sabía nada de eso tampoco. ¿Sabes si están preparados para salir al mercado?

La última pregunta de Crane ocultaba una inquietud velada que se esforzó en disimular. Ethan había tocado el nervio. El detective levantó las manos en gesto de fingida inocencia.

—No. No me han contado nada más —aseguró Ethan entornando los ojos—. Entonces, ¿crees que Camden es una buena inversión?

Los ojos de Crane reflejaban en aquel momento algo distinto. Ethan pensó que tal vez estuviera calculando cómo comprar antes Camden. Lástima que no estuviera realmente en venta. Y desde luego esos laboratorios no estaban investigando con el neutralizador celular. El jefe de seguridad de Alexon, un viejo amigo de Victoria, era quien había sugerido utilizar aquel cebo. Después de Balphar, Alexon era la corporación farmacéutica más importante del país. Ethan había hecho bien al mencionar el nuevo fármaco, el del proyecto Kessler. Había conseguido atraer sin duda la atención de Crane.

—Si Camden está al borde de la bancarrota, no cabe duda de que es una sabia inversión —le aconsejó—. Pero tienes que tener en cuenta que muchas veces se inician rumores para hacer atractiva una empresa que realmente no lo es —aseguró sin tapujos—. Si Camden estuviera al borde de algo tan fuerte dudo mucho que hubiera rumores. Todo estaría controlado. Muy controlado —enfaticó—. Quizá deberías reconsiderar tus fuentes.

—Pues no había pensado en eso —mintió Ethan—. Supongo que si Camden estuviera atravesando problemas económicos este tipo de

rumores redundarían en su beneficio.

—Totalmente.

Ethan se puso de pie. Crane hizo lo mismo. Extrañamente, no puso ninguna objeción a que se marchara ni volvió a sacar el tema de salir a cenar.

—Gracias por tu ayuda —dijo Ethan extendiendo la mano—. Tal vez alguna vez pueda hacer lo mismo por ti.

—La Agencia Colby ya cuida muy bien de nosotros —aseguró Crane estrechándose—. Pero lo recordaré.

Ethan vaciló un instante antes de marcharse.

—Por cierto, Victoria me pidió que preguntara por la salud del señor Ballard.

—Me temo que no está muy bien —aseguró Crane ensombreciendo la expresión—. Estos días apenas está lúcido.

—Lamento oír eso —dijo Ethan—. ¿Y cómo está su hija Jennifer, dadas las circunstancias?

—Lo está llevando lo mejor posible —respondió Crane sin vacilación.

—Tal vez debería pasar a ofrecerle las condolencias de la Agencia.

—Está de viaje de negocios en Boston —respondió Crane muy deprisa, demasiado deprisa—. Le diré que la señora Colby se ha interesado.

Ethan asintió con la cabeza y salió del despacho. Se tomó su tiempo para llegar hasta el ascensor. Aunque no estaba muy seguro de que Crane ocultara algo importante y desde luego no pensaba que fuera el monstruo que Jennifer Ballard había descrito, Ethan tuvo la absoluta seguridad de que lo observaban cuando se dirigió a la salida.

David Crane se quedó unos segundos en silencio delante de su escritorio cuando Ethan Delaney se hubo marchado. Lo vio salir del edificio a través del monitor privado que normalmente se confundía con una original pintura al óleo. Tenía un mal presentimiento respecto a la visita de su viejo amigo. David apretó los dientes para controlar la furia.

Alguien lo sabía. Pero se suponía que nadie, absolutamente nadie estaba enterado.

Sólo una o dos personas podrían haber puesto en marcha los acontecimientos. Kessler era una posibilidad, pero David lo dudaba, aunque seguro que tendría a alguno de sus hombres vigilando el proyecto. Kessler no había abierto la boca durante todo aquel tiempo, así que, ¿por qué habría de hacerlo ahora? Conocía las consecuencias si llegaba a hacerlo. Kessler disfrutaba de su familia, disfrutaba de la vida. Y conocía lo suficientemente bien aquel negocio como para saber que si se iba de la lengua sería hombre muerto. Lo habría matado hacía meses pero con eso sólo habría logrado levantar sospechas.

Kessler no era tan tonto como para hablar. Y si no había sido él, entonces sólo quedaba una persona.

Pero se suponía que estaba muerta.

David apretó el botón de su intercomunicador y preguntó por el jefe de seguridad.

—Quiero que sigan a Ethan Delaney. Quiero saber adónde va y con quién habla.

—Sí, doctor Crane.

David se echó hacia atrás en la silla y apretó rítmicamente el músculo de la barbilla. Delaney no podía estar al tanto de nada. No podía ser.

Porque ella estaba muerta. De eso estaba seguro.

Capítulo 3

En cuanto Ethan Delaney había salido de la habitación del motel, Jenn había empezado a recorrerla de arriba abajo. Tres horas después estaba convertida en un manojito de nervios.

¿Por qué tardaba tanto?

Nunca debió permitir que la convenciera para llevar a cabo semejante idea. ¿En qué estaría pensando? Jenn se pasó la mano por el pelo y soltó un bufido de desesperación. Había sido un error. Ella conocía muy bien a David. Lo manipularía con sus palabras hasta conseguir ocultar del todo la verdad.

Y luego iría tras ella.

Sintió una oleada de miedo atravesándole las venas.

Debería salir de allí ahora que todavía podía.

Jenn se detuvo en medio de la habitación y apretó las manos para serenarse. ¿Adónde podría ir? No tenía dinero ni nada de valor para canjear. Ni tampoco podía ir a la policía. Le harían demasiadas preguntas para las que rió tenía respuesta. Y lo peor de todo era que nadie sabía que había desaparecido. Excepto un detective privado que no terminaba de creerla.

Jenn se dejó caer en un extremo de la cama. Había sido tan estúpida... ¿Cómo era posible que no viera cómo era realmente David? No se podía decir que hubiera perdido la cabeza por él ni que la pasión la cegara, pero lo había querido mucho y confiaba plenamente en él. Se sentía a salvo con David, sobre todo desde que su padre enfermó tan gravemente. La única familia que tenía era su

tío Russ, que era aún mayor que su padre. Cuando ambos desaparecieran sólo le quedaría David. David y los hijos que pensaban tener juntos. Qué estúpida había sido.

Jenn dejó caer la cabeza entre las manos y lloró por primera vez desde que había visto a su tío morir en sus brazos. Estaba loca de preocupación por su padre. Tal vez no volviera a verlo nunca, no tendría la oportunidad de despedirse de él. Tenía que encontrar el modo de regresar a casa antes de que fuera demasiado tarde.

Pero David le había robado la vida. Jenn todavía no entendía cómo lo había conseguido. Sacudió la cabeza con gesto de desagrado. Todo era tan surrealista... Nadie la creería jamás. ¿Cómo iba a demostrar que era Jennifer Ballard? El único sitio en que figuraban sus huellas dactilares y su ADN era en el archivo que se conservaba en Balphar. Y con toda seguridad David ya se habría deshecho de él. Era demasiado inteligente como para permitir que un error tan tonto arruinara su plan. ¿Acaso no lo había comprobado ella misma? No podía ser una coincidencia que la consulta de su dentista hubiera ardidado hasta los cimientos. David sabía que era la única manera de identificarla más allá de las paredes de Balphar.

Lo cierto era que la responsable última de que así fuera era ella misma. Había renunciado a cualquier tipo de vida social desde que alcanzaba a recordar. Se había pasado la vida en la escuela concentrada en su educación o en el laboratorio con su padre, ayudándolo a desarrollar algún fármaco nuevo. No tenía amigos. Nadie podía ayudarla.

Decidida a no permitir que David Crane se saliera con la suya, Jenn se puso de pie. No pensaba quedarse allí llorando lamentándose de su suerte o esperando a que David enviara a sus matones para que remataran lo que habían empezado.

Tenía que salir de allí.

Agarró la pistola descargada que Delaney había dejado en la mesilla y se la metió en la cinturilla del pantalón, del mismo modo que le había visto hacer a él. Tal vez estuviera descargada, pero era suya. Siempre cabía la posibilidad de cambiarla por algo de valor: Un billete de autobús... o comida, pensó rebosante de optimismo. No estaba tan mal como pensaba.

Jenn echó los hombros hacia atrás y se dirigió hacia la puerta. El sonido de la llave en la cerradura detuvo sus pasos. Vio cómo el picaporte se giraba y la puerta se abría hacia dentro. Jenn dio un paso atrás. Oh, Cielos. ¿Habría dado David con ella? Delaney tendría que haber vuelto hacía mucho tiempo. ¿Y si habían unido sus fuerzas contra ella?

El corazón se le paralizó por completo durante el segundo eterno que le llevó a su cerebro creer lo que sus ojos veían.

Delaney.

El detective entró en la habitación y cerró la puerta tras él. El tamaño del cuarto disminuyó considerablemente ante su imponente presencia.

—Has vuelto —murmuró ella con un alivio imposible de ocultar.

—¿Acaso había alguna duda? —preguntó Ethan alzando una ceja.

—No, no —respondió Jenn—. Es que llevabas fuera bastante rato y había empezado a preocuparme un poco, eso es todo.

¿Un poco? Había estado a punto de morirse del miedo. Y ella nunca se asustaba. Aquella era otra cosa que David le había robado: La confianza en sí misma.

La mirada escrutadora del detective la observó durante demasiado tiempo antes de desviarla hacia la habitación.

—No estarías pensando en dejarme colgado, ¿verdad?

Ella parpadeó para tratar de ocultar la mentira que reflejaban sus ojos y luego se humedeció aquellos labios increíbles.

—Por supuesto que no. Estaba un poco ansiosa, eso es todo — aseguró levantando las manos como si buscara ayuda en el aire—. Estaba paseando. Ya sabes... paseando.

—¿Y dónde está la pistola? —preguntó él sin disimular la desconfianza que sentía, tras echarle un vistazo a la mesilla vacía.

—Yo... No lo sé —mintió Jenn dando instintivamente un paso atrás—. Pensé... pensé que la tenías tú.

—No me gustan los juegos, Jennifer —dijo Ethan agarrándola de la cintura y quitándole la pistola con movimiento certero—. Si voy a ayudarte tengo que ser capaz de confiar en ti.

Ella no podía pensar... No podía respirar. Le había quitado el aliento con la misma facilidad con la que se había hecho con la pistola. Su brazo parecía de acero, y el pecho de piedra bajo las palmas de sus manos. Aquel rostro cincelado estaba sólo a unos centímetros del suyo.

—Suéltame —le ordenó Jenn en cuanto pudo encontrar su propia voz.

Fue una orden algo balbuceante y sin embargo clara. Delaney no era el único que podía intimidar. Tal vez ella no tuviera su fuerza física pero tenía otras virtudes... Como una inteligencia superior, por ejemplo. Jenn lo miró con la esperanza de que pudiera leerle la mente.

Ethan retiró el brazo Ella se apartó.

—Siéntate —le ordenó el detective indicándole la cama con un gesto de la cabeza.

El corazón comenzó a latirle con fuerza. Jenn miró la cama y

luego a él, preguntándose qué ideas se le estarían cruzando por la mente.

—No temas —dijo Ethan suspirando ostensiblemente al saber lo que estaba pensando—. No soy un acosador de jovencitas. Lo que quiero es hablar contigo. Sólo hablar. Y ahora siéntate —repitió acercándose para intimidarla.

Jenn tomó asiento en una esquina de la cama. Estaba furiosa.

—He estado con Crane —le dijo el detective con voz neutra, sentándose en la silla—. Se mostró muy tranquilo. No mencionó que hubiera ningún problema, ni siquiera que hubieras desaparecido. Cuando le pregunté por ti me dijo que estabas en Boston de viaje de negocios.

—Está claro que mintió —se apresuró a responder ella llena de ira.

—¿Está claro? —preguntó él retóricamente antes de apoyar los codos en las rodillas—. Tenemos un problema. Te niegas a ir a la policía. Y eso me coloca en una posición incómoda ya que no puedes demostrar que eres quien dices ser y contigo nada concuerda.

—¿Cómo que nada concuerda? —repitió ella poniéndose de pie—. ¿Qué tengo que hacer para que se te meta en la cabeza? David cree que estoy muerta. Ordenó a uno de sus hombres que me asesinara. Estoy convencida de que tiene toda la intención de perseguirme y terminar el trabajo. Quiere verme muerta. ¿Qué más quieres que te diga? —concluyó alzando los brazos desesperada.

—Lo único que estoy diciendo es que necesitamos una prueba —respondió Delaney sin perder la calma—. Tendrás que darme algo más que esa historia que no puede verificarse. El cadáver de tu tío no ha aparecido, o al menos los medios de comunicación no se han enterado. No hay absolutamente ninguna prueba de que haya

ocurrido nada.

—¿Y cómo voy a conseguirla? —se preguntó Jenn pasándose de nuevo por la habitación.

Aquello era una locura. A menos que pudiera entrar en los laboratorios y hacerse con unas huellas dactilares o una secuencia de ADN que David no hubiera falsificado todavía, estaba perdida. Más de lo que Delaney creía.

—No tengo ninguna identificación. Y David está cubriendo mi ausencia de más modos de los que tú crees —se quejó—. La única prueba que podría existir está en Balphar.

¿Podría contarle ahora el resto? ¿O llamaría el detective a los hombres de bata blanca para que se la llevaran?

Delaney se puso de pie, dando al traste con la calma que ella empezaba a recobrar. Jenn trató de hacerse la fuerte pero probablemente no lo consiguió.

—Me gustaría que regresaras conmigo a Chicago. Hay alguien a quien quiero que veas.

Jenn tuvo la impresión de que aquello no traería nada bueno. Una sensación extraña se le posó en la boca del estómago. Su instinto nunca le fallaba. Excepto una vez. Confiar en David Crane había sido el error más grande de su vida y ninguna señal se lo había advertido.

—No sé si ir a Chicago sería una buena idea —dijo acercándose muy despacio a la puerta.

Balphar estaba situado al norte de Aurora, pero Chicago estaba demasiado cerca como para hacerla sentirse cómoda. Primero tenía que asegurarse de contar con el apoyo incondicional de la Agencia Colby.

—No dejaré que te ocurra nada —aseguró Ethan acortando el espacio que ella había ganado—. Te doy mi palabra.

Jenn se detuvo un instante. Tal vez le estuviera diciendo la verdad. Tal vez quisiera ayudarla sinceramente. Pero, ¿cómo podía volver a confiar en nadie, sobre todo en un hombre?

—¿A quién quieres que vea?

La vacilación del detective respondió a su siguiente pregunta antes incluso de que la formulara.

—Se llama Clarence Melbourne. El doctor Clarence Melbourne. Trabaja de vez en cuando para la Agencia.

—¿Qué clase de médico es? —preguntó ella, furiosa, aunque ya conocía la respuesta.

—Es un psicólogo. Me gustaría que te hiciera una rápida evaluación para estar seguros.

—¿Para estar seguros de qué? —dijo Jenn dando un paso más hacia la puerta.

Delaney estaba ahora más cerca. ¿Se habría movido sin que ella se diera cuenta?

—Piénsalo, Jennifer —le pidió el detective con tranquilidad—. Ambos queremos lo mismo: solucionar tu problema. Necesito estar seguro de ti. ¿No lo entiendes? Sólo serán unas cuantas preguntas. Es lo único que hace falta. No hay nada de qué preocuparse.

La sinceridad de aquellos ojos negros casi la convenció.

—¿Puedes hacer eso por mí? —preguntó Delaney casi en un susurro.

—No... no lo sé —respondió ella agarrando con la manos el picaporte de la puerta, que le quedaba de espaldas—. Creí... creí que haríamos las cosas a mi manera —dijo para ganar tiempo—. Después de todo, yo soy el cliente y el cliente siempre tiene razón, ¿no?

—Tienes que confiar en mí, Jennifer —insistió Delaney mirándola

a los ojos fijamente durante un largo instante.

Jenn abrió la puerta y se precipitó hacia el pasillo.

El detective le gritó para que se detuviera, para que no saliera. Pero ella no hizo caso y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

¿Hacia qué dirección? ¿Derecha? ¡No, izquierda! Corría muy deprisa. Escuchó las pisadas de Delaney detrás de ella. La gravilla salía disparada bajo sus pies, dificultándole la carrera. Tenía que ir más deprisa.

¡Más deprisa!

Los brazos del detective la agarraron por detrás. Ella se defendió con patadas y puñetazos.

—¡Ya basta! ¡Deja de resistirte! —gruñó Ethan—. ¡Tengo que meterte dentro!

—¡Suéltame! —gritó ella dándole una patada en la espinilla.

El detective ahogó un gemido, la metió en la habitación y cerró con llave la puerta tras él antes de arrojarla sobre la cama.

—No te muevas —la amenazó mirándola con expresión furiosa.

Jenn sintió deseos de llorar. Le temblaban los labios. Ethan se maldijo a sí mismo entre dientes por haber permitido que aquella situación hubiera estado a punto de escapársele de las manos. Su profesionalidad había saltado por la ventana desde el momento en que puso los ojos en ella. Tendría que haber impedido que se acercara a la puerta, y desde luego que saliera. No había duda de que quien lo había seguido hasta allí la habría visto si todavía estaba fuera.

Y Ethan estaba completamente seguro de que aún seguía allí.

Todavía no tenía razones para sospechar que Crane lo hubiera mandado seguir, pero sin duda alguien de Balphar lo había hecho.

Jenn estaba posicionada en medio de la cama para salir corriendo como una liebre a la primera oportunidad. El cabello rubio le caía en cascada sobre los hombros, dándole un aspecto salvaje y al mismo tiempo asustado e inocente. Ethan aspiró con fuerza el aire y contó hasta diez antes de soltarlo. Él no tenía la culpa de que la joven tuviera el aspecto de una gata sexy e insinuante a punto de lanzarse sobre el ratón más cercano.

El detective sacudió la cabeza. ¿En qué demonios estaba pensando? Era una cliente y además demasiado joven para que un tipo quemado emocionalmente como él babeara.

—Tranquilízate y hablaremos del asunto, ¿te parece? —le dijo sin apartar los ojos de los suyos.

Ella se relajó un poco pero no contestó. Ethan entreabrió parcialmente las cortinas una décima de segundo y le echó un vistazo al aparcamiento. Sólo estaba su coche, pero aquello no contribuyó a disminuir su sensación de incomodidad.

El crujido de la moqueta a su espalda lo obligó a girar la cabeza justo al mismo tiempo que recibía un golpe en la cabeza. El sonido de loza barata rompió el silencio de la habitación. Lo que quedaba de la lámpara de la mesilla de noche estaba tirado en el suelo.

Mientras trataba de recuperar el equilibrio, Ethan sujetó a la joven del brazo para evitar que volviera a escaparse.

—No lo hagas —le dijo entre dientes con el rostro a escasos centímetros del suyo.

Los ojos de Jenn mostraban miedo y rabia a partes iguales.

—No regresaré hasta que pueda demostrar que digo la verdad —le aseguró con la voz entrecortada por la respiración.

—No podemos quedarnos aquí —dijo el detective soltándola con brusquedad.

Una mezcla de emociones se abría paso en su interior, provocándole una incomodidad hasta entonces desconocida. Sentía tantos deseos de besarla como de empujarla. Aquello era completamente inaceptable. Completamente insano.

—Tal vez ya no estemos a salvo aquí —consiguió decir.

Ella se apartó y lo miró con los ojos entrecerrados en gesto acusador.

—¡Oh, Dios mío, te han seguido! —murmuró negando con la cabeza mientras las lágrimas resbalaban por sus ojos azules—. ¡Los has traído hasta mí! Me matarán. Tengo que...

—Ya te dije que no permitiría que... —comenzó a explicar Ethan sintiéndose culpable.

El sonido del cristal al estallar terminó con la discusión. Las cortinas se movieron una vez. Hubo otro ruido. Un sonido sordo y demasiado familiar.

¡Disparos!

Ethan se arrojó delante de la joven y la tiró al suelo. Amortiguó con el codo la caída y luego rodó con ella hasta colocarla boca arriba para protegerla con su cuerpo.

Se escucharon otros seis disparos que fueron dejando agujeros en la pared. La silla recibió también uno. Sobre la moqueta volaban trozos de cristal. Rugió el motor de un coche. Y los neumáticos chirriaron.

De pronto, reinó el silencio.

Ethan dejó escapar un suspiro de alivio.

Por el momento estaban a salvo. Jennifer temblaba debajo de él.

—¿Estás herida? —le preguntó incorporándose ligeramente para examinarla.

—No —consiguió decir ella a duras penas tratando de incorporarse. Estoy bien.

—No lo hagas —ordenó Ethan apoyándola de nuevo contra el suelo—. Primero tengo que asegurarme de que está despejado.

Ella asintió con la cabeza aunque la idea pareció asustarla todavía más.

Ethan se puso de pie y se acercó lentamente a la ventana para mirar la zona del aparcamiento. Nada. Los pistoleros debían haber estado esperando al otro lado de la larga fila de habitaciones. Seguramente habrían disparado desde un coche, pero tenía que asegurarse de que ya se habían marchado.

Y siempre cabía la posibilidad de que el recepcionista hubiera llamado a la policía. Aunque seguramente no habría sido así. En aquel tugurio no.

Ethan se acercó a la puerta y la abrió muy despacio. Cuando hubo hueco suficiente para deslizarse, salió al pasillo con la pistola en posición de ataque y lo recorrió. Nada. Lo único que vio fue al recepcionista mirando a hurtadillas desde el mostrador.

—¿Qué demonios ha sido eso? —gritó con voz temblorosa.

—No creo que quiera saberlo —respondió Ethan sin dejar de mirar a su alrededor—. ¿Has visto algo?

—Nada —aseguró el hombre negando enérgicamente con la cabeza—. Sólo un coche negro o azul marino. Eso es todo. Pero no le he visto la matrícula.

—¿En qué dirección se fue?

El recepcionista señaló con el dedo la carretera comarcal que llevaba a Chicago y a Aurora. Era lo que Ethan temía. Un sedán azul oscuro lo había ido siguiendo desde Balphar.

—Puede ir preparando la cuenta. Añada el importe de un cristal roto y una lámpara — sugirió el detective—. Nos vamos.

—Buena idea —contestó el hombre asintiendo aliviado.

Ethan se guardó la pistola en la chaqueta y volvió a entrar en la habitación. Jennifer estaba sentada al borde de la cama con los brazos cruzados. Sus ojos echaban chispas de furia.

—¿Me crees ahora? —le preguntó golpeando el suelo con el pie—. Estas balas eran reales, ¿no?

A pesar de sus esfuerzos para evitarlo, una media sonrisa asomó a los labios de Ethan.

—Digamos que ahora estoy un poco más abierto a la posibilidad de hacerlo.

Sonó el teléfono de la limusina. David Grane lo descolgó.

—Crane —dijo con brusquedad. Llevaba tiempo esperando noticias.

—Hemos seguido a Delaney hasta un motel de mala muerte en Kankakee. Ella estaba allí. Esperándolo.

Aquellas palabras resonaron en la cabeza de David. No eran las que hubiera querido oír.

—Confío en que pondrá usted remedio a la situación —dijo con gravedad.

Odiaba la incompetencia. Y la cobardía todavía más. El hombre al que había confiado el trabajo le había fallado y después había mentido para ocultar su incapacidad de cumplir la misión. Una sonrisa curvó los labios de David. No había nada que hacer al respecto porque el hombre ya estaba muerto. Una preocupación menos. Sin embargo, él habría cumplido el trabajo de manera mucho más certera si hubiera sabido lo que sabía ahora.

—Nos ocuparemos de ello, señor.

—Ahora hay otras complicaciones añadidas —señaló él.

—Lo comprendo, señor.

—Supongo que comprende también las consecuencias que acarrearía fallar— dijo David tras aclararse la garganta para asegurarse la atención del otro hombre.

—No fallaré.

—Excelente —dijo David antes de colgar. Ella tenía que morir ya. La quería muerta.

Cada segundo que seguía con vida ponía en grave peligro todo el proyecto... y a él. El hecho de tener que matar a Ethan Delaney lo turbaba en cierto modo, pero era absolutamente necesario. Delaney le había salvado la vida en Iraq, pero David le había devuelto el favor. Además, ya no estaban en el desierto, estaban en América y la guerra allí era mucho más intensa de lo que nadie sabía. Allí había mucho más que ganar y por tanto mucho que perder. Y por muy sangrientas que se pusieran las cosas, David quería ganar. Nada ni nadie se interpondría en su camino.

—¿Va todo bien?

David miró a la hermosa mujer que tenía al lado. Llevaba un vestido de noche negro exquisito que le sentaba de maravilla y parecía relajada en el asiento de cuero de la limusina. El cabello, largo y rubio, le caía por los hombros como una cascada de seda pura. Y sus ojos azules lo observaban con completa admiración. Sí. Era preciosa y perfecta.

—Todo va perfectamente —le dijo.

David pasó el brazo por los hombros de su mujer. Oh, sí. Ahora todo iba perfectamente.

Capítulo 4

—¿Por qué no reconoces que yo tenía razón y ya está? —protestó Jenn—. Alguien ha intentado matarme y tú lo sabes.

—Sí. Creo que alguien ha intentado matarte —reconoció Ethan tras tomarse unos segundos para controlar la irritación y dejar la bolsa de viaje en el maletero de su coche—. O a mí... O a los dos —añadió supervisando los artículos de emergencia que llevaba siempre en la caja de herramientas cuando viajaba.

—Eres el hombre más cabezota que he conocido en mi vida —insistió ella cruzándose de brazos en gesto indignado—. No lo entiendo. No puedes ser tan torpe. Tienes que saber que esas balas iban dirigidas hacia mí.

—Entra en el coche —le pidió Ethan girándose hacia ella.

—No lo haré hasta que me digas por qué sigues sin creerme —dijo Jenn aguantándole la mirada.

—Estoy seguro de que alguien quiere hacerte daño —aseguró el detective armándose de paciencia—. Y seguramente se trate de alguien de Balphar o al menos alguien del negocio. Pero no hay nada que relacione a David Crane con lo que está ocurriendo. Pero si existe esa prueba, la encontraremos —añadió para tranquilizarla—. Y ahora, sube al coche.

—De acuerdo —cedió la joven suspirando—. ¿Qué es esto? —preguntó señalando la caja de herramientas en la que Ethan acababa de guardar el revólver de ella.

—Las herramientas de mi trabajo, jovencita —respondió el

detective sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

—No soy una jovencita —respondió Jenn acaloradamente—. Deja de llamarme así. Podrías llamarme doctora Ballard, por ejemplo.

—De acuerdo. Doctora Ballard —contestó Ethan—. Aquí tengo todo lo que necesito para mi trabajo: Un par de armas extra, munición, visión nocturna, prismáticos y un chaleco antibalas, por nombrar algo. Y ahora, ¿te importaría entrar en el coche antes de que tus amigos regresen para otra sesión de tiro al blanco?

Ella abrió mucho los ojos con expresión atemorizada ante un posibilidad que estaba claro que no había considerado. Ethan volvió a maldecir entre dientes al ver aquel trasero respingón entrando en el asiento del copiloto.

—Gracias a Dios murmuró.

Estaba claro que su objetividad se precipitaba colina abajo a toda prisa. Tragó saliva para contener un gemido sensual. Tal vez Jennifer tuviera un cuerpo hecho para el amor pero era prácticamente una niña, le recordó su parte sensata. Demasiado joven para él.

“Y además es tu cliente”, añadió dándose una bofetada mental.

Tras comprobar que llevaba todo lo necesario, Ethan cerró las puertas del coche y se colocó detrás del volante. Tenía en mente el sitio perfecto donde mantenerla a salvo. La cabaña que Pierce Maxwell poseía al lado de Crystal Lake. Max, tal como lo conocían sus amigos, estaba fuera del país en una misión de la Agencia. Ethan sabía dónde escondía la llave, igual que Max conocía dónde guardaba él la de su apartamento en la ciudad. La cabaña estaba a treinta minutos al noroeste de la ciudad, perdida entre los bosques. Ethan no tendría que preocuparse de que ningún vecino curioso descubriera su presencia.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jenn en cuanto se puso el

cinturón—. Quiero que me mantengas informada de nuestros planes.

Aquella era la mujer más exigente que había tenido que proteger jamás, pensó Ethan.

—Al noroeste de Chicago, cerca de Crystal Lake. No te preocupes —se apresuró a aclarar cuando la oyó tragar saliva—. Es un sitio seguro y está muy lejos de Aurora y de Balphar.

—Pero, ¿qué vamos a hacer? —quiso saber ella—. Tenemos que detener a David como sea. Y quiero saber exactamente qué tienes pensado. No haremos nada sin mi aprobación.

Vaya, vaya. Al parecer la señorita vicepresidenta primera estaba acostumbrada a mandar.

—Cuando lleguemos a nuestro destino hablaremos de los pasos a seguir, ¿te parece?

—Me parece —contestó Jenn relajándose un poco—. Pero no intentes jugármela. No pienso permitir que ningún hombre vuelva a aprovecharse de mí.

Ethan parpadeó y trató de concentrarse en el semáforo en verde que tenía delante. No se había parado a considerar cómo se habría resentido su relación con los hombres después de que su prometido la hubiera mandando asesinar. Aunque lo cierto era que todavía no tenía claro que hubiera estado prometida, y mucho menos con David Crane.

—No tienes que preocuparte de nada —insistió él—. Yo nunca me aprovecharía de nadie, y mucho menos de...

—Te juro que si vuelves a llamarme jovencita te pegaré un grito —lo interrumpió Jenn.

Ethan guardó silencio. Así era exactamente como pensaba llamarla. Aunque lo cierto era que si la consideraba una jovencita, ¿qué papel ocupaba él? ¿El de viejo verde?

—¿Por qué no intentas dormir un poco? Te despertaré cuando lleguemos. Está a una hora de aquí.

—No estoy cansada —mintió ella alzando la barbilla.

Cuando alcanzaron la carretera, Ethan se relajó y miró de reojo a Jennifer Ballard, que luchaba por mantener los ojos abiertos. Estaba claro que no se le daba bien mentir. ¿Qué demostraba aquello respecto a sus acusaciones contra Crane?

Que realmente pensaba que era el enemigo.

Y sin embargo, Ethan no estaba convencido de ello. Tal vez había cometido un error al aceptar aquella misión. Tal vez Victoria tenía razón cuando dijo que el pasado podía interponerse en su camino. Pero Ethan no estaba preparado para admitir todavía el fracaso. Si descubría que Crane era culpable sabría cómo manejar la situación. Nunca había permitido que los sentimientos se interpusieran en su trabajo.

En su cabeza se abrieron paso de golpe las imágenes del pasado.

Había cometido un error una vez. Y con una era suficiente. No permitiría que volviera a ocurrir. Si David Crane era culpable, pagaría por ello.

Muchas cosas podían cambiar en ocho años. La investigación farmacéutica era un gran negocio... que daba mucho dinero. La codicia cambiaba a los hombres. Y en aquel caso concreto, Crane podía ser sospechoso. Era quien más tenía que ganar con la ausencia de Jennifer, que lo colocaría en posición de tomar decisiones importantes. Pero, si no estaban casados, ¿qué ganaba a largo plazo?

No mucho, pensaba Ethan. Porque, ¿qué importancia tenía que en aquel momento disfrutara de poder? Jennifer lo recuperaría sin problemas en cuanto demostrara su identidad. A menos que pudiera demostrarse que tuviera algún problema de inestabilidad mental, se

recordó Ethan. Aquello le recordó que tenía que hacer algunas llamadas. Necesitaba hablar con Victoria, ponerla al día. Y luego debía llamar a Melbourne y a Amy Wells. Amy tendría la misma talla que Jennifer aunque fuera un poco más alta. Tal vez podría llevarle algo de ropa a la cabaña.

Ethan observó por el rabillo del ojo la camiseta demasiado corta de su cliente, que ahora estaba dormida. Se le secó la garganta cuando recorrió con la mirada su vientre desnudo y siguió la curva de sus senos. El detective clavó de nuevo la mirada en la carretera. No había tenido tanta dificultad para dejar de pensar en el sexo desde que era adolescente.

—No es más que una niña —murmuró entre dientes.

—No soy una niña —lo corrigió ella sin abrir los ojos, con voz agotada por el cansancio.

Ethan sacudió la cabeza. Iba a ser una noche muy larga.

—Jennifer.

La joven se despertó sobresaltada. Estaba oscuro.

Sintió una oleada de terror. Tenía que huir de allí. Tenía que escapar de las manos que la estaban tocando. Al agitarse se dio contra algo duro. Una puerta.

Jennifer, soy yo, Ethan —dijo sujetándole el brazo con más firmeza—. Despierta. Estás a salvo.

Estaba en el coche con el detective Ethan Delaney. Estaba a salvo... Al menos en teoría. El abrió la puerta y se bajó del coche. La joven buscó a tientas hasta que encontró el pestillo de la suya y salió también. Durante unos segundos se sintió desorientada pero se repuso enseguida. Dentro de la cabaña en forma de A que había en medio del bosque brillaba una luz. Jenn alzó un instante la mirada para admirar la luna llena que los iluminaba con luz dorada mientras

avanzaban hacia la puerta. No tenía ni idea de dónde estaba. La zona de Crystal Lake le resultaba poco conocida. Jenn observó las anchas espaldas de Delaney, que iba primero para abrir camino. Estaba pegada a él. Así que más le valía confiar en él. Aunque el detective todavía no había decidido si podía creerla.

—Creí que habías dicho que iríamos a un sitio seguro —protestó cuando él abrió la puerta y se echó a un lado para dejarla pasar—. ¿Dónde está la verja de seguridad y los guardias?

—Has visto demasiadas películas —aseguró Ethan cerrando tras ella y pulsando los dígitos de un panel de alarma que había en la pared—. Confía en mí. Este sitio es seguro. Sígueme.

Jenn obedeció y fue tras él por la estrecha escalera. La parte superior era un inmenso dormitorio de muebles sencillos y una inmensa cama. Estaba decorado con sencillez, al estilo masculino.

—Le he pedido a una amiga que te trajera ropa y artículos de higiene —dijo Ethan señalándole una bolsa que había a los pies de la cama—. Si necesitas algo más dímelo y le diré a Amy que te lo facilite.

—¿Amy? ¿Quién es Amy? —preguntó sin pensarlo, arrepintiéndose al instante de haberlo hecho.

Para su pesar, había sentido una punzada de celos al escuchar aquel nombre de mujer. ¿Sería Amy su novia? ¿Su mujer? No llevaba anillo. ¿Qué le importaba a ella?, reflexionó con creciente desasosiego al darse cuenta de la dirección que tomaban sus pensamientos.

—Amy trabaja también en la Agencia —explicó el detective dirigiéndose de nuevo a las escaleras—. Si necesitas algo házmelo saber. Estaré abajo.

Jenn estaba demasiado cansada para analizar la precipitación con

la que Delaney se marchó. Abrió la bolsa y removió su contenido. Dos pares de vaqueros. Una camiseta. Dos blusas. Calcetines, medias y braguitas. La joven alzó una ceja. ¿Un sujetador? Comprobó la talla y vio que era la suya. ¿Cómo era posible que la tal Amy lo hubiera adivinado?

Jenn sintió que las mejillas se le sonrojaban ante la idea de que Delaney le hubiera calculado la talla. Sintió un escalofrío en el vientre y se obligó a sí misma a seguir mirando en la bolsa. Un camisón, cepillo de dientes y pasta y unos cuantos cosméticos más.

Diez minutos más tarde estaba sumergida hasta el cuello en la bañera. Los minutos transcurrieron lentamente mientras el agua caliente iba disolviendo poco a poco la tensión de su cuerpo. Estaba muy cansada. Jenn cerró los ojos y trató de no pensar en su padre. ¿Y si no volvía a verlo más?

“Por favor”, rezó. “Por favor, Dios mío, mantén a mi padre a salvo de David. Y, por favor, no dejes que se muera antes de que yo regrese a casa”.

Contuvo las lágrimas y trató de concentrarse en la tarea de lavarse la cabeza. Cuanto antes terminara antes podría dormir. Necesitaba descansar. Al día siguiente tendría que encontrar la manera de demostrar quién era ella y cuáles eran las intenciones de David Crane.

Mientras se secaba el cabello pensó que tal vez había llegado el momento de utilizar el as que tenía escondido. Estaba completamente claro que no había convencido a Delaney al explicarle lo apremiante de su situación.

Su temor era cometer un error al precipitarse al sacar aquella carta demasiado pronto. Pero era evidente que la situación requería medidas drásticas. Al día siguiente por la mañana se aseguraría de que Ethan Delaney viera por sí mismo a lo que tenía que

enfrentarse... Por qué no podía acudir a la policía.

Con la toalla colocada sobre los senos, Jenn salió del baño y se acercó a la cama.

Pero se detuvo bruscamente a mitad de camino al ver aparecer a Delaney al final de la escalera. La joven tragó saliva. El detective parecía tan sorprendido como ella misma.

—Yo... te he traído algo de cena —dijo señalando con la cabeza la bandeja que tenía entre manos.

En la bandeja había una lata de cerveza y una botella de agua junto a un paquete de comida rápida. Delaney se había detenido en algún restaurante durante el camino y ella ni siquiera se había enterado de lo dormida que estaba. Jenn echó los hombros hacia atrás y cruzó la habitación para agarrarle la bandeja.

—No sabía si preferías agua o cerveza. No había nada más.

—Gracias —contestó ella como si todo fuera muy natural.

Fue consciente del modo que su mirada resbalaba por su cuerpo medio desnudo, deteniéndose en las piernas antes de volver a subir hasta el rostro. Tampoco le pasó desapercibido el brillo que desprendían sus ojos.

—De nada —respondió el detective humedeciéndose los labios—. Si necesitas algo, estoy abajo. Buenas noches.

Jenn trató de no fijarse en la anchura de su espalda mientras bajaba por la escalera. Ya había examinado al dedillo aquellos glúteos perfectos. Le daba rabia estar tan pendiente de él, sobre todo del modo en que la miraba.

Sintió entonces una oleada de satisfacción. Delaney también se sentía atraído por ella. Jenn se mareó un poco y corrió hacia la cama para dejar la bandeja. Trató de concentrarse para pensar más objetivamente en aquel nuevo matiz. Así conseguiría tener ella el

control. Lo único que tenía que hacer era mantenerlo nervioso para poder manejarlo con más facilidad. Nunca antes había llevado a cabo una táctica semejante, pero las malas de las películas siempre lo hacían.

—¿Ethan? —dijo sonriendo y apoyándose en la barandilla que daba al piso inferior.

Su guardaespaldas estaba tumbado en el sofá con una botella de agua en la mano. Se había quitado la camiseta. Jenn tragó saliva e intentó guardar la compostura. ¿Cómo era posible que existiera un torso tan hermoso?

—¿Sí? —preguntó él alzando la vista.

—¿Cuántos años tienes exactamente? — preguntó con la voz más coqueta que pudo—. Es que tengo curiosidad.

Dicho aquello, se soltó la goma que le sujetaba el pelo y dejó caer aquella cascada de seda rubia por los hombros.

—Treinta y cuatro —respondió el detective en un hilo de voz.

Ella fingió hacer la cuenta durante un instante.

—De acuerdo —dijo finalmente dándose la vuelta y desapareciendo de su campo de visión.

Jenn se metió en la cama y comenzó a dar buena cuenta de la hamburguesa con patatas que le había llevado. Le dio un largo sorbo a la botella de agua y sonrió.

Oh, sí. Ahora tenía al detective Delaney bien agarrado. Aunque fuera algo totalmente inusual en ella, utilizaría aquella atracción en su beneficio. Después de todo, había aprendido del mejor. David Crane era un maestro de la manipulación. La dura lección que había aprendido de él tendría que servirle para algo.

Ahora lo único que necesitaba era un plan infalible para la

mañana siguiente.

A las ocho de la mañana del día siguiente, Ethan sacudió la cabeza con pesadumbre. Todavía no podía creer que ella lo hubiera metido en aquello.

—Menos mal que tienes estos prismáticos —dijo Jennifer Ballard con tono demasiado alegre.

—Yo siempre estoy preparado —respondió él mirándola fijamente.

—Como un boy scout —bromeó la joven sonriéndole.

Era la misma sonrisa que le dedicó la noche anterior cuando apareció tapada sólo con una toalla. Ethan sintió un nudo en la garganta. Maldición. Apartó la mirada, volvió a ponerse los prismáticos y volvió a observar la fachada de la mansión de los Ballard. Aquello era ridículo.

—¿Qué demonios estoy buscando? —le espetó bajando los prismáticos lo suficiente como para mirarla una vez más.

—Confía en mí —respondió ella imitando las palabra que Ethan pronunció el día anterior—. Lo sabrás cuando lo veas.

Había perdido la razón. De eso no había ninguna duda. Si no, no estaría aparcado en una vía de servicio adyacente a la casa de Austin Ballard con el coche camuflado entre árboles y matorrales. Pero ella había insistido en que si iban allí aquella mañana y veía salir a David Crane de la residencia Ballard camino al trabajo, entonces Ethan comprendería por qué no podía acudir a la policía.

Mientras transcurrían los minutos, iba convenciéndose más y más de una cosa: Jennifer estaba como una cabra. Aunque tenía razón en una cosa: había corroborado con Victoria que David Crane y Jennifer Ballard habían solicitado una licencia para casarse.

—Ya sale —dijo ella agarrándolo del brazo para que no se le pasara.

Molesto, el detective miró a través de los prismáticos. ¿Qué demonios esperaba ver? David Crane salió de la casa con un maletín en la mano. El hecho de que saliera de la residencia de los Ballard no le aportaba nada a Ethan. Podía haber pasado por allí para ver cómo estaba el anciano.

Crane bajó los escalones pero vaciló un instante antes de subir al coche y miró hacia la puerta por la que acababa de salir. Ethan siguió la dirección de sus ojos. Una mujer salió y comenzó a descender por los escalones.

Ethan se puso muy tenso cuando la vio acercarse a David Crane. Nada podía haberlo preparado para aquel momento.

No podía creer lo que veían sus ojos.

Los cerró muy fuerte un instante antes de volver a mirar a través de los prismáticos.

La mujer que estaba al lado de Crane era exactamente igual a la que había sentada en el coche al lado de Ethan.

Cuando Crane y la mujer se hubieron metido en el coche, Ethan miró a la joven que tenía al lado.

—¿Quién demonios es?

—A mí no me preguntes —respondió Jennifer encogiéndose de hombros—. Lo único que puedo decirte es que no es Jennifer Ballard. Porque esa soy yo.

Capítulo 5

—Me ha robado toda mi vida —murmuró Jenn mientras miraba la portada del *Chicago Tribune* un poco más tarde aquella mañana.

Una foto de David y la impostora ocupaba la primera página. El titular rezaba: *La hija del magnate farmacéutico se casa con un pionero de la investigación en una ceremonia privada.*

El mundo entero pensaba que la mujer de la portada era Jenn pero no lo era.

—¿Por qué querría Crane llegar tan lejos? —quiso saber Delaney, que había comprado el periódico de regreso a la cabaña—. Tienes que reconocer que resulta difícil de entender.

Seguía sin creerla.

—Te estoy diciendo que mató a Russ porque sabía que algo no iba bien en el proyecto Kessler. El tío Russ me lo advirtió antes de morir, y por eso yo también estoy ahora en el punto de mira de David. Si ha asesinado a un hombre a sangre fría, esto le resultará pan comido —aseguró mostrándole a Ethan el periódico.

—De acuerdo. Imaginemos por un momento que hubiera ideado todo este montaje para disimular tu ausencia después de matarte —dijo Ethan dejando el periódico a un lado—. ¿Con qué objeto? Crane ya estaba al frente del proyecto Kessler. Y si esconde algo, ¿de qué se trata? ¿Cuál es exactamente el problema que tiene el proyecto Kessler? —preguntó mientras se servía una segunda taza de café—. Necesitamos algo más que meras sospechas.

Jenn se dejó caer en una silla de la cocina y clavó la mirada en su

taza, que seguía intacta. Toda aquella situación resultaba absurda. Estaba atrapada en el bosque mientras otra mujer vivía su vida.

—No tengo todas las respuestas. Lo único que puedo pensar es que quiere hacerse con el control de toda la empresa. Sabía que una vez estuviéramos casados yo me haría a un lado porque prefiero la investigación a la dirección. Pero Russ arruinó ese plan —aseguró encogiéndose de hombros—. No tuvo tiempo de decirme nada concreto respecto al proyecto Kessler antes de morir. Pero me advirtió que algo no iba bien y que David había mentado.

Jenn cerró los ojos para tratar de apartar de su mente el horror de su rostro... toda aquella sangre... Las manchas rojas en su vestido de novia... Soltó una carcajada amarga.

—Lo más patético de todo es que seguramente yo habría seguido confiando en David a pesar de las palabras de Russ... Si no hubiera escuchado con mis propios oídos cómo le ordenaba a aquel hombre que me matara. Así de ciega estaba.

—¿Cómo podemos averiguar cuál es el fallo del proyecto Kessler? —preguntó Delaney sentándose a la mesa con la taza de café en la mano—. ¿Hay algún modo de acceder a los archivos de Balphar desde fuera?

—Todo está protegido —aseguró ella negando con la cabeza—. No se puede entrar en ellos. Y aunque alguien lo consiguiera, el sistema de seguridad informático es impenetrable.

—Ningún sistema es impenetrable —la desafió Delaney mirándola con sus ojos oscuros por encima del borde de la taza.

Jenn se levantó de la silla y comenzó a andar. No le gustaba que la mirara así, como si tratara de ver dentro de su cabeza.

—Bueno —contestó ella con impaciencia—, ya que aquí no vive ningún pirata informático para ayudarnos por esa vía, tendremos que

esperar a la medianoche para entrar por la puerta principal. Tengo que conseguir una prueba irrefutable de que yo soy Jennifer Ballard.

—Eso es un poco arriesgado, ¿no te parece? —respondió Delaney dejando la taza sobre la mesa con gesto firme—. Sobre todo para alguien que unas horas atrás ni siquiera quería acercarse al lugar.

—No veo otra solución —contestó Jenn tragando saliva para superar el miedo que le atenazaba la garganta—. Es mi única esperanza. Cada minuto que perdemos es tiempo que no pasaré al lado de mi padre. Tenemos que entrar —repitió con rotundidad.

—¿Y qué me dices de Kessler? ¿Él hablará?

—No lo sé —contestó Jenn frunciendo el ceño.

La joven se apoyó en la encimera y miró a través de la ventana.

—Conmigo tal vez no. Cuando se fue de Balphar no lo hizo de forma amistosa. Culpa a mi padre de haber permitido que David se hiciera cargo del proyecto. Si sabe algo importante no creo que quiera compartirlo conmigo.

Delaney se puso de pie y se acercó a ella. Jenn no pudo evitar fijarse una vez más en su cuerpo. Trató de no observar con tanto detenimiento el modo en que se movía, pero no podía evitarlo. Lo hacía con gracia y de manera fluida para ser un hombre tan grande.

—Vale la pena intentarlo —dijo entonces el detective deteniéndose a unos pasos de ella e inclinándose sobre la encimera para estar a la altura de sus ojos—. Me sorprendería que Crane, si realmente está detrás de esto, se hubiera dejado ese cabo suelto.

Jenn sintió cómo su rostro palidecía. No había pensado en eso. Si David estaba tratando de no dejar cabos sueltos, tal como había hecho con Russ, entonces Kessler podría ser el siguiente. Tal vez ya estuviera muerto. Era la única prueba que tenía en el exterior. Tenía que llegar hasta él antes de que lo hiciera David.

—Si nos vamos ahora mismo podremos estar en su casa antes de comer —dijo mirando el reloj digital del microondas.

Delaney le bloqueó la salida cuando intentó moverse.

—Hay otra cosa de la que tenemos que hablar antes —dijo.

Ella alzó la vista para mirarlo. Cielos, qué alto era. Y sus hombros parecían no tener fin.

—No tenemos tiempo para hablar.

—¿Qué me dices de la mujer, Jenn? —le preguntó el detective sin moverse—. Me estás pidiendo que crea tu palabra y asuma que tú eres Jennifer Ballard y la mujer que vi saliendo de la mansión Ballard una impostora. Comprenderás que no es fácil.

Así que aquella era la razón por la que el detective no había sacado el tema cuando dejaron su casa. Había decidido que la impostora era ella y quería esperar a tenerla de nuevo encerrada antes de plantearle la idea.

—Olvídalo, Delaney —le espetó furiosa—. Iré yo sola a ver a Kessler. No debería haber llamado a la Agencia Colby.

Trató de apartarse de él, pero el detective la agarró con dedos fuertes y firmes.

—No irás a ninguna parte sin mí —dijo con voz pausada—. Si de verdad crees que tu vida corre peligro, entonces no creo que salir sola sea un movimiento inteligente.

Muy a su pesar, Jenn tenía que reconocer que estaba en lo cierto. No tenía ni dinero ni medio de transporte. ¿Qué podría hacer ella sola?

—No puedo demostrar quién soy. ¿Qué es lo que quieres de mí? —le preguntó con los ojos vidriosos, luchando contra las ganas de llorar—. Podría contarte toda mi infancia, pero, ¿qué probaría eso? La

única persona que puede corroborar mi historia apenas es capaz de comunicarse.

Cielos, cómo deseaba volver a casa. Sentarse al lado de la cama de su padre y ayudarlo a recuperar la salud.

—No estoy diciendo que no te crea. Estoy planteándome este asunto como lo haría la policía. Seguramente Crane habrá considerado la posibilidad de que acudieras a las autoridades. Puede argumentar que eres una antigua empleada resentida que casualmente se parece a su esposa.

Ethan la soltó en aquel momento, como si acabara de darse cuenta de que la tenía sujeta.

—Qué demonios, podría decir incluso que eres una pariente lejana en busca de venganza o que quiere hacerse con la fortuna de los Ballard.

Ella alzó los ojos azules húmedos para mirarlo.

—Piensa —la urgió el detective—. ¿Hay alguna posibilidad de que la conozcas? ¿Podría ser algún familiar?

Jenn negó con la cabeza. Se sentía confusa y agotada. Lo único que quería era irse a casa y olvidar todo aquello.

—Nunca la había visto antes. Tiene que tratarse de algún truco. Cirugía plástica o algo así.

—Una cosa más —añadió Ethan con dulzura, una dulzura inusitada que la pilló completamente por sorpresa—. ¿Hay alguna posibilidad de que tu padre tuviera algo que ver con lo que Kessler consideraba equivocado en su proyecto?

—¡No! —respondió ella al instante, ofendida—. Mi padre y yo somos las víctimas aquí. ¿Qué tengo que hacer para que te entre en la cabeza? Si no estás aquí para ayudarme, ¿por qué no me dejas donde me encontraste y dejas de fingir que mis problemas te interesan?

Estaba temblando, y eso le daba más rabia todavía que llorar. No quería parecer débil. Tenía que ser fuerte. Volver a ver a su padre dependía de lo que hiciera en aquel momento.

—De acuerdo —dijo finalmente Ethan—. Por el momento daremos por hecho que todo lo que has dicho es cierto. Ahora tenemos que demostrarlo.

—Tenemos que llegar a Kessler antes de que lo haga David —contestó Jenn—. No hay tiempo para discutir.

—Ni yo mismo lo habría dicho más claro.

El detective salió de la cocina. Para preparar las cosas, pensó Jenn sacudiendo la cabeza. ¿Habría conseguido empezar a convencerlo? ¿O sencillamente querría dejar de oírla? Seguramente se trataría de la segunda opción.

Una cosa era segura: Sobre ella recaía el peso de conseguir las pruebas.

—La siguiente a la derecha.

Ethan giró y miró de reojo a su copiloto. Había permanecido callada la mayor parte del viaje. Eso le preocupaba. Si no hablaba significaba que estaba pensando. Y viniendo de ella aquello era sinónimo de problemas.

Los segundos que había mirado por los prismáticos aquella mañana cuando la otra mujer salió de casa de los Ballard se repitieron de nuevo en su mente. Aquella mujer se parecía a Jennifer Ballard: Era su copia exacta, al menos en apariencia. El peso, la altura, incluso los gestos eran los mismos. Era como mirar a una gemela idéntica. Pero Jennifer Ballard no tenía hermanas ni era adoptada. Aquella mujer tendría que haber pasado por un quirófano para parecerse a la auténtica Jennifer. Podría haber visto vídeos o incluso observado a la joven para copiarle los gestos. Un tinte de pelo y

lentillas de color azul explicarían el resto.

Pero eso supondría dar por hecho que la mujer que estaba sentada a su lado en el coche era la auténtica Jennifer Ballard.

—Aquí es —anunció ella con entusiasmo—. Ahí está su coche —dijo señalando un sedán gris aparcado a la entrada—. Sólo espero que quiera hablar con nosotros.

Ethan aparcó a unos metros del otro vehículo. No habían considerado la posibilidad de que Kessler se mostrara violento.

—Voy a acercarme yo primero a la puerta para comprobar que todo está bien. Tú quédate.

Ella hizo amago de protestar, como parecía ser su naturaleza. Pero se lo pensó mejor al sentir la mirada glacial que le dedicó el detective.

—¿Sabes si tiene armas de fuego en casa? —preguntó Ethan mientras se bajaba.

—Que yo sepa no —respondió Jenn encogiéndose de hombros—. Ni siquiera creo que supiera cómo utilizarlas.

Aquella afirmación no le sirvió de consuelo a Ethan. El hombre podía haber cambiado mucho el último año, sobre todo teniendo en cuenta su polémica con Balphar.

Mientras avanzaba lentamente hacia la puerta de entrada, Ethan observó la parcela vacía en busca de algún rastro de un inesperado comité de bienvenida. Nada. La casa estaba bastante alejada del camino de entrada. Era una construcción clásica de dos plantas pintada de blanco con las contraventanas verdes. Había un garaje adyacente de aspecto más moderno y otra construcción más grande y todavía más reciente que el garaje. Dado que Kessler era un científico, Ethan supuso que se trataría de su laboratorio. Una idea que se veía reforzada por el panel de seguridad de alta tecnología que

tenía en la pared y del que carecía la casa. También era significativa la ausencia de ventanas.

El sol de mediodía calentaba con inusual fuerza. Ethan sintió que la frente se le perlaba de sudor. La gravilla crujía bajo las suelas de sus botas. Cuando alcanzó los escalones de madera que llevaban al porche, se detuvo y escuchó atentamente los sonidos que pudieran proceder del interior de la casa. La puerta delantera estaba abierta y resguardada únicamente por una tela metálica oscura que daba a entender que su dueño se había tomado la molestia de preservar su intimidad.

Cuando Ethan levantó el pie derecho para subir el primer escalón, sintió el inconfundible sonido del seguro de una pistola al desengancharse. El detective se quedó paralizado.

—Esto es propiedad privada.

Ethan miró a través de la tela metálica pero sólo pudo percibir una vaga sombra detrás de ella. La voz que había escuchado era inconfundiblemente masculina y pertenecería seguramente a un hombre mayor. Con un poco de suerte, se trataría de Kessler.

—Me llamo Ethan Delaney. Trabajo para la Agencia Colby. Me gustaría hablar con usted. Es importante.

—Saque su identificación y manténgala abierta de modo que yo pueda verla. Luego quiero que levante las manos.

—La tengo dentro de la chaqueta. Tengo que...

—¡Quítese la chaqueta!

Ethan percibió la ansiedad en el tono de voz del hombre. Lo que menos le apetecía del mundo era tener a un científico asustado apuntándole a la cabeza con una pistola.

—No hay problema —lo tranquilizó el detective—. Pero primero tengo que saber si es usted Lawrence Kessler.

—Eso depende.

Ethan se lo tomó como un sí. Se quitó despacio la chaqueta y la colocó en los escalones. Luego rebuscó en el bolsillo interior y sacó la identificación.

—Sé que tiene un arma —señaló Kessler—. Déjela también donde yo pueda verla.

—Claro. Tranquilo, amigo —respondió el detective sacándose la pistola de la cintura y colocándola sobre la cazadora.

Tenía la esperanza de que el anciano no fuera lo suficientemente avisado como para pensar en la funda de pistola que llevaba en el bolsillo.

—¿Está todo bien ya?

En aquel momento se abrió la tela metálica y un hombre mayor salió al porche con una pistola del calibre doce en la mano. Miró el carné de Ethan sin levantar la vista hacia su rostro.

—¿Qué quiere de mí la Agencia Colby? —preguntó Kessler malhumorado.

—Sólo quiero hacerle un par de preguntas —se explicó Ethan—. No se preocupe, no trabajo para Balphar.

Sobresaltado al escuchar aquel nombre, Kessler pareció todavía menos convencido de considerar al detective un amigo.

—Tiene un minuto para convencerme de que no le dispare —le advirtió el anciano. Antes de que Ethan pudiera darle más explicaciones, se abrió la puerta de su coche y Kessler miró hacia allí. Jennifer se dirigía hacia la casa.

Ethan maldijo entre dientes.

—Así que no trabaja para Balphar, ¿verdad? —gruñó el anciano—. ¡No se acerque ni un milímetro más! —le advirtió a la joven—. No

tengo nada que decirle.

—Mire. Dénos una oportunidad de explicarnos —le pidió Ethan con voz pausada.

—¡He dicho que no se acerque más! —le gritó el científico a Jennifer.

—Haz lo que te dije —gruño Ethan.

Para su alivio, la joven se detuvo... Para hacer algo todavía peor.

—Doctor Kessler, sé que hay un problema con el Cellneu. Necesito que me diga de qué se trata —le gritó en tono casi acusador.

Ethan volvió a maldecir. Sería un milagro que no los mataran a los dos por culpa de ella.

—No fue culpa mía —gritó Kessler con un nuevo tono de tensión en la voz—. Intenté decírselo, pero ellos no me escucharon. Ballard decidió creer a Crane antes que a mí. Se merece lo que le pase, sea lo que sea.

—Dentro de dos semanas comenzarán a probarlo con grupos humanos —le dijo Jennifer con voz temblorosa—. Está previsto que el Ministerio de Sanidad apruebe el Cellneu antes de fin de año.

—Están locos —murmuró Kessler—. Yo ya no soy el responsable. Hice todo lo que pude para detener esto. Tengo una hija en Colorado. No arriesgaré su vida ni la de su familia. No me pidan que haga eso.

—¿Le ha amenazado alguien, doctor Kessler? —le preguntó Ethan.

—No, claramente no —contestó el anciano soltando una carcajada amarga sin asomo de humor—. Pero he entendido perfectamente el mensaje.

—Necesito su ayuda, doctor Kessler —le pidió Jennifer, que para entonces se había colocado al lado de Ethan—. Sé que mi padre

cometió un error. Ahora me pregunto si no habrá sido debido a su enfermedad. Su salud se ha deteriorado muy deprisa el último año. Todavía no sabemos exactamente de qué se trata, pero puede haber afectado a su juicio. Tal vez por eso tomó partido por David en lugar de por usted.

Kessler sopesó sus palabras. Entonces bajó el arma que sujetaba con tanta fuerza.

—La gente morirá si siguen adelante con el Cellneu.

—Díganos cómo detenerlos —le urgió Jennifer.

—Tenemos que tener pruebas —intervino Ethan—. Si detenemos al responsable de esto su familia estará a salvo. Ahora mismo no lo están, ni tampoco usted.

—El responsable es Crane —aseguró el científico—. No lo dude. Está hambriento de dinero y de poder. Lo demás no le importa. Es un codicioso malnacido.

Ethan sintió una punzada de culpabilidad.

—Te lo dije —se apresuró a señalar Jennifer mirándolo—. ¿Cuándo empezarás a creerme?

—Si pudiéramos entrar un instante para hablar del asunto —dijo el detective girándose hacia Kessler—, su ayuda podría ser fundamental para resolver el caso.

—De acuerdo —cedió el anciano exhalando un suspiro y sujetando la tela metálica—. Entren.

Ethan siguió a Jennifer por el salón en penumbra. Las cortinas estaban completamente echadas. Kessler dejó la pistola en un rincón y encendió la lámpara que había sobre una mesita. Después les hizo un gesto con la mano indicándoles el sofá para que se sentaran.

—El Cellneu parece completamente seguro al principio —dijo sin

más preámbulos—. Y los resultados son impresionantes. Pero provoca cambios irreversibles en ciertas células.

—Alteraciones genéticas —murmuró Jennifer con gesto grave—. Cielos, ¿cómo no nos dimos cuenta?

—En un principio pasa desapercibido —explicó Kessler negando con la cabeza—. Las células mutadas permanecen dormidas durante meses. Por eso se nos pasó. Cuando yo lo descubrí intenté detener el proyecto, pero nadie quiso escucharme. Crane insistió en que la incidencia sería mínima. Que lo bueno superaría con creces la parte negativa.

—¿Qué ocurre cuando esas células se despiertan? —preguntó Ethan mirando alternativamente a ambos científicos.

—Que destruyen todo a su paso —respondió Kessler—. La muerte es inevitable.

—Si David se sale con la suya, el medicamento se pondrá a disposición de miles de personas —dijo Jennifer dirigiéndose directamente a Ethan—. Imagina cuántas morirán.

—¿Es posible que Crane tenga razón respecto a la baja incidencia? —reflexionó el detective.

Tenía que asegurarse. Los cargos contra Crane eran muy graves. El hombre al que Ethan recordaba soñaba con salvar el mundo. Había compartido con él aquel sueño durante aquellas setenta y dos horas de infierno.

—La incidencia de muertes será mucho mayor que la de supervivientes. Crane lo sabe.

Algo en los ojos del anciano le hizo ver a Ethan que estaba diciendo la verdad. El detective sintió un nudo en la garganta y posó la vista sobre Jennifer. Los ojos de la joven reflejaban la misma tristeza que los de Kessler.

¿Habría ordenado Crane con tanta crueldad la muerte de la mujer a la que supuestamente amaba y con la que se iba a casar? ¿Una mujer tan joven y tan ingenua, tan poco habituada al mundo real? La habían protegido durante toda su vida, y todo para recibir un despertar que nadie merecía.

La espantosa realidad atravesó la mente de Ethan como si fuera un jet cruzando la barrera del sonido.

Aquel parecido... ¿De dónde la habría sacado Crane? ¿Cuánto tiempo llevaba planeándolo? Por lo que Ethan sabía, Crane pretendía casarse con Jennifer Ballard. El súbito cambio de actitud de Russ Gardner o su descubrimiento había sido lo único que se lo impidió. La doble debía ser una alternativa, el plan B para el caso de que las cosas se torcieran. Y sin embargo...

—Necesitamos una prueba —les recordó el detective a ambos científicos.

—¿Cómo puedes seguir sin estar convencido? —exclamó Jennifer mirándolo con desolación—. ¿Acaso no has oído suficiente? La gente morirá.

—Si no hay pruebas tenemos las manos atadas —respondió Ethan sosteniéndole la mirada—. Lo sabes tan bien como yo. No se puede acabar con un tipo como Crane sólo por un rumor. Sobre todo si procede de un antiguo empleado que tal vez sólo quiera venganza.

—De acuerdo —murmuró la joven con rabia—. ¿Conserva algún archivo de sus investigaciones? —preguntó girándose hacia Kessler.

—Siempre he creído en las ventajas de cubrirse las espaldas —respondió el anciano sonriendo—. Lo tengo todo escondido en el laboratorio. Les traeré el archivo. Esperen aquí. No permito visitas en mi laboratorio.

—Gracias por ayudarnos, doctor Kessler — dijo Jennifer

acercándose a él.

El anciano asintió con la cabeza y salió por la puerta.

—Supongo que ahora me crees —le dijo la joven al detective antes de recorrer nerviosa el salón.

Ethan también se puso de pie. Había algo que lo inquietaba. Algo que no sabía definir. No dudaba de la palabra de Kessler. Qué demonios, a aquellas alturas tampoco dudaba de la de su cliente. Pero algo no encajaba. Se trataba de aquella sensación extraña que siempre lo invadía cuando las cosas se iban a poner todavía peor.

En aquel momento, el sonido de una explosión lo arrancó de sus pensamientos.

—¿Qué ha sido eso?

Jennifer se agarró a él como una lapa. Estaba aterrorizada.

—Quédate detrás de mí —exclamó Ethan dirigiéndose a la puerta.

Por primera vez desde que la encontró en aquella sórdida habitación de motel, ella le obedeció sin rechistar. Se le colgó del brazo y, a juzgar por la fuerza con que lo agarraba, parecía decidida a no soltarlo. Fuera olía a desastre. El laboratorio estaba envuelto en llamas y humo.

—¡Entra en el coche! —le ordenó Ethan.

Tenía que intentar salvar a Kessler. Ella estaría más segura en el coche.

Salió corriendo hacia el edificio en llamas. Jennifer se quedó paralizada, incapaz de moverse mientras lo veía golpear con el hombro la que parecía ser la única entrada al laboratorio. Estaba tratando de abrirse camino... al interior de un edificio que ya estaba perdido. Si entraba...

—¡Ethan! —gritó corriendo hacia él.

La puerta había cedido. Ethan estaba dentro. Ella sintió que el corazón le latía a toda prisa.

—¡Ethan! volvió a gritar.

No veía nada. Una gruesa capa de humo lo cubría todo. Tenía que hacer algo. ¿Y si se intoxicaba con el humo? ¿Y si no conseguía encontrarlo antes de que fuera demasiado tarde? Tenía que entrar. No podía seguir esperando.

Cuando se disponía a entrar en el laboratorio, Ethan salió por la puerta con el doctor Kessler al hombro.

—¿Está vivo? —preguntó ayudándole a dejarlo en el suelo.

—Casi. ¡Entra y llama a urgencias!

Ethan tenía el rostro y las ropas negros por el humo. Respiraba con dificultad y no paraba de toser. Jennifer sintió un nudo en el estómago. Él también necesitaría asistencia médica.

Ayuda. Tenía que conseguir ayuda. Cuando estaba a medio camino de la casa otra explosión provocó que la tierra temblara bajo sus pies. Una fuerza invisible la tiró hacia atrás. El rostro de Ethan flotaba delante de sus ojos.

Trató de hablar, pero la oscuridad la engulló.

Capítulo 6

—Se pondrá bien. Sólo está un poco aturdida.

—Bien —dijo Ethan sintiendo una oleada de profundo alivio—. Gracias por venir hasta aquí, doctor.

El doctor Kyle Pendelton sonrió y le ofreció la mano.

—No ha sido ninguna molestia. ¿Seguro que tú estás bien?

—Perfectamente —respondió apretando la mano del médico—. Victoria le agradecerá que haya venido.

Aunque hubiera llevado a Jennifer al hospital si hubiera sido necesario, se alegraba de no haber tenido que hacerlo. No quería verse en la tesitura de responder a preguntas que sin duda hubieran surgido. Sin duda, Crane tendría a alguien vigilando los hospitales si sospechaba que Jennifer estaba viva.

Ethan lamentaba profundamente no haber podido hacer nada por Kessler. Pero ya estaba casi muerto cuando lo sacó del laboratorio en llamas. Murió unos minutos más tarde.

El detective había salido entonces a toda prisa de casa de Kessler no sin antes llamar a urgencias para contarles la explosión. Sabía que aquella llamada le crearía problemas más adelante, pero no podía dejar de hacerla. Ya se preocuparía más tarde de responder a las preguntas que las autoridades le hicieran. Victoria los mantendría a raya hasta que aquel caso estuviera bajo control. Ethan llamó después al doctor Pendelton, el médico de la Agencia, para que acudiera a la cabaña de Max.

Tras despedirse de él en la puerta, Ethan miró en dirección a las escaleras. Sus pensamientos volvieron a la mujer que descansaba sobre la cama. Sintió un nudo en la garganta. Había estado a punto de morir porque él la había enviado a hacer la llamada de emergencia a la casa. El detective no podía imaginar que hubiera otra bomba en la casa, pero seguía siendo culpa suya de todos modos. Ella estaba bajo su protección. Tal vez nada de aquello hubiera ocurrido si la hubiera creído desde el principio. Incluso podía ser que Kessler siguiera vivo. Estaba claro que Crane había tenido a sus hombres observando los dominios del científico. Al estar los tres allí había tenido la oportunidad de acabar de una sola jugada con ellos. Ethan se preguntó que habría salido mal. ¿Por qué no habían explotado el laboratorio y la casa al mismo tiempo? ¿A qué se habría debido el retraso? El error de alguien era lo único que les había salvado la vida.

Ahora estaban de regreso en el punto de partida. Con el laboratorio destrozado, Jennifer seguía sin tener nada que mostrar a las autoridades como prueba. Pero ahora Ethan sabía la verdad. Y, por desgracia para David Crane, aquello era lo único que el detective necesitaba. No descansaría hasta detener a aquel hombre. Daba igual lo que hubiera ocurrido en el pasado: Acabaría con Crane a toda costa.

Ethan apretó la mandíbula. La idea de que aquel hombre se hubiera aprovechado de Jennifer, que hubiera intentado matarla, lo enfurecía. Ella era tan joven, tan inocente...

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, subió los escalones de dos en dos. Necesitaba comprobar por sí mismo que estaba descansando. Tenía que haberla creído desde el principio.

Jennifer estaba en medio de la cama con las sábanas enredadas alrededor del cuerpo y los ojos cerrados. El cabello, largo y rubio, le caía por los hombros. Ethan sintió un deseo familiar abriéndose paso

por su cuerpo. Se maldijo a sí mismo por permitirlo. No era más que una niña, lo reconociera o no. Debería bajar y no arriesgarse a molestarla. Pero ella abrió los ojos, como si hubiera presentido su aparición.

—Estoy despierta —dijo con voz algo temblorosa.

—No quería molestarte —murmuró él tragando saliva—. ¿Necesitas que te traiga algo?

Ella trató de incorporarse y al hacerlo compuso una mueca de dolor.

—No intentes levantarte —dijo Ethan tomando asiento en una esquina de la cama—. El médico dijo que debías descansar.

—Necesitamos un plan —le informó ella ignorando por completo sus palabras anteriores—. Nos estamos quedando sin tiempo. Tenemos que detener a David antes de que utilice el fármaco.

—No te preocupes —la tranquilizó el detective posándole las manos sobre los hombros—. Yo lo detendré. Tú lo que tienes que hacer es descansar.

Al sentir su piel en las palmas de las manos fue como si recibiera una descarga eléctrica. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que no llevaba nada encima. Se le secó la boca.

—¿Te importaría pasarme esa camiseta? —le preguntó Jenn señalándole la silla que había al lado de la cama mientras se cubría con la sábanas a la altura del pecho.

—Claro.

Ethan buscó la prenda. Tendría que haber supuesto que Pendelton necesitaría explorarla. Le pasó la camiseta sin mirarla, pero le pareció atisbar de reojo un pecho, uno pequeño y firme que apuntaba hacia arriba, como si reclamara su atención. Todos los músculos del cuerpo de Ethan se tensaron. No podía perder la

concentración. Era demasiado joven para él, por no añadir que además era su cliente.

—Ya que las pruebas de Kessler han sido destruidas no veo otro recurso. Voy a tener que enfrentarme a David. Soy la vicepresidenta primera. Tendrán que escucharme — anunció.

Estaba saliendo de la cama. Ethan la detuvo. La rodeó con sus brazos y la obligó suavemente a volver a sentarse.

—¿Y cómo te propones hacerlo?

Nunca dejaba de asombrarlo, pero aquello era ya demasiado.

—Entraré allí sin más y les contaré lo que Kessler dijo. El hecho de que tú estés de mi lado y que Kessler esté muerto debería servir de algo.

—Jenn —le dijo con dulzura—. Si fuera tan fácil no me habrías necesitado a mí. Crane te matará.

—Pero tú me protegerás.

Ella alzó la mirada para clavarle aquellos ojos azules. No se le pasó el respeto que reflejaban. Se lo agradecía, pero lo que le inquietaba fue el otro matiz que observó. La misma atracción que sentía él.

—Sí —dijo con voz tensa—. Lo haré. Pero primero tenemos que demostrar que eres quien dices ser.

Aquella observación cayó sobre la joven como un hachazo. Se había olvidado por completo de aquella otra mujer que en aquel momento vivía su vida.

—Oh, Dios. ¿Cómo voy a ser capaz de hacerlo? Es exacta a mí. Y está claro que todo el mundo en los laboratorios la ha aceptado. El mundo entero creó que soy yo.

—Necesitamos sus huellas dactilares —dijo Ethan sopesando las

opciones.

—Y su ADN —se apresuró a añadir Jenn con emoción.

—Pero eso no demostrará nada si no hay con qué compararlo. Necesitamos varias cosas.

Ella se llevó las rodillas al pecho y lo observó con esperanza renovada.

—Sin problema. Yo estaré encantada de proporcionar mi ADN.

—Esa es una posibilidad —reconoció el detective—. Pero lo que realmente nos hace falta es algún documento oficial anterior con tus huellas, o mejor con tu ADN en el que figure el nombre de Jennifer Ballard.

Ella se mordió el labio inferior con un gesto inconscientemente sensual. Ethan tuvo que apartar la vista.

—Los archivos de seguridad de Balphar tendrán mis huellas —dijo Jenn con los ojos súbitamente iluminados—. Si es que David no los ha manipulado —concluyó ensombreciendo de nuevo la expresión.

—Seguramente no se habrá molestado en cambiar más que los archivos recientes. Cualquier cosa almacenada o antigua seguirá igual que antes.

—¡Eso es! —exclamó ella poniéndose de rodillas—. ¡Los archivos antiguos!

—Tienes que tomártelo con calma —le pidió el detective sujetándola de nuevo por los hombros, esta vez cubiertos por la camiseta.

—Escúchame —le dijo Jenn—, hace cuatro años participé en un estudio en el que utilizaron mi secuencia de ADN. Tiene que estar allí. David no sabe que ese archivo existe. La prueba se realizó antes

de que él aterrizara en Balphar.

—Jenn, ahora mismo nada de eso importa —insistió Ethan tratando de recostarla—. Lo que tienes que hacer es descansar. Ya se me ocurrirá algo. Te lo prometo.

Ella lo miró como si quisiera adivinar su pensamiento.

—Jenn —le advirtió el detective—. Tienes que...

“Tienes que dejar de mirarme así”, quiso decirle. Pero perdió el hilo de sus pensamientos mientras sus ojos recorrían por propia iniciativa el hermoso rostro que tenía delante. Tenía un rasguño en la mejilla derecha. Ethan trató de no mirarla de aquel modo, sabía que no era una buena idea. Pero ya era demasiado tarde, la había mirado y no podía detenerse. Aquella naricita tan graciosa... Aquellos labios carnosos... Labios completamente besables. La columna delicada de su cuello. El cuerpo de Ethan reaccionó.

Ella se inclinó hacia delante. El cabello rubio que le caía como una cascada de seda acarició las manos del detective, que todavía la tenía sujeta por los hombros. Ethan contuvo la respiración cuando los labios de la joven se posaron sobre los suyos. Sintió el deseo hacer erupción dentro de su cuerpo como si fuera el hongo de humo de una bomba atómica. Apretó los dedos sobre su piel. El deseo de estrecharla entre sus brazos con más fuerza era evidente, pero se resistió y la apartó de sí.

—Jenn... —murmuró con sus labios todavía pegados a los suyos, besándolos con una ingenuidad que lo enternecía.

Aquello no podía estar ocurriendo. No podía permitirlo. Tendría que apartarla todavía más, pero sus brazos no parecían capaces de hacer el movimiento necesario.

Ella se apartó.

—¿Por qué no me besas? —le preguntó buscando la respuesta en

su mirada.

—Va contra las normas —respondió Ethan parpadeando para disimular sus sentimientos—. Eres mi cliente. Tener una relación sería un error por varias razones.

—Hay algo más que eso —aventuró Jennifer sabiamente.

Tenía razón. Ethan apartó por fin las manos de ella y se puso de pie para poner tierra de por medio entre ellos.

—Tal vez, pero en cualquier caso va contra las normas —repitió.

Jenn se levantó de la cama. El detective trató de no fijarse en la camiseta, que le cubría hasta la altura de los muslos.

—Bien, déjame decirte algo sobre las normas —dijo ella furiosa avanzando en su dirección.

Ethan dio un paso atrás.

—En la última semana me han dejado colgada en el altar, el hombre con el que en teoría iba a casarme ha ordenado que me asesinen, me han disparado y ahora casi salgo disparada por los aires.

Jenn se puso las manos en jarras y siguió avanzando hacia él.

—Por no mencionar que una mujer a la que no he visto nunca se ha apoderado de mi vida. ¡Todo se escapa a mi control!

—Tienes razón —reconoció Ethan alzando las manos con la esperanza de detener su avance—. Has pasado por un infierno y en situaciones así la gente... la gente se confunde. Sientes la necesidad de demostrarte que todavía sigues viva, que todavía eres deseable. Créeme, no tiene nada que ver conmigo. Más adelante te arrepentirías.

—No estoy confundida —aseguró ella alzando una ceja y deteniéndose justo delante del detective—. Sé perfectamente lo que

tengo en la cabeza. Tú no lo entiendes. Después de todo lo que me ha ocurrido, lo único que ahora controlo es el aquí y el ahora.

Ethan se cruzó de brazos. Tenía un mal presentimiento.

—Y no tengo ninguna intención de morir virgen. Así que supéralo, Delaney. Tengo veintidós años y sé lo que quiero. Y ahora mismo, lo que quiero es a ti.

Jenn quería morirse.

¿Cómo podía haber hecho algo tan estúpido?

Le había pedido a Ethan Delaney que mantuviera relaciones sexuales con ella. Sintió que las mejillas se le sonrojaban. Estaba claro que la explosión le había afectado al cerebro.

No podía escaparse escaleras abajo. Así que se dio la vuelta y volvió sobre sus pasos. Se quedaría allí de pie hasta el fin de los días. De ningún modo pensaba volver a enfrentarse a él. La tarde se había convertido en noche y todo seguía sin resolverse.

Toda su vida estaba fuera de control. El tío Russ estaba muerto.

El doctor Kessler estaba muerto.

¿Seguiría su padre a salvo? ¿Estaría vivo al menos?

La preocupación cayó sobre ella como una manta húmeda. Tenía que encontrar el modo de demostrar que ella era Jennifer Ballard. Tenía que acabar con David. Con aquel malnacido.

Jenn se dirigió caminando hacia el otro extremo de la habitación. Aquél era el único modo de regresar al lado de su padre. ¿Habría empeorado todavía más? ¿Sería demasiado tarde ya?

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. No quería llorar. Lo único que quería era hacer algo.

Debería bajar a hablar con Ethan. Pero le resultaba imposible.

¿Cómo había sido capaz de decirle aquello?

Jenn exhaló un gruñido de frustración y dio la vuelta para seguir paseando por la habitación. Nunca se había comportado de aquel modo. Apenas había permitido que David la besara, y eso que era su prometido. Quería permanecer virgen hasta la noche de bodas. Total para nada, ya que seguramente moriría como Russ y como Kessler.

Y nunca sabría lo que era compartir su cuerpo con un hombre. Hacer el amor.

Qué absurdo. Su sitio estaba en un laboratorio, mirando a través de un microscopio. Ése era su mundo, y no aquella locura. Y desde luego le importaba un comino Ethan Delaney. El era sólo... sólo...

—Nadie —murmuró.

Apenas conocía a aquel hombre. Aunque le hubiera salvado la vida dos veces en las últimas veinticuatro horas. Ése era su trabajo. No era ningún héroe, sólo ayuda contratada.

Jenn pensó que necesitaba distraerse. Y no con Ethan Delaney. Entonces alzó la vista y atisbó un reproductor de CDs en la estantería que había al lado del armario. ¿Por qué no lo habría visto antes? Muy sencillo, pensó acercándose a él. Porque había estado demasiado ocupada recibiendo disparos y saltando por los aires. Pero eso no le había impedido fijarse en el modo en que él se movía.

Jenn se quedó muy quieta y dejó descansar los dedos sobre la pila de CDs que había al lado del reproductor. Había algo en el modo que tenía de moverse, tanto cuando caminaba como cuando la levantaba en brazos. Algo sexual. Predatorio. Y sin embargo encantador. Tras la segunda explosión se había arrodillado a su lado, gritando su nombre. Al principio no lo había oído, pero se lo leyó en los labios. Había tenido que transcurrir al menos una hora antes de poder volver a escuchar con normalidad, pero podía sentir. Ethan había

recorrido todos los rincones de su cuerpo con las manos para buscar cualquier herida, cualquier hueso roto que pudiera existir. Le había tomado el rostro con aquellas manos tan grandes y le había prometido que todo saldría bien.

Y entonces, tras asegurarse de que podía trasladarla, la apoyó contra su pecho, acurrucándola allí como si fuera su hogar. Su cuerpo se había adaptado perfectamente a la poderosa musculatura de su torso. Y lo bien que olía... Jenn aspiró con fuerza el aire y cerró los ojos para recrearse en el recuerdo. A pesar del olor a humo y a explosivo de su ropa, desprendía un aroma inconfundiblemente masculino. Una esencia sensual y primitiva que la hacía estremecerse. Ningún hombre la había abrazado así jamás. Incluso al recordarlo sentía una oleada de calor.

Jenn sacudió la cabeza y se dispuso a buscar entre los CDs. Tenía que encontrar la manera de dejar de pensar en su padre y en David Crane. Y en Ethan Delaney. Sólo se le ocurría una cosa. Su gran pasión aparte de la investigación médica. El baile.

Cuando quería perderse, dejar el trabajo a un lado, se ponía música y dejaba que todo fluyera. Además, necesitaba ejercitar los músculos. Habían recibido una buena tunda aquel día. Unos buenos estiramientos y después un baño caliente aminorarían las agujetas.

El bueno de Max tenía una estupenda colección de música. Jenn escogió uno de los discos, subió el volumen y cerró los ojos para dejarse llevar por las notas. En cuestión de segundos su cuerpo se movía al ritmo lento y marcado. Sin abrir los ojos, se anudó la camiseta a la cintura sin perder ni un instante el compás.

Cuando tenía doce años se había planteado la posibilidad de dedicarse profesionalmente a la danza en un futuro. Cada momento que tenía libre lo dedicaba a ver vídeos de bailarinas profesionales.

Nada la hacía sentirse tan libre ni tan viva. Excepto desarrollar

algún fármaco que pudiera salvar vidas.

Cuando era pequeña tomó lecciones de danza: Ballet, claqué... Todo le gustaba. Pero cuando tenía siete años y su madre murió, todo cambió. Su padre la introdujo en su mundo. Y había llegado a gustarle. En el laboratorio se sentía segura, a salvo. Pero todavía llevaba la música en la sangre.

Arqueó la espalda y comenzó a moverse al ritmo de la música con movimientos felinos. Luego dio varios giros y se dejó caer haciendo una floritura justo cuando se escuchaban las últimas notas.

El sonido de un aplauso entusiasta la obligó a levantar la cabeza.

Delaney.

Maldición. Jenn sintió que se sonrojaba hasta las orejas. Se puso de pie a toda prisa y apagó el reproductor de CDs.

—¿Por qué me estás espiando? —le preguntó.

Él se encogió de hombros y sonrió misteriosamente.

—No te estaba espiando. Tenías la música tan alta que no me oías. Te he llamado un par de veces.

—¿Y qué es lo que quieres? —dijo Jenn sin terminar de creerse aquello.

—Pensé que tal vez tendrías hambre —respondió el detective recorriéndole el cuerpo con sus ojos oscuros y deteniéndose en su vientre, donde tenía la camiseta anudada—. Yo estoy hambriento.

—Espero que seas mejor cocinero que investigador —contestó ella deshaciendo el nudo—Todavía no estamos cerca de resolver este rompecabezas.

Para su disgusto, Ethan continuó recorriéndole el cuerpo con la mirada.

—No sabía que te gustara bailar —dijo él cambiando de tema.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes —aseguró Jenn pasando por delante de él—. Disculpa.

—¿Te sorprendería saber que a mí también me gusta bailar? —le preguntó el detective con voz misteriosa cuando alcanzaron la escalera.

—¿De veras?

Jenn no se lo creía. Seguro que lo había dicho por charlar de algo, por ponerla de nuevo de su parte. Bien, pues ya podía ir olvidándose.

Tuvo su oportunidad y la había dejado escapar.

Lo único que en aquellos momentos quería de él era que hiciera su trabajo.

—Se me da especialmente bien bailar en la oscuridad —aseguró Ethan con voz sensual cuando bajó el último escalón—. Tal vez te lo demuestre cuando seas mayor.

Capítulo 7

—Ya sé que va contra tu naturaleza —le dijo Ethan a la mañana siguiente—. Pero, ¿me aseguras que te quedarás sentada en el coche? ¿Que no bajarás la ventanilla ni saldrás para nada?

—Claro —respondió ella encogiéndose de hombros—. ¿Por qué no?

Ethan se obligó a apartar la vista de la joven hasta que hubiera recuperado el control. Le estaba costando trabajo mantener aquel asunto en un plano absolutamente profesional. El baile de la noche anterior no había servido de gran ayuda. Lo había excitado tanto que estuvo a punto de aceptar la oferta que le había hecho antes.

—Si te ve alguno de los hombres de Crane te matará —le dijo con la voz más serena que pudo.

—Ya te he dicho que no voy a salir del coche, ¿de acuerdo? —gruñó Jenn—. No me moveré a menos que salga volando por los aires como la casa de Kessler.

—Y no utilices el revólver que te he dado á menos que estés absolutamente segura de que la persona a la que apuntas supone una verdadera amenaza. Esta sí está cargada.

—Que sí, que sí —respondió ella con impaciencia.

Jenn observó cómo Ethan Delaney desaparecía en el interior del restaurante y trató al instante de borrar de su memoria su modo de caminar. No debía sucumbir. Había demasiadas cosas en juego. Ahora lo tenía claro. Se trataba de una relación puramente profesional.

Y hablando de profesionalidad: Aquél era el plan más absurdo que había oído en su vida, pero tal vez funcionaría. Por mucho que le costara admitirlo, seguramente él haría que funcionara. Uno de sus compañeros de la Agencia Colby había conseguido colarse en la agenda informática de la otra Jennifer Ballard y había averiguado que aquel día había quedado para comer con un socio en aquel restaurante. Ethan se aseguraría de sentarse en la mesa de al lado y cuando ella se marchara él se llevaría algo de lo que hubiera utilizado durante la comida. Un tenedor serviría, le había dicho, pero sería mucho mejor un vaso.

De él podrían extraerse con facilidad huellas dactilares y muestras de ADN. A Jenn debería habersele ocurrido, pero la idea era de Delaney.

Victoria Colby enviaría a alguien a recoger el vaso para llevarlo a analizar a un laboratorio especial que entregaría los resultados en un plazo máximo de cuarenta y ocho horas.

Entonces Jenn tendría su prueba y podría ir públicamente contra David y contra aquella mujer. Así terminaría por fin todo y ella podría volver a estar con su padre. Estaba preocupadísima por él. Pero no había nada que pudiera hacer excepto esperar.

El elegante Mercedes de David se detuvo justo delante del lujoso restaurante. Jenn contuvo la respiración y se deslizó instintivamente, en el asiento. Aunque cuatro coches las separaban y el vehículo de Ethan tenía los cristales ahumados, nunca había estado tan cerca de aquella mujer.

Se abrió la puerta, pero Jenn no pudo ver nada hasta que salió la mujer. A pesar de haberse preparado mentalmente para aquello, Jenn gimió. La mujer era igual que ella. Exactamente igual. Y llevaba puesta su ropa.

—Mi traje favorito de Donna Karan — murmuró—. Zorra.

Y también los zapatos. Cielos. Aquella mujer era una réplica de ella de los pies a la cabeza.

Jenn se estremeció. Era como si alguien anduviera sobre su tumba. Y ni siquiera estaba muerta... Todavía.

Porque si David se salía con la suya, lo estaría pronto. Muy pronto.

Ethan vio cómo el maitre le mostraba a la doble su mesa. Un hombre al que Ethan no conocía la estaba esperando sonriendo de pie.

Cuando el maitre regresara, el detective le pediría la mesa de al lado y entonces comenzaría el juego de la espera. Sólo esperaba que Jenn cumpliera su palabra y se estuviera quieta. Por una vez.

Una hora más tarde, Ethan salió del restaurante con el vaso de la doble en el bolsillo de la chaqueta. Jenn lo estaba esperando en el coche, tal y como prometió que haría.

—Lo tengo —dijo con una sonrisa cuando se deslizó tras el volante—. Abre la bolsa de plástico.

—Ahora sólo tenemos que sacar mis huellas y hacerme un análisis de sangre —dijo ella exhalando un profundo suspiro de alivio mientras hacía lo que él le pedía—. Para compararlos con los archivos de Balphar.

—No te preocupes —la tranquilizó Ethan—. Ya encontraré la manera.

Jenn deseó que así fuera. Pero en aquel momento no se le ocurría la manera de que ninguno de los dos pudiera entrar en Balphar. Era un lugar demasiado protegido. Seguramente David habría manipulado los datos de seguridad para que coincidieran con los de la otra mujer. La mujer a la que había contratado para que fingiera

que era ella. Su esposa.

Ethan aparcó cerca de un coche blanco de alquiler. Estaba claro que el tipo al que Victoria había contratado para recoger el vaso que había que examinar ya había llegado. Victoria no le había dicho su nombre, pero Ethan conocía la contraseña.

—Tenemos compañía —dijo Jenn.

El detective la miró de soslayo. Parecía cansada, igual que él. Hasta aquel momento no había vuelto a hablar desde que salieron del restaurante. Ethan suponía que estaría preocupada por su padre y por lo que Crane le estaba haciendo a su empresa. A él también le preocupaban aquellos asuntos, pero sobre todo le inquietaba ella. Después de haberla visto bailar con aquellos movimientos sinuosos había abandonado toda esperanza de mantener bajo el fuego de la hoguera que ardía entre ellos. Podría considerarse afortunado si conseguía que pasara otra noche sin cometer ninguna estupidez.

—Es el tipo que ha enviado Victoria —la tranquilizó esforzándose por concentrarse en el caso.

—¿Estás seguro?

—Lo estaré en cuestión de minutos —respondió Ethan bajando del coche no sin antes sacar su arma—. Tú mantente detrás de mí.

Ethan recorrió la pequeña parcela que rodeaba la casa y la hilera de árboles. Nada. No se escuchaba ningún ruido a excepción de los pasos que Jenn daba a trompicones a su espalda. ¿Cómo era posible que alguien que bailara con tanta delicadeza hiciera semejante ruido al pisar el suelo?

Cuando Ethan subió los escalones del porche, la puerta delantera se abrió hacia dentro. Él alzó instintivamente el arma hacia la figura que tenía delante. El hombre que estaba en el umbral reaccionó igual.

—¿Delaney?

—Este verano estamos teniendo muy buen tiempo —dijo Ethan.

Un brillo de complicidad asomó a los ojos del otro hombre.

—Pero no tan bueno como el del verano pasado.

Ethan bajó el arma y le entregó la bolsa de plástico que contenía la prueba y que llevaba en la mano izquierda.

—Misión cumplida.

—Bien —dijo el otro hombre, que era algo mayor que él, aceptando la bolsa y extendiendo la mano en gesto de saludo—. Soy Lucas Camp, un viejo amigo de Victoria.

—He oído hablar de ti —aseguró el detective con interés, estrechándole la mano—. Te presento a Jennifer Ballard.

—Encantada —dijo la joven mostrándole la mejor de sus sonrisas—. Puedes llamarme Jenn.

La joven observó a Lucas Camp con extrema curiosidad. Ni siquiera la pequeña cicatriz que tenía sobre el ojo derecho iba en detrimento de su atractivo. Se había presentado a sí mismo como un viejo amigo de Victoria Colby. Jenn no podía evitar preguntarse si habría algo entre aquel hombre maduro tan distinguido y la viuda Colby. Cielos, nunca en toda su vida había invertido tanto tiempo en pensar en el sexo. Miró de reojo a Ethan, su perdición. Tenía que ser culpa del detective. David nunca la había perturbado de aquella manera.

Y dudaba mucho que lo hubiera conseguido nunca.

Los hombres como Ethan Delaney eran una raza aparte.

Jenn se estremeció. Eran el tipo de hombres contra los que los padres advertían a sus hijas jovencitas.

Jovencita.

El hecho de recordar que Ethan la llamara así la hacía enfurecerse de nuevo.

La conversación continuó en la mesa del comedor. Jenn no pudo evitar pensar si la charla no sería una manera de ayudarla a relajarse antes de que Lucas hiciera lo que había irlo a hacer: Obtener de ella las muestras necesarias.

Lucas y Ethan hablaron de los tiempos de éste en el ejército. Ethan había estado en las Fuerzas Especiales y estaba especializado en la liberación de rehenes. Por mucho que le costara reconocerlo, sintió que su respeto por él crecía todavía más. Según el relato de Lucas, Ethan había entrado en numerosas ocasiones en territorio enemigo para salvar vidas sin pensar en su propia seguridad. Jenn supuso que sería muy bueno en su trabajo, pero no por eso le caía mejor. Podía respetarlo, confiar en él incluso sin necesidad de que le cayera realmente bien.

Confiar. ¿De verdad confiaba en Ethan Delaney? Su padre confiaba en Victoria Colby y ella confiaba en su padre. Jenn supuso que en cierta medida también lo hacía en Ethan, pero no más allá. No estaba muy segura de poder volver a confiar nunca más en nadie a nivel personal.

Lucas Camp abrió lo que parecía ser un maletín. Al parecer, estaba preparado para entrar en materia.

—¿Quieres que sea yo quien tome las muestras o prefieres que Ethan haga los honores? —le preguntó.

—Puedes hacerlo tú —se apresuró a responder ella.

Primero le tomó las huellas. No fue un proceso tan sucio como ella lo recordaba. A continuación le hurgó suavemente en la boca con una bastoncillo y después le extrajo un poco de sangre. Ethan se

mantuvo misteriosamente desaparecido durante todo el proceso.

—Seguramente no necesitarán la sangre, pero ya que estoy aquí llevaré una muestra — explicó Lucas con una sonrisa que era todo encanto.

—¿Dentro de cuánto estarán los resultados? —preguntó Ethan entrando en la habitación.

¿Por qué respondía su cuerpo al mero sonido de su voz? A Jenn no le gustaba la sensación de hormigueo que le provocaba. Quería seguir fingiendo que no le importaba.

—Cuarenta y ocho horas como máximo —le respondió Lucas—. Un avión alquilado me llevará de regreso a Washington. Me puedes enviar esta noche por fax las huellas y la secuencia de ADN. Estaré toda la noche disponible.

¿Huellas? ¿Secuencia de ADN? Los archivos de Balphar.

—¿Cómo piensas sacar esos archivos de Balphar? —le preguntó Jenn a Ethan, que le rehuía sospechosamente la mirada.

—Alguien se quedará contigo mientras yo voy esta noche a por ellos.

—De ninguna manera vas a ir sin mí —aseguró ella poniéndose bruscamente de pie.

—Es demasiado peligroso, Jennifer —respondió Ethan con firmeza—. Simon Ruhl te mantendrá a salvo hasta que yo llegue. Es bueno en lo que hace. Estarás segura con él.

—¿Y si te pillan? —quiso saber ella.

Ethan le sostuvo la mirada sin vacilar. Había tomado una decisión irrevocable.

—Entonces Simon se hará cargo del caso. En cualquier caso estarás a salvo.

Lucas Camp contemplaba aquella conversación con interés. Jenn lo aprovechó a su favor.

—Dile que está loco, Lucas. Es demasiado peligroso.

—Lo es, eso es cierto, pero...

—Es un lugar muy protegido —insistió Jenn poniéndose en jarras mientras sentía crecer su furia—. Nunca conseguirás entrar. Además, yo sé exactamente dónde están los archivos.

—Entonces hazme un mapa —contraatacó el detective—. No te necesito por el medio.

Jenn sintió otra oleada de rabia. Pero un recuerdo lejano ya casi olvidado le pintó una sonrisa en el rostro.

—Tú no vas a ir —le aseguró con firmeza—. Iré yo. Y no tendré que entrar a la fuerza. Tengo acceso.

Ethan se puso de pie y se acercó hasta ella con expresión amenazante. Jenn nunca lo había visto así.

—El acceso que tuvieras antes habrá sido inutilizado —gruñó.

Jenn negó con la cabeza sin dejar de sonreír. Estaba disfrutando del momento. Tenía un as en la manga y él no lo sabía.

—Tengo otra identificación.

—¿Cómo? —inquirió Ethan.

Lucas Camp se limitó a sonreír. Le divertía aquel enfrentamiento.

—Cuando estaba en la universidad me gustaba colarme en el laboratorio a deshora para trabajar en un proyecto secreto que estaba llevando a cabo.

Ethan se cruzó de brazos con gesto decisivo y esperó a que le contara algo más consistente.

—Pero el sistema de seguridad lleva un registro de todas las

entradas y salidas. Un registro que mi padre leía cada mañana. Así que creé el perfil de una nueva empleada de mantenimiento.

Jenn alzó las cejas en gesto pícaro.

—Un empleado ficticio. Nunca llegué a borrarlo. Puedo entrar. Sin apuros.

—¿Qué tipo de controles tienen? —preguntó Lucas.

—Escáneres de la palma de la mano y la retina —intervino Ethan—. Sigue siendo demasiado arriesgado. No me importa no entrar por la puerta principal. Estoy encantado de hacerlo por la de atrás. Solo. Sobre todo ahora que Simon está disponible para echar una mano.

—Dile que yo tengo razón y él está equivocado —le pidió Jenn a Lucas Camp—. ¿Por qué hacerlo del modo más difícil?

—Ella tiene razón —reconoció Lucas arqueándole una ceja a Ethan.

El detective maldijo entre dientes. Estaba realmente enfadado.

—De acuerdo —dijo finalmente de malos modos—. Lo haremos a tu manera. Pero recuerda que no ha sido idea mía —concluyó mirando duramente a Jenn.

—Estaré esperando tu fax —se despidió Lucas agarrando el maletín que contenía las muestras.

Ethan salió a acompañarlo. Jenn no había observado hasta aquel momento que el hombre cojeaba ligeramente. Se preguntó a qué se debería.

Cuando Ethan regresó sus ojos oscuros se clavaron en ella como espadas.

—Será mejor que descanses un poco. Dentro de siete horas nos iremos.

—Estaré preparada —aseguró ella dedicándole la más exuberante

de sus sonrisas.

A media noche, Ethan detuvo el coche en la cuesta que había a medio kilómetro de la puerta principal de Balphar. Aquello no le gustaba nada.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le preguntó a Jenn por enésima vez.

—Completamente —respondió ella en la penumbra con una sonrisa.

Ambos iban vestidos con trenkas negras, jerséis oscuros de cuello vuelto, guantes negros, y botas y pantalones del mismo color. Ethan no quería arriesgar ni lo más mínimo. Si tenían que salir huyendo, estarían preparados. Linternas, un decodificador de seguridad electrónico y todo lo que fuera necesario. La mayoría de las cosas iban en la mochila que llevaría a la espalda.

—De acuerdo. Hagámoslo.

Se cambiaron de sitio para que Jenn ocupara el lugar del conductor en caso de que hubiera alguna cámara. Cuando llegaron a la puerta, ella salió del coche y colocó la mano en el escáner que había dentro de una taquilla pequeña con aspecto de cabina de teléfono. Jenn se inclinó hacia delante y se quedó muy quieta para el escáner de retina. Cinco segundos más tarde, la puerta se abrió.

Tres minutos después estaban en el interior del edificio. Llevaban puesta la capucha de la trenka para cubrir sus rostros al máximo sin obstruirles la visión mientras atravesaban las zonas vigiladas por cámaras.

Sin decir palabra, Jenn abrió camino hacia el archivador que estaba en el sótano. Balphar tenía tres plantas subterráneas. Jenn le explicó en un susurro que las dos plantas inferiores se utilizaban para trabajar con virus extremadamente peligrosos o con sustancias

tóxicas.

Ethan siguió observando atentamente a su alrededor mientras Jenn localizaba los archivos. El escáner de temperatura que había llevado consigo no mostraba signos de vida en los alrededores.

—Aquí está el archivo de seguridad de hace tres años, cuando me convertí en vicepresidenta primera.

Ethan colocó las hojas del archivo que necesitaba en una bolsa de pruebas que luego metió en la mochila. Después le devolvió la carpeta a Jenn.

Transcurrieron quince minutos hasta que ella encontró el archivo que contenía su secuencia de ADN procedente de aquel estudio realizado cuatro años atrás. Un estudio del que Crane no podía tener constancia, le había asegurado a Ethan. El detective colocó las páginas en la bolsa de plástico junto a sus huellas.

Jenn hizo amago de salir corriendo hacia el ascensor, pero él la detuvo.

—Tómalo con calma —la advirtió en un susurro—. Estamos a punto de salir de aquí. No querrás que nos descubran ahora... En algún lugar del edificio hay un guardia de seguridad nocturno. No podemos arriesgarnos. ¿Lo entiendes?

Ella asintió con la cabeza.

Ethan sintió entonces creer en él una nueva oleada de respeto. Aquella jovencita era mucho más valiente de lo que nunca hubiera imaginado. Y eso le hacía desearla más.

Suspiró. Ella frunció el ceño, interrogándolo con sus grandes ojos azules.

—Vamos —le dijo Ethan.

Con expresión todavía confundida, Jenn se dio la vuelta y lo guió

hacia la salida.

El teléfono sonó suavemente.

David Crane se despertó de su sueño y lo descolgó. Se puso en alerta al instante. Una llamada a aquellas horas de la noche no podía significar nada bueno.

—¿Diga?

—Señor Crane, lamento llamarlo a estas horas.

Era Graham, el jefe de seguridad nocturno de Balphar.

—Ha hecho lo correcto —aseguró Crane aclarándose la garganta—. ¿Qué ha ocurrido?

—Usted nos pidió que si ocurría algo inusual en el edificio se lo comunicáramos personalmente.

Así es —dijo Crane sentándose y sintiendo una oleada de adrenalina.

—Una empleada de mantenimiento ha entrado en el edificio —explicó Graham—. No me hubiera sorprendido de no ser porque se trata de una empleada a la que no conozco. Busqué su expediente y he visto que es bastante antiguo. Lleva tres años inactivo.

Una sonrisa lenta se dibujó en el rostro de Crane.

—¿Sigue todavía en el edificio?

—Sí, señor.

—Quiero que coloque un dispositivo de seguimiento en el vehículo en el que ha llegado. Hágalo ahora. No quiero que se marche sin él.

—Pero, señor, podría detenerla ahora. Está en el sótano. Puedo hacer que cuatro hombres bajen allí en treinta segundos.

—No —respondió David con sequedad. Con tanta sequedad que

la mujer que dormía a su lado se quejó suavemente.

—No se acerquen a ella. Repito: No se acerquen a ella. No quiero ningún incidente en el edificio.

Ni tampoco quería que nadie se acercara lo bastante a Jenn como para hacerse preguntas.

—Haga exactamente lo que le he dicho. Si ese vehículo desaparece sin un rastreador le costará el empleo.

—Sí, señor.

David colgó el teléfono con suavidad.

—Ya te tengo —murmuró entre dientes—. Esta vez no te escaparás, cariño.

Luego apartó las sábanas y se levantó de la cama. Todavía estaba de mal humor por el fracaso del día anterior. Si sus hombres no eran capaces de orquestar una sencilla explosión a dos bandas, entonces tal vez tendría que pensar en jubilarlos. Permanentemente.

Por la mañana tendría a aquella zorra exactamente donde quería verla. A dos metros bajo tierra. Crane se rió ante aquella idea. Se lo había puesto más difícil de lo que debió haber sido. Y cuando se hubiera asegurado de que tanto ella como su amigo estaban fuera de circulación, entonces ataría el último cabo.

Entró en la habitación de Austin Ballard con el sigilo de un ratón. Encendió la luz y se acercó a sentarse en la cama del anciano agonizante.

David se inclinó para asegurarse de que todavía respiraba. El anciano gimió y abrió los ojos. Tardó unos instantes en centrar la mirada, y entonces el miedo se abrió paso en aquellas profundidades azul pálido.

—Pronto —le advirtió David—. Muy pronto terminará tu agonía.

Y entonces yo tendré todo lo que siempre te ha importado.

Austin Ballard gimió con desesperación. Por sus ojos resbalaron las lágrimas. A pesar de su incapacidad para levantar la cabeza de la almohada, era plenamente consciente de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

David le palmeó el brazo cuando el anciano levantó una mano temblorosa hacia él.

—No te preocupes —dijo con sonrisa amenazadora—. También me ocuparé de ella.

Al regresar a su habitación, David hizo una última llamada antes de meterse en la cama.

—¿Los tienes?

Al otro lado de la línea, una voz respondió afirmativamente.

—Bien. Si viven para ver otro día, entonces serás tú quien no lo vea.

Capítulo 8

—Ha sido demasiado fácil.

Ethan mantuvo la mirada clavada en el retrovisor unos instantes mientras atravesaban North Aurora en coche. Había atisbado las luces de un coche desde que salieron de los dominios de Balphar. Alguien los había seguido. No había más tráfico, sólo la luz persistente de un par de faros a su espalda. Maldición. Desde el momento en que entraron en el edificio supo que algo no iba bien. Había sido demasiado fácil. Instintivamente apretó más a fondo el acelerador.

Jenn se quitó la trenka. Ethan vio por el rabillo del ojo cómo su melena sedosa y rubia se le desparramaba por los hombros. Sintió deseos de acariciarla con los dedos. Pero lo que hizo fue apretar el volante con más fuerza.

—Lo conseguimos —exclamó la joven con entusiasmo.

—Yo no estoy tan seguro de que hayamos salido tan limpios como tú crees.

—Eres un pesimista —aseguró Jenn dejando la trenka a un lado—. Te dije que la identificación que he utilizado estaba limpia. Tal vez mañana, cuando revisen las entradas, alguien se pregunte por qué se ha utilizado una identificación que llevaba tanto tiempo desactivada. ¿Y qué? Para entonces ya estaremos lejos de allí. ¡Lo hemos conseguido! Ahora tenemos lo que necesitamos —aseguró relajándose en el asiento—. Mañana a estas horas puede que tenga la prueba necesaria para recuperar mi vida.

Ethan maldijo entre dientes con la atención dividida entre la carretera que tenía delante y el espejo retrovisor.

—Ponte otra vez la trenka —dijo al comprobar que las luces que iban tras ellos seguían allí—. Tenemos compañía desde que salimos de Balphar y no quiero que vea tu melena rubia.

Ethan aumentó la velocidad del coche hasta ponerlo a ciento sesenta kilómetros por hora.

—¿Por qué vamos tan deprisa? Esta carretera está llena de curvas.

—Lo sé —respondió el detective apagando las luces.

—¿Estás loco? ¡Vamos a oscuras!

Ethan tomó la siguiente curva más deprisa de lo que le hubiera gustado. Apretó con fuerza el volante y sintió la adrenalina corriéndole por las venas.

—Saca el revólver para tenerlo a mano en caso de tener que utilizarlo.

—¿No puedes dejarlos atrás sin necesidad de ir tan rápido? —preguntó Jenn con la voz atenazada por el miedo, mientras buscaba el arma en la guantera del coche—. Nunca he disparado a nadie antes, así que creo que será mejor que busques un plan alternativo.

—Estoy en ello —se limitó a decir Ethan pisando a fondo el acelerador.

Jenn respondió tragando saliva.

Los bosques y las casas que había a ambos lados de la carretera se convirtieron en una masa uniforme y oscura mientras el coche avanzaba a toda velocidad por el asfalto como si fuera un cohete a punto de despegar.

Entonces se escuchó un sonido sordo. El espejo retrovisor del asiento del copiloto se hizo añicos.

—¿Qué ha sido eso? —gritó ella presa del pánico—. ¡Nos están disparando! —confirmó cuando la luna de atrás se vino abajo.

Otro disparo fue a parar al parabrisas, justo en medio de los dos.

“Maldición”, pensó Ethan. No podía conducir y disparar al mismo tiempo. Ni tampoco quería arriesgarse a que ella devolviera los disparos.

Al ver que no tenía otra alternativa, pisó el freno y giró violentamente hacia la izquierda. Las ruedas chirriaron. Olía a goma quemada. Jenn dejó escapar un grito de terror y se agarró al salpicadero.

Ethan volvió a pisar el acelerador y avanzó en la dirección opuesta, dejando a un lado al otro vehículo, un coche plateado. Pero enseguida los tuvieron de nuevo pegados. No había tiempo de pensar en nada. El detective atisbó la entrada de un camino. No había casas a la vista. Dos segundos más tarde tomó el giro a toda velocidad. El coche se balanceó a los lados mientras abría un sendero antes inexistente. El sonido de los arbustos y la hierba alta golpeando el metal llenó el silencio que había en el interior del vehículo. Y entonces, con una fuerza que lanzó a ambos hacia delante, el coche se detuvo bruscamente con un sonido seco.

Durante tres segundos Ethan fue incapaz de moverse. Tenía el rostro hundido en una almohada suave. El airbag se desinfló tan deprisa como se había inflado.

—¡Corre! —le gritó a su acompañante, que parecía desconcertada pero no herida—. ¡Corre, maldita sea!

Jenn estaba paralizada. No podía moverse.

La cabeza le daba vueltas y le zumbaban los oídos. Ethan le estaba gritando. De pronto, su puerta se abrió bruscamente y una mano firme le desabrochó el cinturón y la sacó del coche.

El sonido de las puertas de otro coche en algún punto a sus espaldas le congeló la sangre en las venas. Jenn fue consciente de golpe de que estaban en un lugar solitario donde nadie podría ayudarlos.

Todo había terminado. Estaban muertos.

—¡Corre, maldita sea! —le repitió Ethan tirando de ella.

Una bala pasó rozando la oreja izquierda de la joven y fue a clavarse en un árbol.

No hizo falta ningún aviso más. Jenn salió corriendo como alma que lleva el diablo. Ethan la llevaba sujeta de la cintura. Estaba tan oscuro que apenas distinguían las formas de los árboles cuando pasaban rozándolos. Medio tambaleándose, medio corriendo, consiguió seguir el ritmo del detective.

Los pasos los seguían muy de cerca. Los disparos ocasionales iban a parar cerca de ellos, al suelo, o al tronco de algún árbol. Jenn fue consciente entonces de por qué nadie se despertaría con los tiros y llamaría a la policía. Sus perseguidores utilizaban silenciadores. Nadie oiría nada.

De pronto, Ethan giró a la izquierda sin previo aviso y la agarró con fuerza de la muñeca.

—¿Sabes nadar?

En el instante en que su cerebro asimiló la pregunta, los oídos de Jenn escucharon un nuevo sonido en la oscuridad.

Agua. Una serpiente oscura y zigzagueante de agua en movimiento se abría a sus pies.

—¡Salta! —gritó Ethan cuando una bala fue a parar al río.

El detective inclinó el cuerpo hacia delante sin soltarle la muñeca, sin dejarle opción. Jenn sintió cómo el agua la rodeaba, cegándola,

llenándole la boca sin darle la oportunidad de haberla cerrado antes, cubriéndole la nariz y evitando cualquier opción de tomar aire. Sintió que se hundía en las oscuras profundidades, pero una mano firme tiró de ella hacia arriba.

—Lo único que tienes que hacer es quedarte quieta —susurró Ethan con firmeza—. Nado lo suficientemente bien como para conseguir que ambos lleguemos al otro lado.

Jenn giró el rostro hacia aquel cuerpo fuerte que la sostenía y trató de relajarse. A lo lejos, en la orilla, se escuchaban las voces de los hombres pero parecían distantes. Si se mantenían quietos y se movían con rapidez, podrían llegar al otro lado sin ser vistos.

¿Cómo era posible que se hubieran movido tan deprisa? Fue entonces cuando se dio cuenta de lo rápido que bajaba el agua.

—Ya casi hemos llegado —murmuró Ethan con la respiración entrecortada.

Por primera vez desde que diera comienzo su aventura, Jenn escuchó fatiga en su voz. Rezó para que aguantara hasta que tocaran tierra. Los hombres que los perseguían habían renunciado a perseguirlos a pie y conducían su coche plateado por la orilla, apuntando con los faros hacia el agua.

De pronto, Ethan estaba ya de pie, arrastrando su cuerpo mojado.

—Tenemos que seguir. No deben alcanzarnos.

¿Cómo era posible que siguiera teniendo tanta energía?

—Espera —murmuró Jenn tambaleándose y dejándose caer de rodillas—. Tengo... Tengo que recuperar el aliento.

De pronto sentía mucho frío. Estaban a mediados de julio, pero tenía frío de igual modo. De hecho estaba congelada. Temblando.

Antes de que pudiera hacer nada para evitarlo, Ethan la agarró en

brazos y se la cargó al hombro.

—¿Qué... qué estás haciendo? —preguntó con escasa convicción.

—Salvar nuestra vida.

Ethan dejó suavemente su carga en los escalones de una cabañita. Había llegado todo lo lejos que podía. Estaba exhausto.

—¿Dónde estamos? —murmuró ella haciendo un valiente esfuerzo por ponerse en pie.

—No estoy seguro.

Ethan miró por la ventana de la puerta de atrás en busca de algún signo de vida. Intentó mover el picaporte. Para su sorpresa, se giró.

—Quédate sentada —le ordenó con la esperanza de que estuviera demasiado cansada para hacer otra cosa.

Una vez dentro, el detective sacó sus gafas de visión nocturna de la mochila y dejó caer el resto de su contenido en la encimera para comprobar que todo seguía intacto. Luego inspeccionó cada habitación. Aunque estaba claro que allí vivía gente, en aquel momento estaba deshabitada. Seguramente se trataría de una cabaña de fin de semana, pensó.

No había teléfono, lo que significaba que tendrían que esperar a que se hiciera de día para encontrar uno y llamar para que les facilitaran otro vehículo. El móvil que llevaba en el bolsillo de la chaqueta no había sobrevivido a la prueba del río.

—Podemos quedarnos aquí un tiempo —le dijo a Jenn cuando volvió a salir por la puerta de atrás.

Ella estaba apoyada en la barandilla y parecía demasiado cansada para que le importara nada.

—Estupendo. No creo que esta noche pudiera sobrevivir a otra confrontación.

Una vez dentro, se giró hacia Ethan.

—Está muy oscuro.

—No podemos encender la luz. Es demasiado arriesgado. Tal vez sigan buscándonos.

Ella se estremeció. El detective no podía verla, pero estaban tan cerca que lo sintió.

—¿Tienes frío? Hay una secadora. Quítate la ropa y te la secaré.

—Necesito algo para ponerme encima —murmuró ella tímidamente.

Ethan sonrió sin poder evitarlo. ¿Dónde estaba la pequeña seductora que había intentado engatusarlo vestida sólo con una toalla?

—No te preocupes. No veo nada la tranquilizó—. Pero espera aquí y veré qué puedo traerte.

El detective encontró una manta ligera para ella y una toalla para él sin tener que buscar mucho. Jenn aceptó la manta con mano temblorosa. Ethan podía imaginar cómo le había afectado lo sucedido. Había pretendido ser tan valiente cuando entraron en el edificio de Balphar...

Ambos empezaron a desvestirse allí mismo; en la oscuridad de la cocina. Ethan trató de ignorar los sonidos de su ropa al caer pero no lo consiguió. Los pantalones mojados cayeron al suelo. Luego siguieron los calcetines. Después el inconfundible sonido de una cremallera bajándose...

Ethan sacudió la cabeza y le advirtió a su cuerpo encendido que tenía que tomárselo con calma. Después de todo era una jovencita. Demasiado joven para él. Demasiado inocente. Y demasiado...

El detective gruñó. Era virgen.

Se viera como se viera, no el convenía. Aunque no fuera su cliente.

—¿Estás bien? —le preguntó la joven con voz temblorosa.

Entonces le tocó. Le puso una mano suave sobre el hombro. Una oleada de calor invadió el cuerpo del detective, depositándose en su entrepierna.

—Sí, perfectamente —contestó apartándose de su contacto—. ¿Y tú?

—Yo también —respondió Jenn con dulzura—. Gracias a ti.

Oh, cielos... Aquello era lo último que necesitaba. Una sensación de gratitud alzándose entre ellos.

—No... No he terminado de desvestirme —murmuró Ethan—. Si quieres puedo continuar en otra habitación...

—No hace falta —respondió ella—. No se ve nada.

Mientras se quitaba la ropa que le quedaba, el detective escuchó el roce de la manta sobre el cuerpo desnudo de Jenn. No pudo evitar dejar escapar un suspiro.

—Deberías intentar dormir un poco —aseguró tras envolverse en la toalla—. Yo vigilaré.

—¿Y tú no necesitas descansar?

Consciente o inconscientemente, la joven se había ido acercando hasta colocarse entre Ethan y la secadora, que estaba al otro lado de la habitación.

—Echaré la cabezada que necesito.

El detective rodeó a Jenn por completo. Pero cada parte de su cuerpo reaccionó ante la idea de que ella estuviera allí cubierta sólo por una fina manta.

—Cuando estaba en el ejército aprendí a dormir en intervalos de tres minutos —explicó metiendo la ropa mojada en la secadora—. Tú puedes dormir en el sofá. Yo me sentaré en una silla.

Entonces Jenn dijo la última cosa que él hubiera querido escuchar.

—¿Podemos compartir el sofá? —murmuró la joven exhalando algo parecido a un suspiro—. Me sentiré más segura contigo al lado.

—Sí, claro —respondió Ethan acariciándose la barbilla.

Después colocó la mano sobre el hombro de Jenn para guiarla por el pasillo en dirección al salón. Ella volvió a suspirar. Ethan trató de no pensar en la calidez de su piel bajo su contacto.

—Lo siento —se disculpó Jenn sentándose a su lado en el sofá—. Normalmente no soy tan infantil pero no me gusta la oscuridad. Siempre duermo con una luz encendida.

Con todo lo que habían pasado en las últimas cuarenta y ocho horas, la oscuridad era la menor de sus preocupaciones.

—Gracias por haberme salvado la vida de nuevo —murmuró ella.

Su mejilla era como seda sobre su antebrazo.

—No hay por qué darlas —murmuró Ethan molesto consigo mismo.

Jenn no tenía ni la más remota idea de lo que estaba haciendo con él. Sentía deseos de darse de golpes por haber perdido cualquier asomo de objetividad. Aquél no era su estilo en absoluto.

—Buenas noches, Ethan.

—Buenas noches, Jenn.

Ethan cerró los ojos y dejó caer la cabeza en el sofá. No podía quitarse de la cabeza que estaba prácticamente desnuda. Si había justicia en el mundo ella debería dormirse al instante.

Y él que creía que había escapado de la muerte al eludir a aquellos tipos...

¿Cómo iba a imaginar que Jenn tenía pensado matarlo suavemente... durante toda la noche?

Capítulo 9

Jenn se despertó sobresaltada. Le dolía todo el cuerpo, más por la súbita pérdida del contacto piel con piel que por las aventuras de la noche anterior.

Todavía estaba oscuro. El salón estaba en penumbra. El espacio que había a su lado estaba aún caliente pero Ethan no estaba. El corazón se le aceleró.

En algún rincón envuelto en la oscuridad se escuchó un crujido.

Había alguien moviéndose en el interior de la casa.

Jenn saltó de la cama con la manta alrededor de los hombros. Intentó correr hacia la puerta pero resbaló y se dio contra el marco. Tambaleándose y con la frente dolorida llegó hasta el largo pasillo que dividía la cabaña por el medio. Consideró la posibilidad de gritar para llamar a Ethan, pero si los hombres de David estaban allí delataría su posición.

Algo grande y duro como el granito detuvo de golpe sus movimientos de avance. Aquella superficie firme se fundía con la oscuridad. Jenn frunció el ceño y palpó con los brazos antes de dar un paso atrás instintivamente. Unos brazos poderosos la rodearon en el instante en que se dio cuenta de que había topado con un cuerpo humano sólido como una roca.

Cuando iba a gritar, una boca se cerró sobre la suya, ahogándole el grito. Jenn luchó para zafarse pero entonces lo reconoció. Eran unos labios firmes y carnosos.

Ethan.

El olor al agua del río y aquel aroma inconfundible a él le invadieron el olfato. Jenn sintió una explosión de calor en el centro de su cuerpo que le derritió los músculos hasta la médula de los huesos. Tenía la boca cálida y extremadamente suave. El beso, que en un principio había sido duro, casi castigador, se hizo más tierno. Nunca antes la habían besado así.

Nunca.

Entonces Ethan se detuvo.

—Están fuera —le susurró al oído—. Dos casas más abajo.

Un terror absoluto se apoderó de ella, oscureciendo la maravillosa sensación que había experimentado tras su inesperado ataque sensual.

—Tenemos que irnos. Ahora —aseguró el detective estrechándola con fuerza para que no se viniera abajo.

Ella asintió con la cabeza y le clavó los dedos en la chaqueta. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba vestido. Cuando abrió la boca para preguntarle dónde estaba su ropa, Ethan le colocó un dedo en los labios.

—Sígueme. Mantente en silencio total.

Jenn volvió a asentir con la cabeza. El contacto de sus labios en el lóbulo de la oreja le provocó un estremecimiento.

Ethan la agarró de la mano y la guió hasta la cocina. Cuando llegaron a la secadora estiró el brazo y le pasó la ropa que había colocado antes encima. Jenn se vistió lo más rápido que pudo y se calzó. Para ganar tiempo no se puso el sujetador. Le habría resultado complicado abrochárselo a oscuras. Cuando terminó, Ethan le puso en las mejillas, en la nariz y en la frente algo grasiento. Y sin más explicaciones la empujó suavemente hacia la puerta de atrás. De pronto, Jenn se preguntó qué hora sería.

Cerró los ojos. Era la hora de huir. La hora de esconderse.

Fuera, la luna otorgaba la iluminación suficiente como para definir los objetos. Como la silueta de Ethan. Jenn quiso preguntarle cuál era el plan, pero algo le llamó la atención.

Entrecerró los ojos para tratar de averiguar qué llevaba en la cara. Se trataría de la misma materia grasa que le había puesto a ella. Pero había algo más. Ethan llevaba algo en los ojos, una especie de anteojos extraños.

Antes de que se aventurara a preguntarle nada, el detective se inclinó para hablarle de nuevo al oído.

—Quédate detrás de mí. Mantén la cabeza baja. No hables. Y por el amor de Dios, no hagas el más mínimo ruido.

Ethan se movía como una pantera gigante. Con movimientos fluidos y silenciosos. Ella, por el contrario, avanzaba por la hierba que le llegaba a la altura de los tobillos como un elefante.

De pronto, Ethan se detuvo.

Y lo mismo hizo Jenn, que se chocó contra su ancha espalda.

El detective se giró, le posó un dedo en los labios y se quedó completamente quieto. A ella le latía el corazón con tanta fuerza que pensó que iba a darle allí mismo un ataque.

Entonces escuchó lo que Ethan se había detenido a oír.

Voces. Pasos. Cerca. Muy cerca.

Un grito trató de abrirse paso a través de su garganta, haciéndole imposible respirar y mucho menos pensar.

El deseo de salir corriendo era tan grande que no podía resistir la tentación.

Una mano grande agarró con fuerza la suya como si supiera que

quería correr... gritar. Cualquier cosa antes que quedarse allí a esperar que los asesinos se acercaran. Antes de...

Los dedos de Ethan se estrecharon con fuerza contra los suyos, y Jenn recordó de pronto el modo en que la había abrazado para que se durmiera. La fuerza de aquellos brazos potentes, el contacto de su cuerpo cuando la sacó del río, salvándole la vida.

Y de pronto ya no tuvo miedo. Ethan la protegería. Nunca había conocido a un hombre como él, duro y al mismo tiempo compasivo.

Las voces se escuchaban ahora más claramente.

Dos hombres estaban entrando en la casa que Ethan y ella acababan de abandonar hacía unos minutos.

Ethan volvió a moverse y la guió hacia un vehículo. Jenn sintió un nudo en el estómago. Era el coche plateado de los hombres que los perseguían. Que en aquellos momentos los buscaban.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó en voz baja.

El detective se acercó a la ventanilla del conductor y pegó un golpe certero en el centro de la luna, rompiéndola. Luego abrió la puerta. No se encendió ninguna luz.

—Entra —le ordenó a Jenn.

La joven entró a tuestas y se sentó en el asiento del copiloto. Ethan estaba dentro antes de que ella tuviera tiempo de abrocharse el cinturón de seguridad. No tuvo valor de preguntarle qué estaba haciendo. Ni siquiera estaba segura de poder articular palabra. Si los hombres salían de la casa y los veían... Estarían perdidos.

Ethan hizo un movimiento brusco en la dirección asistida del coche. Se escuchó un sonido sordo y luego el motor se puso en marcha.

Sin encender las luces, metió la primera marcha y descendió en

silencio por la calle vacía y oscura. El mundo entero parecía dormir a su alrededor. Estaban solos, a excepción de los hombres que los perseguían como sabuesos.

Ethan se quitó aquellas, gafas extrañas y la mochila mientras adquiría velocidad y las tiró al suelo, a los pies de Jenn. Tomaron una curva muy cerrada, dejaron la cabaña atrás y el detective pisó el acelerador sin decir una palabra.

—¿Vas a encender las luces ahora? —preguntó la joven angustiada, sintiendo cómo el corazón le latía cada vez más deprisa.

No estaba dispuesta a vivir otra carrera como la que habían tenido tras salir de Balphar

—Todavía no.

—No nos siguen, ¿verdad? —preguntó Jenn sintiendo otra oleada de pánico.

—No. Y teniendo en cuenta que en ninguna de aquellas cabañas había coches, dudo mucho que puedan hacerlo.

Jenn sonrió. El detective lo había conseguido. Había vuelto a arrancarlos a ambos de las fauces de la muerte. Una vez más.

—Vaya, sí que eres bueno —aseguró con entusiasmo, sintiendo renacer la vida en su pecho.

—Todavía no estamos a salvo —advirtió Ethan.

“El pesimista de siempre”, pensó la joven para sus adentros, tratando de relajarse.

—¿Y los archivos de Balphar? —preguntó con una punzada de angustia al mirar la mochila que tenía a los pies—. ¿Y si se han estropeado con el agua del río?

—Lo he comprobado todo. No hay daños a excepción del teléfono móvil. Las bolsas de plástico en las que guardé las pruebas

protegieron los documentos.

—Qué bien —murmuró Jenn suspirando aliviada.

—A ver si puedes encontrar un teléfono móvil por algún lado —dijo Ethan, que ya había encendido por fin las luces—. Tal vez alguno de esos tipos se ha dejado el suyo en el coche. Necesitamos un nuevo medio de transporte. Tenemos que dejar éste.

Tenía razón. Para aquel entonces los dos hombres habían descubierto probablemente su error y estarían pensando en cómo solucionarlo. Jenn encendió una de las luces interiores y tras echar un rápido vistazo descubrió un teléfono portátil. También vio la hora que era en el reloj digital. Las tres de la mañana. Con razón estaba tan cansada. Apenas había llegado a dormir. Se preguntó cómo era posible que Ethan se las arreglara tan bien. Dudaba mucho que hubiera conseguido dormir algo.

Ethan le dijo el número que tenía que marcar y ella le pasó después del teléfono. Él le explicó su situación actual a alguien llamado Simon. El otro detective de la Agencia Colby, recordó. El que Ethan tenía pensado para cuidar de ella.

Mientras hablaban, el recuerdo de la boca de Ethan cubriendo la suya la asaltó de improviso. La había besado... La había besado de verdad. Jenn estaba segura de que al principio le había puesto los labios encima para evitar que gritara o que hablara. Pero aquel gesto se había desvanecido para dar paso a algo distinto. La había besado de verdad y ella le había devuelto el beso. Como cuando Bogart besó a Ingrid Bergman en Casablanca.

El teléfono portátil que Ethan había dejado en el salpicadero sonó entonces con una melodía. El detective disminuyó momentáneamente la velocidad, y miró al teléfono, igual que hizo Jenn.

—No contestes —dijo él.

—¿Y si es tu amigo? —preguntó Jenn con el corazón latiéndole a toda prisa.

—No es él —aseguró con tono tan decidido que ella se estremeció.

Jenn agarró el teléfono y lo descolgó. Tenía que saber de quién se trataba. Podía ser importante.

—¿Diga?

Se hizo una breve pausa.

— ¡Jennifer! Qué sorpresa tan agradable. ¿Tu amigo y tú habéis vuelto a despistar a mis hombres?

El sonido de la voz que había al otro lado de la línea le provocó una oleada de pánico que le heló la sangre en las venas.

David.

Los dedos de Jenn parecieron convertirse en hielo mientras apretaba el teléfono contra la oreja. No tendría que haber contestado. Tendría que haberle hecho caso a Ethan. Pero algo en su interior no le permitió colgar. Necesitaba escuchar lo que tenía que decirle. Aquel monstruo tenía en sus manos la vida de su padre.

—Sí. Soy yo, querida —murmuró él.

¿Había dicho su nombre en alto? Oh, Cielos. Jenn se estremeció. Las imágenes de la ermita regresaron a su cabeza, repitiéndose como una película.

—Me estás poniendo las cosas muy difíciles. No sé si alcanzas a comprender las consecuencias de tus actos.

Una furia salvaje y animal se abrió paso en su interior, sobreponiéndose al miedo.

—Mataste a Russ y al doctor Kessler. Tú... me has robado mi vida. Eres... eres un asesino... un ladrón...

La voz de Jenn se quebró por la emoción. Ethan observaba la escena repartiendo su atención entre ella y la carretera.

—Jenn —dijo apretando los dientes—. Pásame el teléfono.

Ella lo miró. Quería hacer lo que Ethan le pedía, pero no podía evitarlo. No podía no escuchar lo que David tenía que decir. Era como cuando se pasaba al lado de un accidente terrible. Todo el mundo disminuía la marcha para mirar.

—Ven a casa ahora —exigió David con voz suave pero amenazadora.

—No te saldrás con la tuya —le advirtió Jenn sintiendo un repentino deseo de venganza—. Voy a ir a por ti, David. Será mejor que encuentres un buen lugar donde esconderte porque voy para allá.

—Cuidado, cariño —le sugirió David—. Todavía te llevo ventaja, ¿recuerdas?

Su padre.

“Por favor”, rezó. “No dejes que lo haga”.

—Cuelga —le ordenó Ethan—. No escuches nada de lo que Crane te diga.

—Puedo hacer que sus últimos días en la tierra sean más dolorosos de lo que puedes imaginar —susurró David—. Insoportables. Cuando exhale su último aliento sabrá que es a ti a quien tiene que agradecerse.

Se hizo entonces un espantoso momento de silencio.

Jenn no podía hablar, no podía articular palabra. Tenía el corazón atrapado en la garganta. ¿Qué podría hacer para detenerlo?

No podía hacer nada. Nadie podría.

Ni siquiera Ethan podría detenerlo, pensó mirando al detective con ansiedad. No había manera de demostrar nada de lo que David estaba haciendo. Estaba claro que habían hecho desaparecer el cuerpo de su tío Russ.

—Tienes veinticuatro horas para volver a casa o tu padre pagará el precio —aseguró David—. Si Delaney interfiere, lo mataré. No dudes de mi palabra.

Y colgó el teléfono.

Jenn clavó la mirada en el auricular que tenía en la mano. Ethan se lo arrancó de la mano y lo arrojó a la parte de atrás del coche.

—¿Qué te ha dicho ese malnacido? —preguntó con la voz cargada de rabia.

—Nada —susurró ella sintiendo un peso insoportable en los hombros—. Nada importante.

Todo había terminado.

—¿Seguro? —insistió Ethan apartando la vista un instante de la carretera para mirarla.

Jenn asintió con la cabeza.

No podía contarle la verdad. Nunca le permitiría que cumpliera la orden de David.

Y aquélla era la única opción que tenía. No le permitiría que hiciera daño a su padre.

Capítulo 10

Unas horas más tarde, cuando los rayos rosados y púrpuras del sol asomaron por encima de las copas de los árboles, Jenn estaba de pie junto a la ventana tenuemente iluminada del salón de la cabaña de Max. Había sobrevivido un día más gracias a Dios y a Ethan Delaney. Le debía mucho. Por encima de todo, la había creído y había impedido que pasara sola los dos días anteriores. Pero todos sus esfuerzos no habían servido para nada.

Simon Ruhl, un hombre moreno de aspecto misterioso y ojos tan oscuros que parecían negros, se había encontrado con ellos nada más llegar a la ciudad de Chicago para entregarles un nuevo medio de transporte. Dejaron el coche plateado en una zona del sur conocida porque allí se robaban y se desguazaban coches constantemente. Una hora después de dejarlo allí lo habían desmantelado hasta dejarlo irreconocible. Así ganarían algo de tiempo, había dicho Ethan.

También había dicho que Simon les cubriría las espaldas durante un tiempo. En cuanto llegaron a la cabaña, Ethan le envió a Lucas Camp los archivos de Balphar. Lucas le aseguró que nadie de su laboratorio descansaría hasta que el trabajo estuviera terminado.

No había tiempo que perder. A no ser que los resultados de la prueba de ADN y las huellas dactilares llegaran antes de medianoche y demostraran sin margen de error que ella era Jennifer Ballard, su vida habría llegado a su fin. No se arriesgaría ni un minuto más de aquel plazo. Tal vez David cambiara de opinión respecto a concederle veinticuatro horas completas. Si a medianoche no habían llegado los resultados se iría con él. Jenn cerró los ojos y

trató de evitar las imágenes que aquel pensamiento le provocaba, pero no le resultaba tan fácil.

Volvió a abrirlos y expulsó el aire con intensidad. Había dos cosas que tenía que hacer antes de rendirse: Una, idear un plan para escapar de Ethan, porque estaba segura de que nunca le permitiría acercarse a David Crane. Y dos: Tenía que estar con Ethan. Estar con él de verdad.

Si aquél iba a ser su último día en la tierra tenía que aprovecharlo al máximo. No quería dejar este mundo sin haber vivido la experiencia de hacer el amor con Ethan. Quería tocarlo, saborearlo y que él hiciera lo mismo de todas las maneras imaginables e incluso de algunas que no se le hubieran ocurrido. Tal vez ella no tuviera experiencia sexual, pero sabía lo que quería. Con sólo mirarlo ardía. Jenn supuso que provocaría aquel efecto en la mayoría de las mujeres.

El hecho de que nunca seguiría ya los pasos de su padre en la investigación había dejado de importarle. Sus prioridades habían cambiado drásticamente en la última semana. Al mirar de cara a la muerte nada le parecía importante excepto estar con Ethan y asegurarse de que su padre no sufriría. No podía estar segura de si podía confiar en que David cumpliera su palabra en aquel punto, pero era un riesgo que debía correr. Quería a su padre demasiado como para arriesgarse. También le importaba mucho Ethan. No permitiría que David le hiciera daño. Tenía que protegerlo a toda costa, igual que a su padre.

Ethan le importaba muchísimo. Más de lo que nunca hubiera imaginado. Deseaba desesperadamente estar con él. La magnitud de su deseo era más intensa que cualquier otra sensación que hubiera experimentado jamás. Aunque no pudiera etiquetar lo que le hacía sentir, quería estar con él.

Le gustaría explorar aquel sentimiento, analizarlo. Y aunque el tiempo corría en su contra y tal vez no llegara a entenderlo del todo, tenía la intención de intentarlo a fondo. Lo único que debía hacer era convencerlo a él.

Con la decisión tomada, Jenn subió las escaleras que llevaban al piso de arriba. Ethan le había dejado ducharse primero. Había sido maravilloso quitarse el olor a río. Después le había tocado el turno a él. Mientras subía, se dejó de escuchar bruscamente el ruido del agua de la ducha. Jenn maldijo entre dientes por no haber tomado antes la decisión. Le hubiera gustado reunirse con él en la ducha. Pero ya era demasiado tarde para eso. De acuerdo, tendría que improvisar.

Al subir el último peldaño, Jenn se dio cuenta de que Ethan había dejado la puerta del baño abierta, seguramente para estar pendiente de ella. El protector de siempre. Pero cualquier pensamiento se le borró de la mente cuando lo vio salir de la ducha.

Desnudo era una maravilla. Jenn se quedó sin respiración mientras se movía silenciosamente por la moqueta. Ethan se estaba secando vigorosamente el pelo con una toalla. Era la primera vez que le veía la melena suelta.

Resbaló la mirada por aquel torso impresionante, que parecía esculpido a cincel. Una leve mata de vello sedoso le cubría el pecho.

Tenía las caderas estrechas y delgadas que culminaban en dos muslos musculosos. Jenn desvió la mirada hacia su entrepierna semi excitada. Se quedó boquiabierta. Aquel hombre estaba muy bien dotado. No llegaba a la categoría de fenómeno científico pero se acercaba. Se acercaba mucho.

Jenn se humedeció los labios y después se mordió el inferior para contener un gemido de admiración. Cuando iba dar un paso se detuvo, porque el detective bajó la toalla y se giró para ver quién

estaba allí, como si la hubiera oído. Algo a todas luces imposible porque por una vez no había hecho ruido. Tal vez había presentido su presencia. Aunque llevaba puesto el camisón que le habían prestado, se sintió de pronto desnuda bajo la intensidad de su mirada.

Ethan tenía el cabello maravillosamente despeinado. Le caía a la altura de los hombros. Jenn se estremeció. Aquel rostro hermoso se veía libre de la barba de varios días que lo había oscurecido. Era muy guapo. Y muy fuerte.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Ethan con una nueva tensión en el tono de voz.

El detective deslizó la toalla hacia abajo para camuflar su espectacular virilidad. Aquellos ojos oscuros escudriñaron cada movimiento de su cuerpo, de su expresión. Sabía lo que ella quería. Y él también lo deseaba. Jenn pudo leerlo en sus ojos... Y en la respuesta de aquel magnífico cuerpo masculino. Pero quería resistirse. Eso también podía verlo. Tenía una postura rígida, a la defensiva.

—Sí —dijo Jenn respondiendo a su pregunta.

Sí necesitaba algo.

Con la toalla estratégicamente colocada, Ethan avanzó unos pasos. Y se encontró con ella justo en la puerta del cuarto de baño... Apenas a dos metros de la cama, tan apetecible con su cabecero de madera y su colchón suave.

El detective la miró fijamente a los ojos.

—Nunca he mantenido una relación con ninguna cliente —le aseguró con una voz sensual que surgía de él naturalmente—. Va contra las normas.

Al diablo con las normas.

—Yo no quiero mantener una relación contigo —dijo con la voz

suficientemente calmada a pesar del torbellino de emociones que estaba experimentando.

Tenía el cuerpo ardiendo. Sentía como si fuera a arder espontáneamente. También estaba un poco asustada por lo que pudiera suceder después. Pero más miedo le daba que no llegara a ocurrir.

—Quiero que me hagas el amor, eso es todo.

Ethan se pasó las manos por el cabello, peinándolo un poco.

—Eres joven y estás confusa con todo lo que está sucediendo ahora mismo en tu vida. No tienes las ideas claras. No soy lo que quieres —sentenció ajustándose más la toalla—. Lo que necesitas es distraerte.

—¿Qué tiene de malo un poco de distracción consentida entre dos adultos? —preguntó Jenn, sorprendida al comprobar lo segura que le salía la voz a pesar de lo nerviosa que estaba.

Ethan negó lentamente con la cabeza.

—La primera vez debe ser especial, tiene que tratarse de un momento para recordar. Más tarde te arrepentirías.

El detective no tenía modo de saber que para ella no existía el futuro.

—Deja que me vista y pensaremos en algo que hacer —sugirió encogiendo aquellos hombros tan poderosos—. Podemos hablar, por ejemplo.

—No quiero hablar —aseguró Jenn mirándolo a los ojos con la esperanza de que en los suyos se asomara su determinación.

—No quiero que te arrepientas de nada de lo que suceda entre nosotros —la advirtió Ethan levantando una mano para detenerla cuando ella hizo amago de dar un paso adelante—. Deberías

compartir este momento con el hombre con el que pretendas pasar el resto de tu vida.

Jenn se acercó dando primero un paso y luego otro, se sacó el camisón y lo tiró al suelo.

—Éste es un momento especial, y no quiero dejarlo pasar.

El corazón de Ethan, que hasta el momento había estado latiendo a toda velocidad contra su pecho, se detuvo en seco. En aquella décima de segundo que transcurrió hasta que recuperó su ritmo, observó a aquella mujer casi desnuda que tenía delante. Se dijo a sí mismo que debía desviar la vista, pero fue inútil. Tenía la piel suave y cremosa, pálida en comparación con la suya. Era tan esbelta... Tenía un aspecto tan frágil... Los pechos eran perfectos. Pequeños pero firmes y tan puntiagudos que Ethan apenas pudo resistir la tentación de estirar el brazo y tocar uno.

El detective tragó saliva mientras resbalaba la mirada por el abdomen plano. Unas braguitas minúsculas era lo único que impedía que la viera completamente desnuda. Y él quería verlo todo... Quería hacerla suya. Apretó los dientes y trató de no pensar en ello.

—Jenn...

Fuera lo que fuera lo que pensaba decir, se perdió en su cerebro en el instante en que ella se bajó las braguitas por los muslos, tomándose su tiempo y permitiendo que le rozaran la piel. Jenn se estremeció visiblemente. Ethan apretó los puños. Un deseo familiar comenzó a abrirse paso en su interior. Ella dejó las braguitas a un lado y avanzó hacia él una vez más.

—No me lo hagas más difícil de lo que ya es —le pidió, más bien le rogó el detective.

—Al menos déjame tocarte —sugirió ella alzando la mano hacia su pecho.

Como si Ethan pudiera hacer algo para impedírselo. Apenas podía resistir el deseo de agarrarla y dejarla caer sobre la cama en aquel instante. En aquel mismo segundo.

—Esto no es una buena idea —murmuró reuniendo el valor de apartarle la mano del pecho.

La expresión de Jenn se transformó. Abrió mucho los ojos.

—¿No me deseas?

La sorpresa y el dolor que reflejaba su rostro le hizo ver a Ethan que aquella posibilidad se le acababa de cruzar por la mente.

—No es eso —aseguró él con voz dulce atándose la toalla a la cintura para tener las dos manos libres—. Ya te he dicho que...

—Al diablo con las normas —lo interrumpió Jenn con los ojos brillantes de rabia—. Sé lo que quiero. Soy adulta. No me trates como a una niña.

Ethan maldijo entre dientes. Aunque la consideraba realmente demasiado joven y demasiado ingenua para un tipo como él, sabía con certeza que era una mujer. Si al menos supiera cuánto la deseaba... El detective suspiró y cerró los ojos durante un instante. No sólo la deseaba de un modo físico. Su seguridad y su bienestar también eran importantes para él.

Qué demonios, era más que eso. Ella era importante para él. Ethan se negó a analizar aquella ironía. Se suponía que aquello no tenía que ocurrir. Hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido. Desde que la única mujer a la que había amado lo dejó.

—Ethan...

Él abrió los ojos. Jenn lo estaba mirando con un deseo tan tierno reflejado en los suyos que su alma se moría por estrecharla entre sus brazos. Pero no podía.

—No aceptaré un no por respuesta. Quiero esto.

La joven se puso de puntillas y le rozó los labios con los suyos. Fue un gesto tan dulce y tan inocente que Ethan sintió deseos de gemir de deseo.

—No tenemos protección —aseguró él con voz entrecortada.

No podía seguir aguantándose por mucho más tiempo. Si ella no cambiaba rápidamente de opinión estaría perdido. Perdería... O ganaría, dependiendo del punto de vista. ¿En qué demonios estaba pensando? No podía hacerlo.

—¿Normalmente practicas el sexo seguro? —inquirió Jenn recorriéndole el torso con los dedos con gesto distraído.

La entrepierna de Ethan cobró nueva vida. Hizo lo que pudo por mantener el control, pero cada segundo que pasaba le iba resultando más difícil. Era tan hermosa... Su cuerpo esbelto era una exquisitez. Suave, femenino y virgen. Ethan volvió a tragar saliva. Quería tomarla. Hacerla suya.

—Yo siempre practico sexo seguro —murmuró en respuesta a su pregunta.

No sabía si estaba sudando o se trataba de la humedad de la ducha. El mero hecho de mirarla, de que ella lo estuviera tocando de aquel modo tan inocente lo estaba volviendo loco.

—Entonces no hay problema —aseguró Jenn acercándose peligrosamente—. Yo soy virgen. He practicado el sexo más seguro del mundo.

De acuerdo, hasta ahí habían llegado. Ethan estaba a punto de arrojarla sobre la cama y darle exactamente lo que pedía. Lo había puesto duro como una roca desde el momento en que se quitó la ropa en aquella cabaña tras la aventura del río. Pasar casi una hora con ella entre sus brazos en aquel sofá estrecho no había servido de gran

ayuda.

—Pero podría haber otras complicaciones —argumentó tratando de recuperar la cordura.

Sintió un profundo alivio. Allí la había pillado. Dudaba mucho que estuviera tomando la píldora, ya que no estaba casada ni era sexualmente activa.

Ella negó con la cabeza. Sus largos mechones de oro le rozaron los hombros al hacerlo. Si pudiera aunque sólo fuera rozar aquellos hombros delicados...

—En este momento de mi ciclo no hay posibilidad de embarazo.

Que Dios se apiadara de él. Jenn había pensado en todo.

—Jenn, tú....

Ella le desató la toalla de la cintura y la dejó a un lado. Lo miró y volvió a tocarlo. Lo tocó íntimamente.

—Jenn... —gimió Ethan intentando sin éxito apartarle las manos—. No estás pensando lo que haces. Uno de nosotros tiene que ser racional. No quiero hacerte daño.

Ethan apretó los dientes para contener otro gemido cuando las manos de la joven acariciaron su virilidad.

Ella apretó el cuerpo contra el suyo. Su suavidad hizo que se pusiera todavía más duro cuando pensaba que ya sería imposible. El contacto de sus senos contra su torso desnudo provocó que todo su cuerpo se estremeciera de deseo.

—Si no quieres hacerme daño, entonces cállate y muéstrame lo que me he estado perdiendo.

El detective podría haber intentado seguir discutiendo, pero Jenn se puso de puntillas y le rozó la boca con la suya. Lo besó de un modo tan inocente que Ethan sintió que aquella dulzura lo

sobrepasaba. Sin embargo, siguió controlándose. Ella le echó suavemente los brazos al cuello.

—Ahora —murmuró—. No quiero seguir esperando.

Al ver que Ethan vacilaba, lo instó:

—Enséñame a hacer el amor.

Con un movimiento rápido y certero, el detective la estrechó entre sus brazos y la depositó en la cama. Se tumbó a su lado y se dejó llevar por el beso que le había negado unos momentos antes.

Ethan jugueteó con sus labios durante lo que pareció una eternidad antes de abrirlos y deslizarse dentro. Luego descendió la mano hasta su seno, un movimiento que ella agradeció. Aquel pecho firme le cubrió por entero la palma, y lo hizo suspirar por saborearlo. Y eso fue lo que hizo. Se introdujo uno de aquellos pezones puntiagudos en la boca y lo succionó con fuerza durante largo rato. Ella gimió. Ethan hizo lo mismo con el otro pecho, arrancándole más sonidos de placer.

Aquellas caderas firmes se movían contra él, volviéndolo absolutamente loco. Tenía que conseguir calmarla, ralentizar su placer. Deslizó las manos por su caja torácica, recorriendo y aprendiendo cada curva y cada rincón. Luego le acarició el suave vello de entre las piernas, trazando con un dedo el canal de su trémula feminidad.

Jenn se arqueó contra su mano y abrió los muslos para anticiparse a su contacto. Él seguía torturándole los senos con la boca mientras acariciaba aquellos labios inferiores tan dulces. Su propio deseo se hizo más profundo, inflamándose como un antorcha. Introdujo un dedo en su interior y exploró. Jenn se quedó muy quieta. Luego deslizó otro, acariciando suave pero firmemente la zona, preparándola para lo que venía después.

Ethan sabía que tenía que detener aquello antes de que las cosas fueran más lejos. Pero, sencillamente, no tenía la fuerza de voluntad para rechazarla. Lo había empujado más allá de un punto razonable. Le acarició el mullido botón de su deseo con la parte inferior de la mano. Jenn gimió en voz alta y se removió salvajemente. Estaba muy excitada. Muy dispuesta. Ethan tuvo que echar mano de toda su capacidad de concentración para no entrar de golpe en su carne cálida y suave.

Jenn alzó la mano y acarició su henchida virilidad tal y como había hecho antes. Tenía los dedos suaves y frescos. Lo masajeó arriba y abajo. Ethan gimió salvajemente, indefenso. Quería estar dentro de ella. En aquel instante. Pero era demasiado pronto. Quería que estuviera todavía más caliente. Más húmeda.

El detective trazó por su vientre un camino con la lengua, mordisqueando también con los dientes. Cuando llegó al clítoris, Jenn se abrió todavía más para él, como si hubiera sabido lo que pretendía. Como si no pudiera esperar para descubrir más. Ethan la saboreó mientras sus dedos le apretaban los muslos, las nalgas... Ella gritó su nombre en voz alta. Ahora estaba preparada.

Le estaba rogando que la hiciera suya. Sin palabras, sólo con la dulzura de su cuerpo.

—Ethan, por favor... —murmuró dándole voz a lo que su cuerpo ya estaba diciendo.

Jenn sintió que sería un milagro que lograra sobrevivir un segundo más sin tenerlo dentro. Ethan la estaba volviendo loca. El corazón le latía frenéticamente, como si amenazara con salirse del pecho. Le costaba trabajo respirar. Sentía el cuerpo caliente. Ráfagas sucesivas de inmenso placer se apoderaron de ella. Nunca antes había sentido una sensación tan poderosa.

Ethan le abrió suavemente las piernas y se colocó encima de ella, retardando su entrada. Ella gimió ante aquella dulce agonía. Él se arrimó y jugueteó contra su cuerpo, pero no entró. Jenn le rodeó las piernas con las suyas y se arqueó, gimiendo desesperada.

—Por favor.:—murmuró de nuevo, vencida.

Entonces llegó la exquisita sensación de penetración. Lentamente... Muy lentamente, tanto que Jenn sintió que el corazón se le paraba, Ethan entró en ella, ganando un centímetro a cada embate. Era la sensación más increíble que había experimentado nunca. Abrió los ojos y lo miró fijamente. Quería ver, quería añadir otro fragmento de conciencia a aquel momento único.

De pronto Ethan se detuvo. Deseosa de obtener más de él, Jenn protestó mimosamente. Los ojos oscuros del detective se abrieron para mirarla fijamente.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le preguntó con voz gutural.

Aquel sonido le atravesó las terminaciones nerviosas, obligándola a estremecerse.

Jenn se miró en aquellos ojos profundos y sonrió.

—Sí —susurró alzando la mano para acariciarle el rostro.

Ethan ya no pudo esperar más.

Había tratado de comportarse como un caballero. Pero ahora, desarmado, sólo podía hacer lo que todo su cuerpo le reclamaba.

Estuvo a punto de alcanzar el clímax cuando atravesó la tenue barrera que le confirmaba que era virgen. Ella gritó... O fue él... O tal vez ambos. Un sentimiento de posesión se apoderó de él, haciéndolo sentir súbitamente mareado.

Jenn era suya.

Aquella emoción lo impactó en un principio. Aquel afán de posesión primitivo era tan poderoso que casi le dolía. Ninguno otro hombre podía tocarla en aquellos momentos. Era suya.

Jenn levantó las caderas, sellando así la unión de sus cuerpos. Él se quedó quieto durante unos instantes, saboreando la sensación de notarla alrededor de él como si fuera una segunda piel y dándole tiempo a su cuerpo menudo para que se ajustara a su tamaño.

Cuando hubo transcurrido el tiempo suficiente, Ethan se movió lentamente. Entrando y saliendo muy despacio. Gimió roncamente al sentir su carne húmeda recorriendo la largura de su virilidad. Estaba muy cerca del éxtasis, pero quería que ella llegara a la vez.

—Ethan... —murmuró Jenn arañándole la espalda.

Tenía los ojos cerrados de puro placer. Se estaba acercando al clímax. Susurrando, gimiendo, rogándole que hiciera algo que no sabría definir. Ethan seguía entrando y saliendo de ella cada vez más deprisa. Jenn lo agarró de los hombros y lo atrajo hacia sí. Pero Ethan seguía conteniéndose. Cuando sintió que ella comenzaba a temblar se hundió en un embate profundo. Jenn se quedó muy quieta bajo su impulso y él repitió el movimiento. Jenn gritó. Ethan entró una y otra vez hasta lo más profundo, hasta que ella convulsionó. Cada oleada servía para apretar su virilidad endurecida, proyectándolo hacia su propio placer. Era una sensación tan intensa que Ethan apenas podía respirar. Sólo podía actuar de acuerdo a sus instintos más primitivos. Para compartirlo con ella, para reclamarla como suya, para arrastrarla de nuevo hacia aquella montaña de placer que él mismo iba escalando más y más deprisa cada vez.

El clímax irrumpió en él de forma tan salvaje que se vio obligado a gritar. Clavó los dedos en la sábana con el rostro desencajado por aquel momento de placentero dolor.

Ethan disminuyó el ritmo, acompañando las últimas oleadas del placer de ella. Bajó la vista hacia aquel rostro angelical, hacia aquella boca tan dulce. Tenía en la punta de la lengua las palabras que llevaba más de una década sin pronunciar, pero las retuvo allí. Se suponía que aquello no tenía que pasar. Así no. No debería sentir aquello.

Pero lo sentía.

Jenn gimió, después suspiró y se quedó floja, anulando por completo la capacidad del detective de pensar. Ella le acarició la espalda y los costados con las yemas de los dedos, provocándole un estremecimiento.

—¿Podemos volver a hacerlo? —le preguntó con una sonrisa.

Ethan dejó a un lado aquellos sentimientos que no venían al caso y se concentró en proporcionarle un placer absoluto a la mujer que tenía entre los brazos. Después de todo, todo el rollo sentimental no era lo suyo. Pero lo otro se le daba muy, pero que muy bien.

La embistió con profundidad. Jenn gimió. Ethan tomó sus manos entre las suyas y se las colocó por encima de la cabeza. Dominando, reprimiendo aquellos sentimientos tan dulces. La besó en la boca y murmuró:

—Desde luego que podemos volver a hacerlo.

Su plan funcionaría. Jenn lo sabía. Había escondido una muda de ropa en la cocina antes de...

Los vívidos detalles del acto de amor que había compartido con Ethan la dejaron sin respiración y estuvieron a punto de robarle el valor. ¿Cómo podía haber imaginado que sería tan hermoso, tan... increíble? Se le rompía el corazón al pensar en lo que tenía que hacer. Pero no había modo de cambiarlo.

Tenía que irse. Ella era la única esperanza de su padre.

Jenn bajó las escaleras muy despacio para que Ethan no sospechara. Le había pedido que llenara la inmensa bañera para que pudieran darse un baño juntos mientras ella bajaba a la cocina en busca de algo fresco para beber. Le había asegurado que regresaría en unos minutos con dos botellines de cerveza.

Lo único que tenía que hacer era vestirse y salir por la puerta de atrás antes de que Ethan se diera cuenta de que tardaba demasiado. Jenn había memorizado el código de seguridad. Subiría al coche y saldría de allí antes de que él se diera cuenta de lo que había hecho.

Jenn agarró las llaves de la mesa que había al final de la escalera y se dirigió a la cocina. En menos de un minuto se había puesto los pantalones vaqueros, la camiseta y los zapatos. El camisón quedó abandonado en el suelo.

Conteniendo la respiración por miedo a que él apareciera a su espalda, pulsó el código de seguridad. El panel se iluminó, dando a entender que se había desactivado la alarma. Muy despacio, Jenn volvió a contener la respiración y giró el picaporte. La puerta se abrió. Ella salió y la cerró suavemente tras de sí.

Tardó cinco segundos enteros en recobrar la calma mientras sopesaba una última vez las consecuencias de lo que iba a hacer. Iba a morir. Pero no tenía elección. En realidad iba a esperar hasta medianoche, pero tras hacer el amor aquella mañana de nuevo se había dado cuenta de dos cosas: Cada momento que pasaba con Ethan hacía más difícil el hecho de tener que separarse de él. Podría venirse abajo y contarle todo. No podía arriesgarse a hacer algo así.

Y segundo, tenía que actuar cuando él estuviera en su momento más vulnerable.

Que era precisamente aquél.

Se pondría en contacto con Victoria varias veces a lo largo del día

para el asunto del ADN y las huellas dactilares. Si los resultados eran favorables le facilitaría a Ethan su localización y entre los dos podrían detener a David. Pero si no era así, entonces ella se entregaría a David y Ethan estaría a salvo. Jenn se escondería hasta que llegara el momento, mientras todavía tenía el valor de marcharse. Unos minutos más en los brazos de Ethan y no sería capaz de irse.

Corrió todo lo que pudo hacia el coche. Se detuvo al lado del asiento del conductor y buscó las llaves. Abrió el coche con la mano y estaba a punto de abrir la puerta cuando una voz profunda y masculina se lo impidió.

—Buenos días, Jennifer

Capítulo 11

—¿Has perdido completamente la cabeza?

Aunque estaba segura de que le iba a gritar, Jenn dio un respingo cuando Ethan le hizo aquella pregunta.

—Regresaré a mi puesto —dijo Simon Ruhl cerca de la puerta con aquella voz suya de barítono.

Jenn no lo culpaba. Si pudiera, ella misma también se libraría de los minutos siguientes. Al menos ahora sabía lo que Ethan había querido decir cuando aseguró que Simon les estaría guardando las espaldas. Estaba fuera, observando la cabaña desde un vehículo camuflado entre los árboles. Jenn nunca tuvo ninguna posibilidad de escapar.

—Gracias, Simon —le dijo Ethan tratando de controlarse, aunque resultaba obvio que le costaba trabajo mantener la calma.

La media sonrisa que Simon le dedicó a su compañero y después a ella antes de salir le dejó claro a Jenn que sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo allí.

Ethan tenía todavía el pelo revuelto. Estaba sin camiseta y se notaba que acababa de ponerse los pantalones. Incluso en aquellas circunstancias, Jenn sintió que se le secaba la boca al contemplar aquel torso magnífico y aquellos pantalones ajustados. Ethan tenía todavía impregnado en la piel el aroma al sexo que habían compartido. A pesar de todo, Jenn sintió que volvía a desearlo de nuevo.

Pero no podía pensar en eso en aquellos momentos. Tenía que

concentrarse en el siguiente paso: Ayudar a su padre y, de alguna manera, mantener durante el proceso a Ethan libre de cualquier peligro. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al recordar la amenaza de David. Aquella mañana había sido una egoísta durante unas horas. Ahora era el momento de hacer lo que tenía que hacer.

Aquella era la única manera de ayudar a su padre... Y de impedir que Ethan corriera la misma suerte que Russ y Kessler.

—Tendría que haberte llevado a ver a Melbourne —le espetó el detective—. Está claro que estás mal de la cabeza.

¿Melbourne? ¿El psicólogo? Jenn frunció el ceño.

—Yo no estoy loca.

Pero Ethan no parecía convencido. Estaba furioso.

Ella comprendía que le dijera aquello en esos momentos. Pero seguía sin saber por qué había sacado en un principio el tema de Melbourne. A no ser... Se le encendió una lucecita en el cerebro. Aquel pequeño ataque que sufrió cuando tenía quince años y que en realidad no había sido un ataque. Jenn entornó los ojos.

—¿Tú nunca has perdido el control? ¿No has necesitado nunca tiempo para recomponerte para poder continuar?

—No estamos hablando de mí —aseguró él sonriendo con sarcasmo antes de apartar la vista.

¿Qué fantasmas poblarían el pasado de Ethan?, se preguntó Jenn. La joven cerró los ojos durante un instante. Pero en aquel momento tenía otros problemas en los que pensar.

Cuando los maravillosos ojos de Ethan volvieron a posarse en ella, Jenn se humedeció los labios, dejó escapar un sonoro suspiro y le dijo la verdad.

—Si no vuelvo con David hará sufrir a mi padre.

Para ella fue una sorpresa comprobar que la voz no le tembló al hablar así. Aquella mañana había salido de la cabaña llena de valor, alentada por la ternura tras haber hecho el amor con Ethan. Pero ahora se sentía como un globo pinchado, inútil e innecesaria.

—¿Ibas a volver con Crane? —preguntó el detective, con una furia renovada asomándole a los ojos.

Su voz parecía el rugido de una bestia. Jenn trató de analizar la mezcla de emociones que se escondían tras ella, pero no pudo distinguirlas todas. Aunque estaba casi segura de que se adivinaba algo parecido a la posesión, y tal vez a los celos.

Acodada en una esquina del sofá, Jenn se preparó para otra oleada de furia.

—No tengo elección. Me ha dado veinticuatro horas. Si no puedo conseguir la prueba que acabe con él o me presentó allí, torturará a mi padre.

Jenn se limpió con rabia una lágrima solitaria que se le escapó a pesar de sus esfuerzos por contenerla. No quería llorar. Tenía que ser fuerte.

—Y si tú te interpones en su camino dice que te matará también.

Ethan maldijo entre dientes con unas palabras tan fuertes que la joven se sonrojó.

—Tenías veinticuatro horas. ¿Por qué no me dijiste nada para que pudiéramos tomar una determinación? —le preguntó con rabia—. Ya soy mayor. Puedo cuidar de mí mismo. Y no necesito que tú pelees mis batallas.

¿Acaso no se daba cuenta de que no había ninguna decisión que tomar? Jenn sabía lo que tenía que hacer. La joven habló muy despacio. Era tremendamente importante que Ethan comprendiera la gravedad de la situación.

—Russ está muerto. Kessler está muerto. No tengo ninguna prueba de que Cellneu sea peligroso, así que no puedo tirar por ahí. Y por si eso fuera poco no puedo demostrar quién soy, por lo que tampoco puedo llegar y poner orden ni en mi casa ni en mis laboratorios... No tengo elección —aseguró Jenn rezando para que la comprendiera—. Claro que puedo crear problemas. Pero eso no servirá para proteger a mi padre. El único modo de que esté a salvo de David es que yo regrese.

La joven se dijo entonces que si agarraba una de aquellas armas de Ethan tal vez pudiera arreglar por sí misma las cosas con David. Se estremeció involuntariamente. Sí, quería venganza. Venganza a la antigua usanza, como en el Antiguo Testamento.

Ethan negó con la cabeza. Su mirada se intensificó.

—No confiaste en mí lo suficiente como para contármelo —aseguró sentándose en la mesita para poner los ojos a la altura de los de ella—. No permitiré que os ocurra nada malo ni a ti ni a tu padre. Lo único que tenías que hacer era contármelo. ¿Ni siquiera podías confiar en mí después de lo que hemos compartido esta mañana? —preguntó desviando la mirada.

Jenn sí confiaba en él, y deseaba desesperadamente creer que podría proteger a su padre. Pero por muy fuerte y profesional que fuera Ethan, David tenía a demasiados hombres a sus órdenes. Uno sólo no podría detenerlos.

—¿No lo ves? —inquirió la joven—. Me está esperando a mí. Estará al acecho. Si intentas acercarte a la casa o a los laboratorios, mandará que te maten. No puedo arriesgarme a que le haga daño a mi padre enfermo. Tengo que enfrentarme a esto yo sola.

Parecía como si Ethan fuera a soltar otra de sus terribles palabrotas, pero se contuvo haciendo un esfuerzo tremendo.

—Antes de que termine el plazo de veinticuatro horas tal vez tengamos las pruebas que necesitamos para devolverte el control —aseguró con un tono razonablemente calmado—. ¿Por qué no esperaste al menos a tener los resultados?

Aquella era la parte más complicada. Si decía lo que no debía en aquel momento...

—Sabía que más tarde me estarías vigilando más de cerca. Sobre todo si los resultados no me favorecían. No iba a entregarme a David hasta que supiera los resultados y fuera obvio que no me quedaba alternativa. Pero era necesario que me fuera esta mañana o... perdería la oportunidad.

Ethan era demasiado inteligente para sus técnicas evasivas. La mirada que desprendían sus ojos le dio ganas de salir corriendo en busca de refugio.

—Así que aprovechaste que estaba distraído —sugirió con voz glacial.

Ni siquiera la rabia podía esconder la decepción, el dolor que le había provocado. No había sido su intención.

—Sí.

Se hizo un largo silencio entre ellos mientras mantenían las miradas fijas en una especie de guerra. Ethan fue el primero en apartarla.

—Jenn....

El sonido del teléfono impidió que dijera el resto de las palabras. El detective la miró un instante más y luego se levantó para contestar. Ella cerró los ojos ante la imagen de su espalda musculosa. La misma que ella había llegado a conocer de manera tan íntima un par de horas atrás.

—Delaney al habla.

De pronto, a Jenn se le pasó por la cabeza que tal vez se tratara de Lucas Camp con los resultados de las pruebas.

La tensión que sentía en el pecho se hizo todavía más profunda.

—¿Cómo puede ser?

Aquella pregunta sirvió para añadir un grado más a su ansiedad. ¿Qué quería decir con eso?

—Sí. Mándame una copia por fax. Gracias, Lucas. Si encuentras algo más házmelo saber.

Cuando Ethan colgó el teléfono ella estaba tan paralizada por el miedo que no fue capaz de formular la pregunta que le quemaba el cerebro.

El detective se giró para mirarla. Haría falta estar ciego para no leer el miedo en los ojos de Jenn.

—Han encontrado una coincidencia.

Ethan pronunció aquellas palabras tan despacio que en un principio la joven no estuvo segura de haber oído bien.

—¿Una coincidencia?

Jenn tenía miedo de esperanzarse. El detective asintió con la cabeza. Ella se sentía incapaz de respirar. No podía moverse aunque nada deseaba más en el mundo que acercarse, abrazarlo y que Ethan le dijera que todo iba a salir bien.

—Ambas muestras, la tuya y la de ella, coinciden con las huellas y la secuencia de ADN que sacamos de los archivos de Balphar — explicó el detective.

¿Ambas muestras?

Pero aquello era imposible. Tenía que tratarse de un truco de

David. Estaba segura de ello.

—Eso no puede ser. Debe haber una explicación para...

Ethan se acercó a ella, se sentó a su lado y la agarró de las manos.

—Sus huellas y su ADN son idénticos a los tuyos.

—Eso es imposible —aseguró ella negando con la cabeza.

—¿Estás segura de que esa mujer no es pariente tuya? ¿Podría tratarse de una hermana cuya existencia desconocieras? —preguntó Ethan acariciándole los dedos con suavidad.

—No —insistió ella sacudiendo de nuevo la cabeza—. Estoy segura de que no. Además, si fuera mi hermana no sería explicación suficiente —aseguró soltándole las manos—. Si su secuencia de ADN es exacta a la mía y nuestras huellas coinciden, entonces tiene que tratarse de mi gemela. Una gemela idéntica. Y si la tuviera lo sabría —concluyó mirándolo fijamente.

—Están sopesando otras posibilidades — explicó Ethan—. Los laboratorios de Lucas son los más avanzados del planeta. Si su gente no es capaz de explicar un fenómeno semejante, entonces dudo mucho que nadie pueda hacerlo. ¿Podría estar trabajando Crane en algún método para falsificar el ADN?

Ella se encogió de hombros. Estaban en el siglo veintiuno. Cualquier cosa era posible.

—Estamos investigando el ADN, pero no recuerdo nada parecido. ¿Qué vamos a hacer? —le preguntó mirándolo a los ojos—. Si no puedo demostrar que soy la auténtica Jennifer Ballard, entonces no podré detenerlo.

—Tendremos que acercarnos a esto desde la perspectiva del Cellneu, entonces.

Ethan se sentó más recto. Ella podía casi ver las ruedas girando en

el interior de su cabeza.

—Balphar tiene que tener archivos. En algún sitio debe guardar Crane la documentación sobre los riesgos del fármaco. O en su caso documentación falsa que podamos demostrar que ha sido manipulada.

Jenn sintió que la cabeza comenzaba a darle vueltas. David iba a salirse con la suya. Su padre sufriría y ella perdería todo su mundo.

—Entonces es cierto —murmuró sintiendo que se le caía el alma a los pies—. No puedo detenerlo.

—Tenemos que averiguar de dónde sacó Crane a la doble —aventuró Ethan tomándole de nuevo las manos—. Ella es la clave.

—No hay tiempo. Mi padre está ya gravemente enfermo. Si David le hace daño podría matarlo y yo nunca volveré a verlo.

—Entonces tenemos que detener a Crane. Necesitamos los archivos de Balphar.

Ethan se lo pensó durante unos instantes.

—Encontraré otra manera de entrar. Conseguiré esos archivos.

—Pero soy la que sé dónde está todo —argumentó Jenn.

—Y me dirás exactamente dónde mirar —añadió él.

Ella suspiró y se pasó la mano por el cabello.

—No hay tiempo —aseguró Ethan—. Tenemos que ponernos en marcha.

—Estoy de acuerdo, pero tenemos que hacerlo en la dirección adecuada —dijo la joven sintiendo de pronto con claridad cristalina lo que tenía que hacer—. Tal y como has dicho antes, ella es la clave. Sin ella no puede salirse con la suya.

La expresión de Ethan se ensombreció de repente y se puso a la

defensiva.

—El rapto es un delito —le recordó con tono profesional.

—No queremos secuestrarla —aseguró Jenn con una sonrisa—. Lo único que queremos es distraerla un rato.

¡Allí estaba! ¡Lo tenía! Sólo tenía que ocupar el lugar de la impostora durante unas horas y podría conseguir los archivos. Sustituiría a su sustituta. Era un plan perfecto.

—No funcionará —dijo Ethan secamente.

—Sí funcionará —aseguró ella poniéndose de pie de un salto—. Simon puede ayudarnos. Puede distraerla mientras yo voy a Balphar fingiendo ser ella.

Jenn consultó el reloj y recordó el día de la semana que era.

—Es perfecto. Hoy es el segundo miércoles del mes. David se reúne hoy con la Fundación del Sagrado Corazón. Estará fuera del despacho toda la tarde. No podría ser mejor momento. Cuando tenga los papeles en mi mano podremos ir en busca de mi padre.

Ethan se puso también de pie y siguió con la mirada los pasos de la joven mientras recorría la habitación.

—Es demasiado arriesgado. Yo entraré. Sólo necesito tiempo para pensar un plan.

—No tenemos tiempo. Tenemos que ir ahora.

—En ese caso, yo iré contigo —aseguró Ethan pasándose la mano por el cabello.

Jenn se acercó a él, le colocó las manos sobre aquel magnífico torso y le suplicó con la mirada.

—Tenemos que hacerlo a mi manera, Ethan. Es la única manera.

Menos de dos horas después, Ethan estaba sentado en el coche

con Jenn al lado. Estaban escuchando la conversación que Simon mantenía con la otra Jennifer Ballard. Ethan no pudo evitar sonreír al considerar lo encantador que podía llegar a resultar su compañero. Y pensar que Victoria pensaba que era él quien se llevaba de calle a las damas...

Habían seguido a la impostora hasta una boutique de moda. Simon había captado su atención al mencionar que estaba buscando un regalo para su novia. La otra Jenn, que parecía de lo más coqueta, se mostró encantada de ayudarlo. Su voz también recordaba extraordinariamente a la de la verdadera Jennifer Ballard.

Jenn estaba sentada en el asiento del copiloto y guardaba silencio mientras escuchaba la voz que salía del pequeño altavoz. Simon había invitado a la dama a tomar algo en el exclusivo bar de la tienda. Había añadido algo al combinado para retirarla de la circulación durante unas horas. Era un producto inofensivo. Se despertaría en la habitación de un hotel, preguntándose por qué habría accedido a acompañar a un desconocido a su cuarto. Simon la vigilaría hasta que Jenn hubiera salido de Balphar con los archivos.

Y Ethan la vigilaría a ella. Estaría justo detrás de ella, porque Jenn estaría también conectada.

Al detective no le gustaba nada de todo aquello. No le gustaba ni un pelo. Pero Jenn tenía razón, no había elección. Crane no les había dejado ninguna.

Antes de que Ethan pudiera seguir preocupándose respecto a la idea de que Jenn regresara a Balphar, Simon les dio la señal. Acababa de acompañar a la impostora al vestidor. Adelante.

Jenn sonrió, pero lo hizo de un modo trémulo que no consiguió tranquilizar a Ethan. Salieron del coche y pasaron por delante del coche de Simon, acercándose muy despacio a la parte trasera de la tienda. Una etiqueta en la puerta indicaba: *Uso exclusivo de empleados.*

Se abrió.

—Hay una dependienta que no para de asomar la cabeza para ver si necesitamos ayuda —dijo Simon precipitadamente—. Así que daos prisa.

Ethan asintió con la cabeza. Aguardó en el probador vacío que estaba al lado del de donde ahora roncaba la impostora. Simon esperaba en una silla situada en la sala forrada de espejos que le había indicado la dependienta. Jenn ya estaba en el probador cambiándose de ropa con la impostora.

Transcurrieron dos minutos.

—¿Estás bien? —murmuró Ethan apoyando la frente en la fina pared que separaba ambos probadores.

—Sí —respondió ella tras una pausa.

Ethan escuchó el ruido de la tela y de una cremallera al subirse. Tragó saliva. No podía perder a aquella mujer. Ya había experimentado aquel tipo de pérdida en una ocasión. No creía que su corazón fuera capaz de soportar de nuevo tanto dolor. Maria había sido incapaz de soportar el trabajo de Ethan y él no lo supo comprender. Pensó que entraría en razón, pero no lo hizo. Partió a la última misión cuando ella le suplicó que no lo hiciera. Cuando regresó, Maria se había ido. La perdió porque no podía no cumplir con su trabajo.

Tal vez podría haberla convencido para que regresara... Arreglar las cosas. Pero ella había muerto en un accidente de coche camino de regreso a su casa, en Florida. Hizo las maletas, se subió al coche y se lanzó a la carretera. Y murió porque Ethan antepuso su carrera a ella. La siguiente misión que aceptó lo hizo con la intención de dejarse morir.

Durante más de un año se culpó y se dejó llevar por la tristeza. A

la larga acabó dejando el ejército y no hizo otra cosa que no fuera enterrar la cabeza en la tierra. Entonces fue cuando Victoria lo llamó y le hizo una oferta que no pudo rechazar. Y desde entonces no había vuelto a mirar atrás.

No había vuelto a permitir que nadie le llegara tan cerca del corazón. Hasta ahora. No podía dejar que Jenn se fuera. Había estado a punto de decírselo cuando ella le preguntó si nunca había perdido el control. Pero no era el momento. Tenían que hablar mucho y de muchas cosas. Y ahora ella estaba a punto de ponerlo todo en peligro.

—No hay moros en la costa —dijo Simon golpeando suavemente la puerta de Jenn con los nudillos—. ¿Estás lista?

Ethan escuchó cómo se abría el probador. Salió a toda prisa del que lo ocultaba a él. Parpadeó al mirar a la mujer con la que se cruzó. Vestida con el traje azul pálido con el que la impostora entró en la boutique, Jenn era exactamente igual a ella. Incluso se había peinado como la otra.

—Salgamos de aquí —sugirió Simon señalando con la cabeza el probador en el que estaba tumbada la impostora.

Ethan agarró a Jenn del brazo y la atrajo hacia sí.

—Si algo sale mal quiero que salgas de allí. No lo pienses dos veces. Sólo hazlo. Lo único que tienes que hacer es decir una palabra y yo estaré allí para ayudarte.

Ethan no le dio oportunidad de contestar. Simplemente la besó. La besó fugazmente.

—No permitiré que te ocurra nada —murmuró antes de dejarla marchar.

Simon carraspeó.

Ethan se cargó al hombro a la mujer que ahora llevaba los

pantalones de Jenn y su camiseta y salió por la puerta de atrás. Colocó a la impostora en el asiento de atrás del coche de Simon, luego se subió al suyo y se colocó el auricular en el oído. El corazón le latía a toda prisa. Cielos, no quería que Jenn hiciera aquello.

Por primera vez en su vida comprendió la impotencia que había sentido Maria. Jenn podía estar entrando en una trampa mortal. Si por alguna razón Crane regresaba antes de aquella reunión seguramente se daría cuenta de que no era la mujer con la que se había casado. Aquella posibilidad se abrió paso en el pecho de Ethan como una bala, haciéndole desear entrar de golpe en aquella boutique y sacarla de allí.

Pero si lo hacía nunca se lo perdonaría. Jenn quería liberar a su padre de la garras de Crane. Y Ethan tenía que ayudarla a conseguirlo. Y más que eso: Tenían que acabar con Crane. Devolverle a Jenn su vida. Y a partir de entonces... Ethan no quería pensar en qué sería de ellos. Aquello era un trabajo. No debería mantener relaciones con un cliente. Era un error. Iba contra las normas. Y él lo sabía.

—No, gracias, éste me gusta —dijo Jenn con voz clara en el oído de Ethan.

Estaba claro que la dependienta había regresado.

—¿No quieres mirar nada más, cielo? —preguntó Simon para que la dependienta lo oyera.

Su tono de voz y la idea de que tal vez le hubiera pasado el brazo por la cintura a Jenn provocó una oleada de celos en el pecho del detective. Ethan sacudió la cabeza. Estaba peor de lo que pensaba.

Simon pagó el vestido. La dependienta les pidió que regresaran cuando quisieran. Ethan escuchó el sonido de campanillas de la puerta cuando Simon y Jenn salieron de la boutique por la puerta

principal. Ethan se acercó a la calle. Ahora podía ver a Jenn al lado del coche que estaba esperando. Simon y ella se despidieron y el hombre se encaminó en dirección a Ethan.

Jenn dudó un instante antes de entrar en el coche. Durante un largo instante se quedó allí de pie mirando simplemente en dirección a Ethan. Tenía miedo.

—Cuídame las espaldas —le susurró al auricular de Ethan.

—Estaré justo detrás de ti.

El detective dejó escapar un suspiro ronco cuando la vio subir al asiento trasero del coche que la estaba esperando. Había muchas cosas que podían salir mal. Las ventanillas ahumadas le impedían ver el interior del vehículo, pero sabía que la impostora había llegado sola. Aquello era lo único bueno.

Simon pasó al lado de Ethan sin mirarlo para no llamar la atención. Ethan vio por el retrovisor cómo su compañero se colocaba detrás del volante de su coche. Ahora se dirigiría al hotel y esperaría. Su misión era vigilar a la doble hasta nuevo aviso. Ethan seguiría a Jenn, escucharía y esperaría.

Y rezaría.

Todo el asunto era muy arriesgado. Jenn llevaba la peor parte, pero Ethan sabía que Simon y él se estaban tomando también muchas libertades con la Agencia Colby. Si aquello salía mal la responsable sería Victoria. Y tal como le había dicho a Jenn, el secuestro era un delito.

Ethan salió de la zona de aparcamiento y una vez en la calle siguió al Mercedes negro. Un instante después sintió una puñalada de miedo en el pecho.

El coche se dirigió a una zona estrecha que había entre dos edificios. Iban en la dirección equivocada.

—Ha habido un cambio de planes, señora —le escuchó decir Ethan a una voz masculina a través del auricular—. El doctor Crane quiere reunirse con usted en su residencia.

Crane había vuelto. Y Jenn iba directa hacia él.

Capítulo 12

¿Un cambio de planes?

Aquella frase completamente inesperada atravesó los huesos de Jenn hasta la médula. David no estaba en su reunión de la fundación. Estaba esperándola en casa. En su casa.

—Muy bien —dijo con voz tensa—. Gracias, Davenport.

El chofer hizo una breve inclinación de cabeza. Jenn cerró los ojos y rezó para tener el coraje suficiente de hacer aquello, de enfrentarse a David sin delatarse. ¿Reconocería la sutil diferencia entre su voz y la de la impostora? ¿Cómo se suponía que tenía que actuar? ¿Debía ser cariñosa? ¿Respetuosa? Respiró varias veces profundamente. Tenía que ser fuerte. Podía hacerlo.

Una súbita idea la hizo sonreír inesperadamente. Podría ver a su padre. Aquello era lo único bueno de la historia. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Jenn se obligó a relajarse y venció la tentación de darse la vuelta y comprobar que Ethan iba detrás. No tenía que preocuparse por eso. No la dejaría a su suerte, podía confiar en él.

De pronto se preguntó por qué un hombre tan atractivo como él no se había casado. Seguramente se trataría de uno de esos tipos que permanecían solteros para siempre. Pero hubo algo en el modo en que la miró aquella mañana que la había hecho sentirse especial. Fue algo más que el acto amoroso. Se trataba de una conexión que no sabría cómo explicar. Una emoción profunda que iba más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado jamás. Ethan había

llegado a un lugar oculto en su interior que ni siquiera sabía que existía. Jenn sonrió, sintiendo cómo el vello de su cuerpo se erizaba al recordar sus besos, sus caricias. Tenía la impresión de que ella también le había llegado muy dentro.

La sonrisa se le borró del rostro cuando observó la autopista que se abría delante de ella. ¿Viviría lo suficiente como para disfrutar de lo que el futuro los deparara a los dos? ¿O tendría los minutos contados?

—¿Se ha cancelado la reunión de la fundación? —le preguntó al chofer.

Tenía que haber una razón para que David cambiara de planes. Era un hombre muy metódico. Jenn no lo veía rompiendo su rutina sin una razón muy poderosa.

—No, señora —le dijo Davenport—. Al parecer recibió una llamada telefónica que lo obligó a salir de la reunión. En cualquier caso, quiere reunirse con usted inmediatamente.

Un miedo extraordinario se apoderó de su corazón. ¿Y si le había ocurrido algo a su padre? Jenn parpadeó y sopesó a toda velocidad las posibilidades. ¿Y si David se había enterado de lo del ADN y las huellas dactilares? ¿Y si sabía que Ethan y ella estaban conspirando para sacar a la luz pública sus mentiras?

Tras quince minutos que le resultaron interminables, Davenport detuvo el coche en la gran entrada circular que rodeaba la mansión de los Ballard.

Su casa. Jenn temía no volver a poner los pies en aquel suelo. Mientras el chofer se bajaba para abrirla la puerta, una mezcla de miedo y emoción se apoderó de ella. Le temblaban las manos. Se colocó el asa del bolso en el hombro, la bolsa de la tienda en el brazo y juntó las manos para evitar que siguieran temblándole.

Jenn tragó saliva para combatir la sequedad de la garganta y salió despacio del coche. Davenport sonrió y volvió a entrar en el coche. La joven se humedeció los labios mientras subía los escalones de la entrada.

—¿Sigues ahí? —susurró.

—Observando cada paso que das —respondió la tranquilizadora voz de Ethan en el auricular transparente que llevaba camuflado en la oreja.

El receptor estaba cosido a la tela de la chaqueta, bajo la solapa. Ethan le había explicado que se trataba de un equipo extraordinariamente sensible, capaz de captar el más mínimo sonido aunque se tratara de un espacio grande.

Cuando llegó al final de las escaleras se abrió la puerta.

—Buenas tardes, señora Jennifer.

Carlisle, el mayordomo que había trabajado para su familia desde que ella podía recordar, la saludó.

Jenn sintió deseos de abrazarlo. Era agradable ver un rostro familiar y amigo.

—¿Cómo está mi padre? —preguntó con el corazón latiéndole muy deprisa ante la perspectiva de verlo enseguida.

—Todo lo bien que cabe esperar —le dijo Carlisle con tono profesional, pero con la tristeza reflejada en los ojos—. Hoy ha habido varios momentos en los que creo que estaba despierto, pero no hizo amago de hablar.

—Eso es estupendo —contestó la joven conteniendo a duras penas las lágrimas.

—Me alegra ver que vuelve a ser usted la de antes —aseguró el mayordomo frunciendo levemente el ceño.

Jenn forzó una sonrisa. La impostora no había conseguido engañar a todo el mundo. Al menos no del todo.

—No he sido yo misma —reconoció, sintiendo la necesidad de enderezar cualquier cosa que la otra mujer pudiera haber hecho mal.

—Bueno, ahora se siente mejor y eso es lo importante —aseguró Carlisle sonriendo abiertamente.

Ella asintió con la cabeza y se movió con gesto envarado.

—Creo que subiré a ver a mi padre ahora. Deseó que no lo hubieran movido de su habitación. Nunca se había sentido a gusto en otro lugar que no fuera su propia cama. Jenn recordó la cantidad de veces que habían viajado, y su padre siempre decía que no había sobre la tierra un sitio más cómodo que su cama.

—Por supuesto, señora —dijo el mayordomo tras vacilar unos instantes—. Pero el doctor Crane la está esperando en la suite de los señores.

¿La suite de los señores? La casa tenía seis habitaciones, pero sólo dos de ellas eran suites: La de su padre y la suya.

—Será sólo un instante —insistió.

La idea de que David se hubiera instalado en su dormitorio la ponía enferma.

Jenn se apartó a toda prisa de la mirada de preocupación de Carlisle. Sus tacones resonaron sobre el suelo de mármol. Subió a buen ritmo la escalera del vestíbulo y una vez en el piso superior giró el pasillo a la derecha y corrió lo más deprisa que pudo a la habitación de su padre.

Una vez en la puerta se detuvo unos instantes para recobrar fuerzas. Tenía que ser valiente. Tenía que sonreír, no llorar. Si estaba despierto y consciente, no quería añadirle más dolor con sus

lágrimas. ¿Se habría dado cuenta de que ella había desaparecido durante la última semana? ¿O la otra mujer se habría dejado caer de vez en cuando para no despertar sospechas en el personal de servicio?

¿Qué le habría dicho la impostora al padre de Jenn? ¿Le habría hecho daño de algún modo? Sintió la furia con tanta intensidad que casi podía saborearla.

—Ten cuidado, Jenn —le susurró Ethan con voz ronca en el oído.

—Estoy bien.

La joven aspiró con fuerza el aire, abrió la puerta y entró en la habitación.

El olor a antiséptico y a enfermedad le llegó de inmediato. En la habitación, tenuemente iluminada, se respiraba una sensación de frío. A unos cinco metros de la cama de su padre había una enfermera sentada leyendo un libro. Cuando vio entrar a Jenn alzó la vista.

—Su padre está descansado hoy mucho mejor, doctora Crane —dijo la mujer esbozando una sonrisa—. Su marido ha venido a verlo hace sólo unos minutos.

Jenn luchó por controlar una nueva oleada de terror. Odiaba que aquella enfermera la llamara doctora Crane. Y odiaba todavía más que David hubiera entrado en el dormitorio de su padre.

—Gracias por ponerme al día —dijo con la voz más fría que pudo articular para parecerse más a la otra mujer—. Me gustaría estar un momento a solas con él.

La enfermera asintió con la cabeza y salió del dormitorio. Jenn rezó para que aquella petición no le hubiera resultado sospechosa. No se imaginaba a la impostora pidiendo que la dejaran a solas con su padre.

Moviéndose muy despacio para no molestarle, Jenn dejó el bolso y la bolsa de la tienda en el suelo y se acercó a la cama. Y se mordió el labio inferior para contener las lágrimas. Tenía un aspecto tan frágil... Tan pálido y tan quieto... La joven se sentó en una esquina de la cama y lo tomó de la mano. Tenía la piel fría y estaba muy delgado. Se le transparentaban prácticamente todas las venas.

En el brazo izquierdo tenía dos catéteres a través de los cuales le entraban en sangre fluidos y medicamentos. También había un tubo de alimentación asistida y otro de oxígeno. Respiraba con cierta rapidez. La pantalla en la que se leían sus constantes vitales mostraba un ligero aumento del latido del corazón, pero a pesar de eso la presión sanguínea estaba peligrosamente baja. Jenn sacudió la cabeza. Las medicinas y los fluidos no podrían seguir manteniéndolo durante mucho tiempo más. Moriría pronto, de eso estaba segura. Y nadie sabía la razón. El equipo de especialistas que se había ocupado de su caso no encontraba explicación.

Le habían sugerido que tal vez su padre se hubiera expuesto a algún agente desconocido en el laboratorio. Pero Jenn les dio acceso a todos los proyectos en los que su padre participaba. Excepto el de Cellneu.

Un nuevo escalofrío de pánico le recorrió la espina dorsal. Pero no, no podía tratarse de eso. Su padre no había trabajado físicamente con el Cellneu, había actuado más bien como asesor del proyecto. El único modo de que se viera expuesto habría sido si alguien deliberadamente...

—Oh, Cielos —gimió suavemente.

—Jenn, ¿estás bien? —preguntó Ethan—. Contesta. Contesta ahora mismo o entro a patadas.

La joven se secó los ojos y aspiró con fuerza el aire para

tranquilizarse.

—No pasa nada —consiguió decir tras tragar saliva—. Ahora mismo me dirijo a la suite.

—Ten cuidado —insistió Ethan—. Si la cosa se pone fea, lárgate. Recuerda: nuestro primer objetivo es llevar a Crane a Balphar. Si eso resulta imposible quiero que salgas de allí.

La joven asintió con la cabeza, un gesto inútil ya que Ethan no podía verla. Pero daba lo mismo, porque no se trataba de un comentario, sino de una orden. Jenn apretó la mano de su padre una vez más antes de levantarse de la cama, reacia a soltarle la mano. De pronto, su padre abrió los ojos. Y la miró directamente.

—Te quiero, papá —dijo inclinándose sobre su oído y conteniendo a duras penas el llanto.

Él le presionó ligeramente los dedos de la mano. Ella observó las profundidades de aquellos ojos azules y vio el miedo reflejado en ellos. Su padre lo sabía. Lo sabía y tenía miedo por ella.

—Estoy bien. No te preocupes —aseguró sintiendo cómo se le aceleraba el pulso. Cuando vio que cerraba los ojos una vez más, Jenn agarró las cosas que había dejado en el suelo, le sonrió a la enfermera que esperaba fuera y se dirigió al ala este de la casa, hasta la suite que se suponía que David y ella compartían.

“Es la hora de la función”, se dijo mentalmente.

En el instante en que ponía la mano en el picaporte de la puerta recordó cada segundo que había pasado entre los brazos de Ethan. El modo en que la había protegido... La manera en que le había hecho el amor... Y de pronto comprendió el significado del torbellino de emociones que había en su interior.

—Te quiero, Ethan —susurró tan suavemente que dudaba que él lo hubiera oído. Después abrió la puerta.

—Te estaba esperando, cariño —dijo David mientras servía una segunda copa de champán.

Jenn dejó caer suavemente al suelo el bolso y la bolsa de la tienda. Los segundos parecieron eternos mientras miraba fijamente al hombre que le había asegurado que la amaba. Que le había pedido que fuera su esposa y que había intentado asesinarla. Tenía el mismo aspecto de siempre. Ahora le resultaba extraño pensar que alguna vez pudo considerarlo amable y compasivo. Pero las apariencias engañaban. Jenn lo sabía ahora bien. David tenía el aspecto de un hombre normal. Un hombre distinguido, atractivo incluso. Con buena planta y bien vestido.

Pero era el diablo en persona.

El hecho de saber que la vida de su padre dependía de ella le dio el coraje y la fuerza para hacer lo que sabía que había que hacer.

—Lamento haberte hecho esperar —dijo casi sin darse cuenta—. Tuve que pararme un momento.

Jenn se atrevió incluso a sonreír, un gesto que se puso de su parte.

—Créeme, querida —contestó David cruzando la habitación con las dos copas en la —mano—. La espera ha valido la pena.

Ella aceptó la copa que le ofreció. El hecho de que no le temblara la mano era un milagro en sí mismo.

—¿Estamos celebrando algo? —preguntó dando un sorbo para infundirse valor.

—Oh, sí —respondió David besándola en la mejilla.

Jenn necesitó echar mano de toda su fuerza de voluntad para no ponerse tensa y apartarse de su contacto.

—Tenemos mucho que celebrar —aseguró David con entusiasmo, chocando la copa con la suya—. Brindemos por haber superado el

obstáculo final del Ministerio de Sanidad. Y por Cellneu —dijo con una gran sonrisa.

Ethan no necesitaba ver a Jenn para saber cómo la habría afectado aquel anuncio. En aquel momento el verdadero enemigo era el tiempo. Tenían que moverse todavía más deprisa de lo que pensaban. La prioridad era sacar a Jenn de la casa y llevarla a Balphar. Y Ethan no quería dejarla a solas con Crane en una habitación más tiempo del necesario. La idea de que le hubiera dado un beso y pudiera seguir tocándola lo llenaba de una furia tal que tuvo que agarrarse con fuerza al volante del coche para no salir corriendo hacia la casa.

“Te quiero, Ethan”. Aquella frase todavía resonaba en sus oídos. Una parte de él se derretía de emoción, al considerar aquella posibilidad, pero otra, la parte razonable, le decía que Jenn únicamente había reaccionado ante una situación de estrés. No era posible que lo amara. Sólo habían pasado juntos unos cuantos días. Sólo habían hecho el amor aquella mañana. Él la había protegido y Jenn estaba agradecida, eso era todo. Aquella vocecita interior que quería expresar sus propios sentimientos trató de hacerse oír, pero Ethan se lo impidió.

Tenía que estar concentrado. La vida de Jenn dependía de lo que ocurriera en los siguientes minutos.

—¿Por qué no te pones cómoda, cariño? —sugirió Crane con un tono bajo que él consideraría seductor.

Ethan se puso tenso.

—Un brindis más —pidió Jenn fingiendo un tono provocativo.

El sonido de cristal chocando suavemente contra cristal llenó el oído del detective.

—Espero que lleves puesta la ropa interior de encaje que te compré —dijo Crane con lascivia.

Ethan apagó su micrófono. Soltó varias palabrotas mientras rebuscaba en la cabeza el modo de sacarla de allí. Tenía que actuar con rapidez. La respuesta le vino de improviso como un mazazo entre los ojos.

Marcó a toda prisa el número de la recepción de Balphar. Sintió que la sangre se le agolpaba en las orejas mientras esperaba respuesta.

—Laboratorios Balphar —dijo un tono de voz profesional.

—Tienen una hora para evacuar el edificio o todo el mundo morirá. No encontrarán a tiempo la bomba.

Ethan colgó y volvió a encender el micrófono.

Ahora lo único que podía hacer era esperar. O entrar a saco en busca de Jenn si no conseguía a tiempo la reacción que esperaba.

—Mmmm.... hueles distinto —murmuró Crane—. ¿Te has puesto un perfume nuevo?

—Un aceite de baño —se apresuró a responder ella con voz demasiado aguda.

Ethan soltó otra palabrota. Maldición, si no mantenía la calma se pondría en evidencia. El detective cerró los ojos y trató de no pensar en lo que seguramente estaría ocurriendo. Crane acariciándola... besándola... aspirando el aroma de su piel. Ethan sentía deseos de matarlo con sus propias manos.

—David —protestó Jenn—. Deja que primero me quite la ropa.

—Ya es suficiente —dijo Ethan en voz alta agarrando la pistola—. Voy a entrar.

Algo parecido a un toc—toc sonó en el auricular del detective.

Silencio.

Luego se abrió una puerta.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Lo siento, señor, pero es su secretaria —dijo una voz masculina distinguida, probablemente la del mayordomo—. Asegura que es muy urgente. Está en la línea uno, señor.

Ethan se detuvo.

—Por ahora me quedo —le murmuró a Jenn disponiéndose a escuchar la reacción de Crane a la llamada.

—Gracias, Carlisle.

Una puerta se cerró.

Ethan respiró varias veces muy despacio. Tenía que mantenerse calmado y alerta. Ambas cosas.

—Sí, Renée, ¿de qué se trata? —preguntó la voz de Crane con tono malhumorado.

El detective estaba encantado.

—¿Estás de broma? —preguntó Crane.

Silencio.

—Ahora mismo voy.

El sonido del teléfono al colgarse.

—¿Ocurre algo? —preguntó Jenn con un tono tembloroso que a Ethan no le pasó desapercibido.

—Tal vez tengamos que evacuar el edificio. Hay una amenaza de bomba —respondió Crane con preocupación—. Tengo que ir y averiguar qué está ocurriendo. Tal vez algún grupo extremista haya descubierto lo cerca que estamos de experimentar el Cellneu con seres humanos.

—Yo voy contigo.

Silencio. Ethan contuvo la respiración. Más silencio.

—De acuerdo. Tal vez necesite tu ayuda.

Ethan escuchó cómo Jenn y Crane salían a toda prisa de la casa. El Mercedes negro ya estaba preparado en la puerta.

Con ayuda de los prismáticos, el detective vio cómo Crane escoltaba a Jenn por los escalones hasta la puerta del coche. Por suerte, ella no había dirigido la vista hacia donde estaba oculto su coche. Ethan suspiró aliviado.

—Luego tendremos que retomarlo donde lo hemos dejado — sugirió Crane.

Jenn soltó una risita tonta como respuesta. Era la misma risa que había visto utilizar a la impostora cuando Simon la seducía. Le salió perfecta. Ethan estaba muy orgulloso de ella.

Y seguía muy asustado.

Si algo llegara a ocurrirle...

Cuando el Mercedes hubo desaparecido en la distancia, Ethan se dirigió hacia la vía de servicio para seguirlo.

—Estoy justo detrás de ti —dijo con voz suave—. Lo estás haciendo de maravilla.

Tardaron veinte minutos en llegar al edificio de la empresa. Seguridad estaría ya buscando en cada esquina y en cada rincón. No tardarían mucho en descubrir que la llamada era una farsa. Pero seguramente tendrían que tomar ciertas medidas de todas formas. Ni siquiera David Crane arriesgaría la vida de todos sus empleados. Aunque con él todo era posible.

Lo siguiente que escuchó Ethan confirmó aquel último pensamiento.

Crane había llamado a alguien por el móvil.

—Mantengamos esto en secreto. No evacuéis los laboratorios importantes hasta que tengamos la confirmación absoluta de que la amenaza es real. No sería la primera vez que alguien intenta gastarnos una broma pesada.

Crane parecía enfadado.

—Bien —dijo tras una pausa—. ¿Todavía no hay ni rastro de ella? Quiero que la encontréis, y a Delaney también. Están cerca. Lo presiento.

Ethan estuvo a punto de soltar una carcajada. Si supiera lo cerca que estaban...

El detective esperó cinco minutos de reloj después de que el Mercedes entrara para acercarse. Se había puesto una gorra de béisbol y tenía la identificación preparada. Apagó una vez más el micrófono. Se acercó a la garita del guardia de seguridad y esperó a que éste saliera. Llevaba una lista en la mano.

—¿Nombre? —le preguntó.

—No encontrarás mi nombre ahí —respondió Ethan señalando la lista con un gesto de la cabeza.

—Si no está en la lista no puede entrar —respondió el guardia encogiéndose de hombros.

Ethan clavó sobre él la más letal de sus miradas. Una de esas capaces de detener en seco un toro furioso. Entonces sacó su identificación falsa, que parecía oficial.

—No tenemos tiempo para intercambiar palabras amables —le espetó al guardia—. Me llamo Barclay. Soy experto en explosivos. No sé si está usted al tanto o no, pero sobre este edificio pesa una amenaza de bomba. Estoy aquí para controlarla.

—Yo... tendré que consultar con el jefe —aseguró el hombre

abriendo mucho los ojos—. No sé nada de una amenaza de bomba.

Ethan consultó su reloj.

—Me quedan veintinueve minutos para desactivar los explosivos. El doctor Crane me ha pedido que lo siga. Bob —concluyó tras mirar su nombre en la etiqueta de la chaqueta.

—Entonces, ¿es cierto que han puesto una bomba? —insistió el guardia con expresión de terror.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso —gritó Ethan.

Estaba claro que no se había tomado ninguna medida para garantizar la seguridad de los empleados.

—De acuerdo, de acuerdo —accedió el tipo asintiendo con la cabeza—. Le dejaré pasar. El doctor Crane acaba de entrar. ¿Viene alguien más con usted?

—Yo estaba por la zona, así que he venido directamente —aseguró Ethan—. El resto del equipo llegará en cualquier momento.

—Abriré las puertas.

Cuando aquella impresionante verja se echó a un lado, Ethan pasó con el coche y buscó una plaza de aparcamiento cerca de la salida oeste, la que tenía pensado utilizar llegado el momento.

—Te esperaré aquí —dijo Jenn.

Ethan dio un respingo. Tras varios minutos en silencio, Jenn había hablado por primera vez desde su llegada a los laboratorios.

—Si necesitas cualquier cosa, pídesela a Renée —dijo Crane.

Debió marcharse entonces, porque Ethan escuchó cómo se cerraba la puerta.

—Estoy dentro —murmuró Jenn.

—De acuerdo —respondió el detective apretando los dientes.

Jenn estaba en el despacho de Crane. Ahora lo único que tenía que hacer era encontrar la prueba que necesitaban.

Capítulo 13

Jenn tenía claro que si David había guardado los archivos de Kessler en los que se indicaba que el Cellneu tenía problemas, tendrían que estar en su despacho.

Y estaba casi segura de que habría conservado algo. Era el truco más viejo del mundo para cubrirse las espaldas. Así, cuando surgieran problemas más adelante, David podría salir con aquella prueba nueva, como si acabara de encontrarla. Una prueba que demostraría que Kessler o su padre habían ocultado los problemas. Balphar resultaría herido sin remisión, pero David se iría de rositas. Desviaría todas las ganancias del Cellneu a una cuenta suiza. Y poco después, cuando aquel desastre saliera a la luz, la empresa se declarararía en bancarrota.

Jenn estaba segura de que David había pensado en todo. No se arriesgaría a cometer el más mínimo fallo. Pero ella haría que fallase. No permitiría que hiciera daño a todas aquellas personas que pensarían que el Cellneu sería la respuesta a sus oraciones. Ni tampoco dejaría que destrozara el trabajo al que su padre había dedicado su vida entera.

—¿Has encontrado ya algo?

La voz de Ethan sonó en el auricular de su oído tranquilizadora y excitante.

—No —susurró ella tratando de concentrarse en lo que tenía entre manos.

No era el momento para pensar en sexo ni en el hombre al que

amaba.

Los dedos de Jenn se detuvieron de golpe en el cajón inferior del archivador de David. Amaba a Ethan. Así se lo había dicho. No había sido su intención, pero el temor de no volver a verlo nunca la había animado a hacerlo. Así que se lo había dicho.

Jenn siguió rebuscando entre las carpetas de aquel cajón y luego abrió el de arriba.

—Lo de antes iba en serio, ¿sabes? —murmuró esperando su reacción.

Entonces lo escuchó suspirar con fuerza. Trató de no considerarlo una respuesta negativa mientras seguía observando las carpetas perfectamente etiquetadas y ordenadas.

—Habla de eso cuando salgas de ahí —aseguró Ethan para atajar el asunto.

Bueno, al menos no le había dicho que estaba completamente loca, aunque seguramente así era.

Pero de todas maneras lo amaba. Jenn sonrió mientras se giraba hacia el escritorio, pensando de qué modo podría abrir aquellos cajones. De acuerdo, estaba enamorada. Aunque ya no era virgen, tenía la intención de casarse con el hombre que la había desflorado. Aunque él no lo supiera todavía. Jenn sonrió todavía más. No estaba preocupada, acabaría por hacerle entrar en razón.

Buscó por encima del escritorio alguna llave, algo con lo que abrir los dos cajones. Intentó forzarlos tirando de ellos pero no sirvió de nada.

—No puedo abrir los cajones ni tampoco veo la llave.

—¿Tienen cerradura?

Jenn miró primero a uno y luego a otro.

—Sí, y parece ser la misma para los dos.

—¿Hay algún abridor de cartas en el escritorio?

Jenn miró a su alrededor y encontró uno con empuñadura de caoba y filo de plata.

—Lo tengo.

—Introduce la punta en la cerradura lo más dentro que puedas y después gíralo.

Jenn se puso de rodillas y se concentró en intentarlo. La primera cerradura cedió. Jenn abrió el cajón.

—Hecho —le dijo a Ethan.

—Buena chica.

Jenn rebuscó entre los archivos. Nada interesante. Una sensación de fracaso se abrió paso en su interior. ¿Y si David lo había destruido todo? Pero aquello no tenía sentido. Necesitaba algo para cubrirse las espaldas.

La siguiente cerradura se abrió también con facilidad. Jenn le había pillado el truco al abrecartas. Para cuando terminó de mirar aquellos otras carpetas ya tenía el ánimo por los suelos.

—No está aquí —susurró.

Pero, ¿en qué otro sitio podría estar? David no se arriesgaría a dejar aquel archivo en algún lugar donde cualquiera pudiera encontrarlo. Era demasiado inteligente.

—Si no lo encuentras, sal de ahí —le ordenó Ethan.

Jenn escuchó sin lugar a dudas un tono de preocupación en su voz.

—Ya llevas allí diez minutos. Puede regresar en cualquier momento.

¡Y de pronto, allí estaba!

La siguiente etiqueta que leyó fue: Cellneu. La joven sacó la carpeta de plástico del cajón y se incorporó. Había informes, memorandos y notas escritas a mano por Kessler. En todas ellas se advertía contra el uso del Cellneu. Nuevos descubrimientos, había escrito el científico, demostraban que en células no cancerígenas se desarrollaban alteraciones genéticas. Aquellas células adulteradas podrían provocar tanto daño que a la larga provocarían la muerte del sujeto en experimentación. Aquellas notas estaban escritas hacía más de un año.

—Dios —murmuró Jenn.

—¿Has encontrado algo? —quiso saber él.

—Lo tengo.

Sintió una subida de adrenalina por las venas. Tenía la prueba en las manos.

—Entonces, sal de ahí —le ordenó él.

Jenn volvió a guardar los papeles en la carpeta de plástico. Después se la colocó en la cinturilla de la falda por si se tropezaba con alguien al salir huyendo. Cuando iba a cerrar el cajón algo le llamó la atención.

Jennifer Ballard.

Aunque su cabeza le estaba gritando que saliera a toda prisa de allí, no podía hacerlo. Sencillamente, no podía moverse sin ver qué había en aquel archivo. Aquél en el que figuraba su nombre.

Abrió la carpeta de plástico y observó su contenido. Varios documentos tenían fecha anterior a su nacimiento. Cuanto más leía, más vueltas le daba la cabeza. De su cerebro había desaparecido cualquier idea de salir de allí. Lo único que podía hacer era leer los

documentos tan detallados que tenía delante de ella.

—¿Qué estas haciendo? —inquirió Ethan—. ¡Sal de ahí!

Ella negó con la cabeza, demasiado concentrada como para hablar.

De pronto, la puerta se abrió.

—No ha sido más que...

Jenn alzó la vista.

David estaba frente a ella y la miraba con la boca abierta.

La joven se incorporó muy despacio con el archivo que tenía su nombre en las manos.

—¿Qué es esto?

—¡Maldita sea, Jenn, sal de ahí! —le gritó Ethan al oído.

Ella escuchó el portazo del coche. El detective se había bajado. Iba hacia allí.

Jenn lo ignoró.

—Este archivo —dijo señalando a David con la carpeta—. ¿Qué es todo esto?

—¿Cómo demonios has...?

David dejó la frase a la mitad.

—¿Dónde está...?

—¿Esa amiguita tuya que se parece tanto a mí? —lo interrumpió Jenn alzando una ceja. David sonrió de pronto. Mientras cruzaba el despacho, toda expresión de sorpresa se borró de su rostro.

—Gracias por ahorrarme el trabajo de tener que seguirte la pista. ¿Dónde está tu protector?

Jenn abrió la boca para hablar, pero la voz de Ethan la

interrumpió.

—Dile a ese hijo de perra que voy de camino y que cuando llegue voy a matarlo.

Pero Jenn no quería ir por ese derrotero.

—Quizá sería mejor que te dijera primero dónde está tu amiga.

—Dímelo.

David se colocó al otro lado del escritorio: Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó su teléfono móvil.

—Dame un minuto —dijo educadamente mientras marcaba un número—. Sube ahora mismo —gruñó—. Y avisa a los de Seguridad. Es muy probable que Ethan Delaney ande por aquí. ¿Quién? ¿Por qué no se me ha informado? ¡Yo no he llamado a ningún experto en explosivos!

Jenn trató de mantener la calma, de mantener las piernas firmes. Tenía que hacerle pensar que no le tenía miedo, que tenía un plan...

—Lo siento —continuó David tras colgar—. ¿Qué me decías?

—Tu amiga —repitió Jenn—. Ahora mismo está con un detective de homicidios contándole todo lo que sabe de ti. Que mataste a Russ, a Kessler, y que el Cellneu es un fraude.

David colocó la cadera en la esquina del escritorio. Jenn se quedó donde estaba. No movió ni un músculo.

—¿De verdad? Qué interesante —respondió David mirándola fijamente a los ojos—. Pero sé que estás mintiendo. Nunca se te ha dado bien mentir. Además, Pamela nunca me traicionaría. Sin mí no es nadie.

Jenn se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Tal vez tengas razón. Tal vez ella no te abandone. Por mí, como si se tira por la ventana. Esa parte no me interesa. Con los archivos de

Kessler tenemos todo lo que necesitamos para detener el Cellneu.

—Entonces, ¿para qué has venido? —inquirió él con sarcasmo—. ¿Para recordar los viejos tiempos?

David se puso de pie, rodeó el escritorio y se acercó a ella lentamente. Ahora Jenn sí que tenía miedo. Mucho miedo. Por mucho que lo intentara no podía impedir que le temblaran las piernas. David se detuvo a un par de metros de ella con gesto amenazador.

Jenn alzó la barbilla y lo miró fijamente.

—Sólo quería comprobar si podía engañarte. Y lo conseguí.

Él soltó una carcajada terrorífica.

—Sí, durante un momento sí —dijo acariciándole el brazo con un dedo—. Pero, ¿sabes una cosa? Pamela no es frígida como tú. Sin lugar a dudas, habría captado la diferencia.

Ella se apartó bruscamente.

—Como que te hubiera dejado acercarte a mí.

David la observó con ojos furiosos.

—Por lo que veo, no has rechazado los brazos de Delaney —le espetó.

Jenn sonrió triunfalmente, aunque no pudo evitar preguntarse cómo lo habría sabido. Pero tenía que mantener el tipo.

—Desde luego que no. A él le he entregado lo que tú nunca tuviste.

David la agarró de los brazos. Sus dedos parecían bandas de frío metal sobre la piel de Jenn.

—¿Acaso crees que me importa? Tengo lo que quiero. Lo tengo todo. Incluso soy dueño de tu existencia.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó, decidida a obtener una respuesta respecto a aquel archivo aunque tuviera que morir inmediatamente después.

David le dio un empujón. Ella se tambaleó y consiguió mantener el equilibrio antes de caer al suelo.

—Es el secreto más sucio de la familia Ballard —gruñó—. Durante todo este tiempo has creído que eras la niña perfecta de papá, que él era el padre perfecto, que toda tu vida era perfecta.

David movió suavemente la cabeza de derecha a izquierda.

—Pero todo está construido sobre una mentira.

Jenn le arrojó la carpeta que contenía su archivo. Rebotó contra su pecho y todo su contenido cayó al suelo.

—No creeré absolutamente nada de lo que tú me digas —le gritó con los ojos llenos de lágrimas.

—Eso ya lo veremos.

David dio un paso adelante, acortando así la distancia que había entre ellos.

—Empecemos por tu adorada madre.

Jenn quería taparse los oídos con las manos para bloquear sus palabras, pero no fue capaz de moverse. Lo único que podía hacer era quedarse allí y mirar aquellos ojos diabólicos. Tres hombres entraron atropelladamente en el despacho. David los miró de reojo.

—Esperad fuera —les ordenó—. Y mantened los ojos bien abiertos para encontrar a Delaney.

Jenn seguía paralizada. Sentía deseos de gritar, de decirles a aquellos hombres qué clase de persona era su jefe. Pero se sentía incapaz de hacer otra cosa que no fuera escuchar aquellas palabras horribles. David se giró hacia ella una vez más.

—Tu madre no podía concebir. Nada funcionó con ella. Así que tú eres una niña probeta.

Jenn consiguió reunir un poco de coraje.

—¿Y qué? Eso no tiene nada de especial.

La fecundación in vitro había comenzado muchos años antes de que ella naciera. Muchas parejas habían seguido aquel camino. Y seguían haciéndolo.

—Ya, pero tu caso es un poco distinto —le informó David claramente regocijado—. Tu cigoto se dividió.

—Gemelas idénticas.

David hizo una reverencia con las manos para recalcar sus palabras y dio un paso más en su dirección.

Jenn sintió un súbito dolor en el estómago. ¿La otra mujer era su hermana gemela? Eso no era posible, sencillamente. Su padre le habría contado una cosa tan importante. Aquello era una locura. Estaba claro que David había perdido la cabeza. Jenn deslizó la vista hacia los papeles que había en el suelo. Sin embargo, allí había documentación. Ella misma había visto un poco.

—Papá estaba entusiasmado con su nuevo descubrimiento —continuó David con tono engreído—. De hecho, estaba tan contento que decidió jugar a ser Dios por un día.

Jenn negó con la cabeza.

—Estás loco. Mi padre nunca haría algo así.

David giró la cabeza y observó su rostro compungido por el dolor. Alzó la mano y le acarició la mejilla. Ella se estremeció.

—Oh, claro que lo hizo. Tu papá decidió alterar un embrión. Quería saber si podía crear un genio —aseguró alzando las cejas—. Y el resto es historia.

A Jenn la habían calificado de genio desde que tenía cuatro años. Pero tanto su padre como su madre eran extraordinariamente inteligentes. No resultaba inconcebible que ella también lo fuera. La historia de David resultaba demasiado extraña. Estaba tratando de hacerle daño. Eso tenía que ser.

—Si lo que estás diciendo es verdad, ¿por qué nunca me contó nadie lo de mi hermana gemela? —preguntó.

—Esa pregunta es muy fácil.

David la agarró de los hombros y la apoyó contra el escritorio. No tenía escapatoria. Jenn sintió que se le aceleraba el corazón.

—Tu padre no sabía que tu hermana sobrevivió.

—¿Cómo es posible eso? —preguntó ella con asombro.

—El querido tío Russ decidió que lo que tu padre había hecho no estuvo bien. Así que metió mano en el asunto. Temía que si tu padre tenía éxito podría intentar en el futuro más alteraciones genéticas. Russ se aseguró de que sólo una de vosotras viviera, al menos para el resto del mundo, incluido tu padre.

David apartó con el pie los papeles que había en el suelo y avanzó un paso más.

—Tu padre no llegó a saber siquiera que el otro embrión sobrevivió. Sintiéndose culpable por lo que había hecho, Russ se aseguró de que el otro embrión se implantara con éxito en otro útero.

Aquello no podía ser cierto.

—No te creo.

Jenn agarró con fuerza la esquina del escritorio. ¿Podría salir de allí rodeándolo antes de que David se acercara aún más y la dejara completamente atrapada?

Él señaló con un gesto los papeles que estaban en el suelo.

—Todo está ahí. Lamento que no hayas tenido tiempo de leer todos los detalles. Son fascinantes.

Ella negó con la cabeza.

—Si todo es verdad, ¿tú cómo te enteraste?

—Ésa es la parte más increíble —aseguró David con entusiasmo—. Me lo contó tu padre.

—Has dicho que él no lo sabía —dijo ella.

—Y así era. Hasta que Russ se lo contó hace seis meses.

—¿Y por qué iba a contárselo después de tantos años?

Jenn no quería creerse nada de todo aquello. Pero había visto algunos de los papeles. Y había visto a la otra mujer. Las huellas y el ADN coincidían. Al menos una parte de la historia era cierta.

—Cuando la salud de tu padre se vino abajo, Russ comenzó a sentirse culpable. Así que le contó la verdad. Como tu padre era consciente de lo mucho que yo te quería —aseguró David con sarcasmo—, me pidió que encontrara a tu gemela y le hiciera un informe detallado de cómo era su vida. La primera vez que la vi me quedé impresionado. Era una réplica exacta. Aunque no tan educada ni tan fina como tú.

—¿Cómo la encontraste?

A Jenn le latía el corazón a toda máquina. No quería seguir escuchando nada más pero tenía que hacerlo. Tenía que saberlo todo.

—Russ sabía dónde estaba. Siempre lo supo. Cuando le conté a tu padre que la había criado una familia de Indiana y que ahora estaba trabajando en Nueva Orleans y le iba bien, pareció satisfecho.

—¿Por qué no me lo contó? —preguntó con voz temblorosa.

El dolor que sentía acabó con las últimas fuerzas que le quedaban.

—Bueno, ya sabes cómo le gusta hacerse el mártir. No quiso meterse en la vida de ninguna de las dos. Sobre todo cuando yo le aseguré que tu gemela tenía una vida maravillosa.

—Le mentiste.

De pronto, Jenn tuvo un horrible presentimiento respecto al resto de la historia.

—Por supuesto que le mentí —reconoció con una carcajada—. A partir de ahí todo fue muy fácil. Me casaría contigo, me libraría de tu padre y después de ti. Pamela estaba entusiasmada con la idea de ocupar tu lugar entre tanto lujo. Tras la vida tan miserable que había llevado hasta entonces, le parecía que por fin tenía su oportunidad.

El rostro de David se ensombreció.

—Habría funcionado si Russ no llega a descubrir lo que yo ocultaba respecto al Cellneu. Entonces todo mi plan se fue al garete. Pero ahora todo vuelve a estar bajo control. Tú estás muerta y tu padre también lo estará antes de que acabe la noche.

De pronto, Jenn tuvo una revelación.

—¿Qué le has hecho a mi padre? ¡Tú le has provocado la enfermedad!

Cielo Santo, era cierto. El hombre con el que pensaba casarse, el hombre al que creía amar estaba matando a su padre. Tal vez ya lo hubiera matado.

—Eso fue una idea genial por mi parte. Sabía exactamente qué fármacos administrar para conseguir el efecto adecuado y que nadie lo descubriera.

—¿Cellneu?

—Oh, no, no pondría el Cellneu en peligro. Se trata de mi propia mezcla. Una dosis constante en su sistema circulatorio produce el

efecto deseado. Esta noche triplicaré la dosis. Adiós, papá. Estoy seguro de que Pamela se quedará desolada.

Una súbita oleada de miedo combinada con rabia le dio el coraje suficiente para apartarse ligeramente de él. No podía permitir que aquello ocurriera. Tenía que salvar a su padre.

—No dejaré que lo hagas.

David les dio un grito a los hombres que esperaban fuera.

—Es una lástima que no haya nada que puedas hacer. Como ya te he dicho antes, estás muerta.

Ethan subió corriendo por las escaleras hasta el décimo piso. No se arriesgó a tomar el ascensor por si acaso lo estuvieran vigilando y los de Seguridad lo pararan cortándole la luz. Ya había llamado a Simon para pedirle refuerzos. Estaría allí enseguida. Ethan sabía que una buena cobertura era la clave de cualquier operación. Amy Wells iba a quedarse con la impostora. Con Pamela, según Crane.

Sin parar de correr, Ethan llegó al despacho de la secretaria de Crane sin detenerse. Subió de un salto al escritorio y desde aquella posición elevada se dejó caer sobre los tres guardias de seguridad que esperaban en la puerta del despacho de Crane. Las armas dispararon. Un hombre cayó al suelo.

La voz de Crane volvió a sonar en el auricular de Ethan. Estaba llamando otra vez a los guardias. Pero ellos estaban un poco ocupados, pensó el detective dando un buen rechazazo.

—¡Ethan!

Era la voz de Jenn. Gritando.

Ethan intensificó sus esfuerzos. La lucha continuó durante tres segundos más. Un segundo guardia cayó al suelo. Y luego el último. Uno de ellos estaba muerto, los otros dos sólo inconscientes.

Ethan se dirigió hacia la puerta del despacho de Crane.

—No tengo problemas para matarte yo mismo —gruñó Crane.

—¡Ethan! ¡Tiene una pistola!

Con el corazón latiéndole con fuerza contra el pecho, el detective agarró el picaporte.

—¡Alto o disparo! —le ordenó una voz a su espalda.

Ethan no se detuvo.

Capítulo 14

Ethan abrió la puerta y se lanzó al suelo, girando sobre sí mismo y poniéndose de pie cuando le lanzaron un disparo a la altura de las rodillas.

El guardia de seguridad que tenía a la espalda volvió a disparar y falló de nuevo el tiro. Ethan se preguntó dónde demonios habrían aprendido aquellos tipos a disparar. Se dio la vuelta a toda velocidad y le alcanzó al guardia en el hombro derecho. El hombre cayó como una roca. No estaba muerto, pero tampoco podría seguir disparando. Ethan se giró hacia Crane y miró fijamente a aquel malnacido a los ojos.

Crane estaba al lado de su escritorio y sujetaba a Jenn delante de él a modo de escudo mientras le apuntaba la sien con una pistola de pequeño calibre.

—Suelta el arma, Crane, y te dejaré vivir —le ordenó Ethan.

Tenía los ojos fijos en Crane. Porque si miraba a Jenn perdería el control de la situación. De hecho, podía sentir ya el pánico en la garganta.

—Vamos, Ethan, no creerás que voy a hacer algo tan estúpido, ¿verdad? —aseguró Crane con una carcajada—. Ni siquiera hace diez años eras tan ingenuo.

Un flash del pasado se cruzó por delante de la línea de visión del detective. Pero la apartó de sí y volvió a concentrarse en el objetivo. El hecho de que Crane le hubiera salvado la vida no importaba en aquel momento. Había saldado aquella deuda hacía mucho tiempo.

Ethan apretó los dientes para disipar cualquier duda. Aquel hombre no era el mismo que él había conocido diez años atrás.

David Crane era un tramposo y un asesino. Después de lo que les había hecho a Jenn y a su padre no merecía vivir.

Crane sonrió con expresión siniestra.

—Eres un libro abierto, amigo. Estás sopesando las razones por las que deberías matarme.

Crane agitó a Jenn en su dirección.

—Dime, ¿vale la pena matarme por ella? Porque el único modo que tienes de recuperarla es matándome. ¿Podrás vivir con eso, Ethan?

Crane inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado y se encogió de hombros.

—Y en cualquier caso, tal vez me la lleve conmigo al infierno sólo para fastidiarte.

Ethan escuchó el ruido de pasos en el pasillo que había delante del despacho de la secretaria. En cuestión de segundos estarían rodeados por los guardias de seguridad de Balphar. Hombres que trabajaban para David Crane.

—Suéltala —le dijo el detective moviéndose muy despacio—. Suéltala y utilízame a mí como salvoconducto para salir de aquí. Es tu única esperanza.

—Es cierto —intervino Jenn con voz temblorosa—. Llevo un micrófono. Todo lo que has dicho ha sido grabado por otro agente de la Agencia Colby.

“Muy inteligente”, pensó Ethan. Miró directamente a Jenn por primera vez desde que entró en aquel despacho. Parecía aterrorizada, pero al mismo tiempo valiente y absolutamente bella. Quería

abrazarla y felicitarla por lo bien que lo estaba haciendo. Pero se obligó a volver a mirar a Crane.

—Bajaré el arma y saldremos de aquí antes de que lleguen las autoridades.

Nadie había avisado a las fuerzas del orden, pero Crane no tenía por qué saberlo.

Crane negó con la cabeza.

—Fuiste tú el que llamó para decir que había amenaza de bomba —dijo como si de pronto se le hubiera encendido una lucecita—. Eres un malnacido. Así es como conseguiste entrar.

Crane agarró a Jenn del pelo y le echó la cabeza hacia atrás.

—Así fue como hiciste que ella entrara.

—Le di un puro al tipo de la puerta —respondió Ethan con chulería—. ¿Te acabas de dar cuenta ahora? Parece que estamos un poco lentos, ¿no?

La expresión de Crane se enfureció y lo miró con rabia.

—Voy a matarla —aseguró—. Considero que es mi obligación que quede muy claro.

—¿Prefieres verla muerta antes que salir indemne de aquí? —preguntó Ethan dando un paso adelante—. ¿Estás seguro?

Crane vaciló.

—Primero baja el arma.

Ethan fingió reconsiderar la propuesta.

—De acuerdo.

Crane tampoco estaba al tanto de la funda de pistola que llevaba al tobillo.

—Lo haremos a la vez. Yo dejaré el arma en el suelo y tú la

soltarás.

Crane asintió con la cabeza.

—Acércate más. Quiero que esto sea un momento íntimo.

Ethan obedeció. Lo único que le hacía falta era darle un buen cabezazo y Crane saldría del plano.

—Ahora —dijo Crane cuando el detective estuvo a menos de un metro de distancia—. Deja el arma encima del escritorio y levanta las manos. . .

No haría una cosa semejante ni aunque viviera un millón de años. Ethan miró a Jenn mientras comenzaba a bajar la pistola. El pánico que reflejaban sus ojos disparó todas sus alertas. Maldición. Ella no entendía que no pensaba darle ninguna ventaja al otro hombre.

Toda la escena pareció desarrollarse a cámara lenta. Crane dejó de sujetarla con tanta fuerza. Ethan levantó las manos. Jenn agarró el abrecartas del escritorio.

Crane abrió los ojos de par en par al darse cuenta de que Ethan no tenía intención de bajar el arma. Jenn le clavó el abrecartas con fuerza en el muslo.

Los ojos de Crane mostraron asombro en el instante exacto en que con el dedo pulgar echaba hacia atrás el seguro de la pistola.

—!Al suelo! —le gritó Ethan a Jenn.

Jenn se soltó.

Crane disparó. Ethan disparó.

Las detonaciones se escucharon en el despacho.

Crane se fue bruscamente hacia atrás. Jenn cayó al suelo.

Silencio.

Los ojos de Ethan se posaron inmediatamente en ella.

Jenn alzó la mirada lentamente desde el suelo.

Gracias a Dios.

—¿Estás bien? —le preguntó Ethan con voz tan temblorosa como la que ella tenía unos minutos atrás.

Jenn asintió con la cabeza y luego miró hacia atrás por encima del hombro.

—Está muerto —le aseguró Ethan.

El detective bajó el arma. Sentía un alivio tan grande que parecía como si estuviera débil. Se dirigió hacia ella.

El ruido de unas armas cargándose resonó por la habitación.

Ethan giró la cabeza en dirección a aquel sonido. Seis guardias de seguridad entraron por la puerta.

—Tire el arma —ordenó el que parecía estar al mando.

Ethan sabía que estaban en camino. Los había oído. Pero no esperaba que llegaran tan lejos. Se suponía que para entonces Simon debería estar allí.

—Joe —dijo Jenn, que había reconocido a aquel guarda—. Menos mal que estás aquí.

—Doctora Crane, ¿se encuentra bien? —preguntó el hombre al que había llamado Joe, mirando primero a Ethan y luego a ella.

—Perfectamente —aseguró Jenn señalando al detective—. Este hombre me ha salvado la vida. David Crane era un traidor.

Joe no parecía muy convencido.

—¿Está usted segura, doctora Crane?

—Por favor —le suplicó ella con voz débil—. Bajad las armas. Él está de nuestro lado.

Joe negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso hasta que él lo haga, doctora —respondió el guardia señalando a Ethan con la cabeza—. Tengo que reducirlo.

—Desgraciadamente, caballeros, eso no va a ocurrir.

Simon Ruhl estaba detrás de los guardias. Con el cañón de la pistola apuntaba la nuca de Joe.

—¿Has venido dando un rodeo, o qué? — protestó Ethan.

Simon sonrió en dirección a su compañero.

—He encontrado cierta resistencia —aseguró alzando una ceja—. Un tipo llamado Bob. Al parecer alguien le había dicho que había una bomba en el edificio.

—Vaya —confesó Ethan.

Estaba seguro de que Bob no olvidaría fácilmente su encuentro con Simon Ruhl.

—Bajad las armas —le ordenó Simon a los guardias con impaciencia.

Admitiendo su derrota, Joe dejó el arma en el suelo y le dio una patada para enviarla varios metros más allá. Los demás siguieron su ejemplo.

Jenn corrió a los brazos de Ethan.

—Dios, pensé que estábamos los dos muertos —aseguró estremeciéndose contra su pecho.

El detective la besó en el cabello.

—Ahora estás a salvo, Jenn.

Ella se apartó un poco y lo miró a los ojos.

—Ya has recuperado tu vida.

La expresión de júbilo de la joven se descompuso.

—Mi padre. Tengo que volver a mi casa. David lo está matando.

Ethan salió a toda prisa del despacho, seguido muy de cerca por Jenn. Simon se quedó para hacerse cargo de los detalles finales.

Jenn tenía razón. Crane estaba muerto pero todavía seguía matando a su padre.

Jenn se sentó a la cabecera de la cama de su padre. Había pasado dos semanas en el hospital, la última de ellas en condiciones de extrema gravedad, pero iba a recobrase. No se pondría bien del todo, pero casi. Encontraron los fármacos en el suero intravenoso que David había utilizado para acabar lentamente con la vida de su padre. Afortunadamente el daño que le había hecho podría ir recuperándose, pero si no hubiera detenido a David las consecuencias habrían sido fatales. La excelente condición física de Austin Ballard y su férrea voluntad de vivir habían jugado un papel fundamental en su lucha contra aquel fármaco mortal.

Tardaría meses en volver a recuperar su fuerza, pero lo conseguiría. Aquello era lo único que importaba.

Ethan había llamado muchas veces. Había vuelto a ser Ethan Delaney, detective de la Agencia Colby. Durante sus conversaciones había mantenido un tono estrictamente profesional. A Jenn se le encogía el corazón cada vez que pensaba en él. Estaba claro que el tiempo que habían pasado juntos no le había afectado al detective del mismo modo que a ella. Por supuesto, no fue él quien pronunció las palabras prohibidas. Aunque tampoco había sacado el tema de que fuera ella quien las había dicho.

Jenn se secó las lágrimas con un pañuelo de papel y exhaló un profundo suspiro. Si había sobrevivido a Crane podría sobrevivir a aquello.

¿O no?

Su vocecilla interior no estaba tan segura. Amaba a Ethan.

Deseaba estar con él más de lo que deseaba cualquier otra cosa en el mundo. Jenn miró a su padre y sonrió. Bueno, más que casi cualquier cosa. Las mejillas de Austin volvían a tener color y disfrutaba de buen apetito. Jenn les estaba muy agradecida a Ethan y a Victoria Colby por todo lo que habían hecho para ayudarla.

No habría cantidad de dinero suficiente para darles las gracias como se merecían.

Su padre abrió los ojos. Parpadeó un par de veces. Luego se giró y la encontró sentada en su silla favorita, al lado de su cama. Ella sonrió con calor.

—¿Qué tal te encuentras hoy?

Durante las dos últimas semanas le habían prohibido prácticamente hablar. Los médicos le habían ordenado que utilizara toda su energía para recuperarse. Jenn había dejado relegada cualquier discusión sobre el pasado, sobre David... O sobre Russ y Kessler. Y también sobre su gemela, Pamela.

—Bien —susurró su padre—. Contento de estar vivo.

Austin tragó saliva. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Y feliz de que estés a salvo.

—Deja que te sirva un poco de agua.

Jenn vertió en un vaso el contenido de una jarra y después metió una pajita de plástico.

—Toma —dijo colocándole la pajita en los labios—. Bebe despacio.

Austin dio un sorbo y después sacudió la cabeza.

—Hay algunas cosas que quiero decirte.

—Papá, podemos hablar más tarde. Ahora tienes que concentrarte en recuperarte. Son órdenes del doctor.

Jenn le sonrió y dejó el vaso en la mejilla.

—Yo no lo sabía —murmuró con tristeza—. Russ no me lo dijo hasta...

—Lo sé —lo interrumpió su hija con suavidad—. David me lo contó todo. Nada de esto ha sido culpa tuya. Fue culpa de David. Él nos utilizó a todos.

Austin parpadeó varias veces.

—¿Y... y ella?

Jenn le tomó la mano entre las suyas.

—Hablaremos más tarde de eso. Ahora mismo no estás como para preocuparte de nada de esto. Todo ha vuelto a la normalidad. Ya hablaremos de los detalles en otro momento.

No pensaba permitir que nada ni nadie se interpusiera en la recuperación de su padre. Austin asintió con la cabeza.

—Lo lamento tanto...

Jenn lo besó en la mano.

—No es culpa tuya. Ahora, duerme.

En cuestión de minutos, su padre había vuelto a sumirse en un sueño profundo. Jenn volvió a colocarle con delicadeza la mano en las sábanas y luego lo besó en la mejilla. Lo dejaría solo un rato. Si se despertaba querría volver a hablar, y no le convenía fatigarse. Jenn cruzó la habitación y le sonrió a la enfermera antes de salir. A ésta la había contratado ella misma. Salió y cerró la puerta muy despacio tras de sí.

Estaba cansada. Seguramente ella también necesitaba echarse. Muchas mañanas la luz del alba la pillaba sentada en la cabecera de su padre, mirándolo. Aunque sabía que las enfermeras eran muy competentes, tenía miedo de perderlo.

Perder a Russ y a Ethan ya había sido demasiado doloroso. No podía verse sin la única persona en el mundo que le quedaba.

Jenn trató de desviar la atención hacia otros asuntos. Bajó las escaleras en busca de Carlisle. Necesitaba hablar con alguien. No conseguiría relajarse lo suficiente como para dormir. Le sucedía lo mismo todos los días, todas las noches. Caminaba arriba y abajo o se sentaba al lado de su padre hasta que se sentía demasiado agotada como para seguir sujetando la cabeza. Entonces se dejaba caer en la cama.

Cuando descendía el último escalón, sonó el timbre de la puerta. Jenn se encaminó a ella con el ceño fruncido.

—¿Desea que abra yo, señora?

La joven sonrió al escuchar la voz del siempre fiel mayordomo.

—No hace falta. Yo misma lo haré.

Carlisle volvió a desaparecer por el pasillo. Jenn abrió la puerta. Cuando ya era demasiado tarde se le ocurrió pensar que tendría que haber mirado antes por la mirilla para ver quién era. Pero es muy difícil adquirir nuevos hábitos. Y hasta hacía unas pocas semanas ella no se había dado cuenta de lo vulnerable que podía llegar a ser una persona.

—Hola, Jenn.

Era Ethan.

La joven sintió como si le hubieran quitado un peso enorme del pecho, y de pronto el mundo le pareció un sitio maravilloso. Una

sonrisa se abrió paso en sus labios hasta alcanzarle los ojos.

—Ethan...

Jenn se mordió el labio inferior y se contuvo para no lanzarse a su cuello y abrazarlo con toda su alma. Seguramente el detective sólo andaría por la zona y habría querido saber cómo se encontraba su padre. De hecho, tal vez lo hubiera enviado Victoria.

Ethan le devolvió la sonrisa y ella sintió que se le derretía el corazón. Todo su ser se moría de ganas de abrazarlo.

—Se me ocurrió pasarme por aquí para ver sin necesitabas algo — dijo con palabras perfectamente escogidas.

La sonrisa de Jenn se desvaneció ligeramente. Igual que sus esperanzas.

—Todo va muy bien. Mi padre se recupera rápidamente y yo...

La joven suspiró.

—Bueno, yo estoy muy ocupada poniendo otra vez las cosas en su sitio en Balphar.

Ethan asintió con la cabeza.

—Me alegra escuchar eso. Han señalado ya la fecha de juicio contra Pamela.

Jenn trató de contener el nudo en la garganta que se le formó en aquel instante por la emoción.

—Me alegro.

Al menos eso intentaba. No quería pensar en que aquella mujer seguramente culparía de todos sus males a lo que Russ y su padre habían hecho con ella. Y aunque Jenn simpatizaba con ella en ese punto, consideraba que los extremos a los que la había llevado su sed de venganza eran imperdonables.

—¿Has hablado con ella ya? —preguntó Ethan con voz pausada.

Jenn negó con la cabeza.

—Tal vez algún día. Pero en este momento, sencillamente, no puedo hacerlo.

—Lo comprendo. Hay mucho dolor en este asunto. Tal vez cuando haya sanado un poco las dos podréis tener algún tipo de acercamiento.

Siguió entonces un silencio incómodo. Jenn se sonrojó.

—Lo siento —dijo abriendo más la puerta—. ¿Quieres pasar?

Ethan la miró un instante a los ojos. Los suyos resultaban inexpugnables.

—Lo cierto es que me gustaría que me acompañaras a dar un paseo.

—Me encantaría... Me gustaría mucho.

“Cálmate, Jenn. Tranquila. No hagas el ridículo”.

La joven salió y cerró la puerta tras ella.

—¿Te gustaría ver el jardín?

—Me encantaría —respondió Ethan con entusiasmo contenido.

Había algo intenso en aquellos ojos oscuros.

Caminaron durante un rato mientras Jenn le iba explicando las variedades de rosas que cultivaban y otros macizos de flores que el jardinero cuidaba con tanto amor. Ethan parecía verdaderamente interesado en cada palabra que salía de su boca.

Seguramente parecería una completa idiota al hablar.

Mientras caminaban, Jenn lo iba observando. Era tan guapo... Estaba perfectamente hecho. Le gustaba todo él. Y lo que más le gustaba era el modo en que la había protegido, cómo la había llevado por aquel río lleno de barro, cómo había hecho de escudo humano

contra aquellos asesinos. Era un héroe de verdad. De esos que sólo se ven en las novelas.

Un hombre de esos que sólo aparecen una vez en la vida, y sólo cuando la mujer tiene mucha, mucha suerte.

No podía dejarlo escapar de ninguna manera.

—Por cierto —dijo tratando de aparentar un tono de voz desenfadado—, quería agradecerle a la Agencia Colby una vez más que se haya hecho cargo de la Seguridad de Balphar. Yo no habría sabido por dónde empezar.

Victoria había enviado un equipo en el que estaban Simon Ruhl, el enérgico Ric Martínez y el carismático Ian Michael. Jenn no pudo evitar preguntarse de dónde sacaría Victoria aquel material masculino de primera clase. Al único que no había conocido era a Max. Pero después de haber pasado tanto tiempo en su cabaña, Jenn tenía la impresión de conocerlo ya.

—La Agencia Colby está encantada de ayudar —aseguró Ethan con una voz sensual que sirvió para acrecentar un punto más su ya creciente deseo—. Si necesitas cualquier otra cosa no tienes más que decírmelo.

Jenn sabía lo que tenía que hacer.

—Hay una cosa más que puedes hacer por mí, Ethan.

Él la miró profundamente a los ojos.

—Lo que sea. Pídemelo.

Jenn trató de descifrar la emoción que brilló en sus ojos pero no fue capaz.

—Sígueme —dijo haciendo un esfuerzo para apartar los ojos de él.

Lo guió hacia la cabaña del jardinero. En su cabeza estaba

desplegando un mapa interior. Estaban casi en agosto y el nivel de humedad rondaba el noventa por ciento, pero aquello no iba a detenerla.

La cabaña estaba en penumbra y la temperatura era unos diez grados más baja, pero seguía siendo sofocante.

Jenn cerró la puerta, dejándolos en una semioscuridad. Tres ventanas altas al fondo de la cabaña permitían la entrada de un poco de luz.

Ethan se giró hacia ella.

—¿Qué quieres que haga?

El deseo que brillaba en sus ojos era inconfundible. Su voz también lo delataba. Jenn sintió una ola de calor que le atravesó los muslos hasta alcanzar aquel rincón oculto que sólo Ethan había alcanzado.

—Quítate la ropa —le ordenó sucintamente.

—Eso puedo hacerlo sin ningún problema.

Una tenue sonrisa le asomó a los labios mientras despacio, muy despacio, se fue desabrochando la camisa. Sin apartar los ojos de los suyos, se la sacó por los hombros. A Jenn le latía el corazón a toda prisa. La visión de aquel pecho perfecto siempre le provocaba aquella reacción. El cuero silbó al rozar la tela vaquera cuando se sacó el cinturón de la trabilla con un sólo movimiento. Luego se sacó las botas, se inclinó e hizo lo mismo con los calcetines. Jenn estaba cautivada por sus movimientos y por su bien definida musculatura.

El inconfundible sonido de la cremallera al bajarse la obligó a mirarlo de nuevo a los ojos. La siguiente respiración se le quedó atrapada en los pulmones. El calor que desprendían aquellos ojos oscuros la hizo temblar de deseo.

—Quiero que me hagas el amor, Ethan — murmuró.

La media sonrisa del detective se transformó en un gesto radiante.

—Pensé que nunca me lo pedirías.

Con los pantalones desabrochados, dejando al descubierto todavía más aquel torso increíble, Ethan avanzó hacia ella muy despacio, tomándose su tiempo, convirtiendo cada paso en un acto de seducción.

—Yo... hablaba en serio cuando te dije que te quería.

Ya estaba, ya lo había dicho. El corazón de Jenn se le iba subiendo poco a poco a la garganta a cada paso que él daba.

—Bien.

Ethan se detuvo a unos centímetros de ella, la miró y colocó la boca sobre la suya. El beso duró sólo unos segundos, fue muy breve... Sólo un adelanto de las cosas que vendrían después. Daba la impresión de ser una promesa.

—Porque no me gustaría nada estar yo solo en esto —murmuró Ethan sobre sus labios—. Te quiero, Jenn. Por favor, no permitas que mi trabajo en la Agencia te aparte de mí.

Ella se apartó un momento para observar su expresión expectante.

—Tu dedicación hace que te quiera todavía más —aseguró Jenn con una sonrisa, sintiéndose de pronto muy traviesa—. Así que déjate de rodeos. Ya he esperado demasiado para esta actuación.

Ethan volvió a besarla, profunda y apasionadamente.

Esta vez, ella supo que era una promesa.

Epilogo

Ethan Delaney observó en silencio cómo dos hombres entraban en el callejón oscuro de la calle K de Washington D.C.

El detective seguía aceptando misiones, pero se había vuelto últimamente más cauteloso, sobre todo desde que Jenn había descubierto, hacía poco, que estaba esperando un hijo.

Se habían casado sin pensarlo ni un segundo, en medio de un torbellino, y la paternidad iba a ser algo parecido.

Ethan hizo una mueca, pero le gustaba que fuera así, pensó sonriendo. De hecho, con su mujer no podía ser de otra forma.

El padre de Jenn también estaba feliz y bastante recuperado. Había incluso encendido una nueva luz en su vida social tras más de una década de viudedad. Mildred, la secretaria de Victoria Colby, era su última conquista.

Parecía que de pronto todas las piezas empezaban a encajar en su sitio.

Fin.